

EL MILANO

DE LOS MARES.

NOVELA MARITIMO-HISTÓRICA

ORIGINAL

DE DON ALEJANDRO BENISIA

Y FERNANDEZ DE LA SOMERA.

TOMO IV.



SEVILLA: 1855.

IMPRESA Y TALLER DE ENCUADERNACIONES DE JUAN MOYANO,
calle de Pajaritos n. 42.



CAPÍTULO I.

EL CATEQUISTA Y EL CATECÚMENO.

Favorecida por viento fresco del S. E. la fragata *Proserpyne* navegó prósperamente, salvando en cuarenta horas las regiones de calma que se extienden cien leguas al N. y S. del Ecuador.

A la mañana del primer día en que penetrara en esta latitud, el viento comenzó á aflojar, y pocas horas despues, se aplacó completamente, dejando el mar y el cielo en calma muerta.

En tal situacion, el capitan Loweley mandó amainar todas las velas, quedando el buque tan inmóvil,

como una tabla en medio de un pantano, mientras que su tripulación, de descanso, buscaba cada cual un lugar donde ponerse á cubierto de los ardientes rayos del sol, que á manera de corrientes de fuego, caldeaban todos los objetos.

Así permanecieron dos días, sin que la mas ligera brisa viniese á refrescar la ardiente atmósfera que se respiraba á bordo de la *Proserpyne*, ni á rizar la superficie del mar, cuyas imperceptibles ondulaciones, mas bien que de agua, semejabán de un aceite verdoso y sucio.

A la puesta del sol del segundo día, levantóse una ligera brisa del S. S. E. que el capitán quiso aprovechar, mandando desplegar todas las velas, con el objeto de andar siquiera algunas millas durante la noche. Empero con la salida del nuevo sol, volvió el viento á echarse, y el buque quedó otra vez en completa inmovilidad.

Durante aquellas largas horas en que la naturaleza parecia sepultada en un profundo sueño, sin que el mas leve rumor viniera á turbar el silencio que reinaba en el cielo, en la mar, y aun á bordo de la *Proserpyne*, dos hombres, que á juzgar por lo desaliñado de su traje, no pertenecían á la tripulación, salieron del entrepuente sobre cubierta, y se dirigieron hácia el castillo, bajo el cual se sentaron, apoyando las espaldas contra una adujada de cuerda. Así permanecieron un buen rato, silenciosos, y mirando, distraídos en la apariencia, á los marineros que como ellos, habían buscado á la sombra del castillo, una atmósfera menos abrasadora que la que se respiraba en el entrepuente.

De allí á poco, como uno de ellos comenzara á murmurar por lo bajo algunas palabras que parecían una oración, su compañero le dijo á media voz, dándole un fuerte golpe con el codo.

—Oye, moscardon; ¿cuándo tendrán fin tus sempiternas oraciones? ¿pretendes con ellas librarte de la horca, ó estás haciendo, por ventura, tu cama en el Paraiso? ¡*Tonnerre de Dieu!* que me he echado buenos compañeros para el gran viage que pronto vamos á emprender!... El uno, con los labios calafateados en términos que ni el viento pasa por su boca; y el otro hecho un fraile cartujo, que solo sabe decir *amen*, á todo cuanto se le pregunta.

El interpelado guardó silencio, y continuó orando mentalmente.

Su compañero hizo un movimiento de impaciencia, y despues de aplicarle un nuevo y vigoroso codazo, prosiguió.

—¡Cuerpo de tal! esto es cosa para perder la cabeza.... ¿Quereis, ó no quereis que los cangrejos de ultramar nos cuelgen?... Si lo primero, mal rayo os parta, y adelante: *au bord du fossé, la culbute....* Si lo segundo, veamos con mil diablos la manera de ponernos de acuerdo, para no dar el gran salto mortal con una driza ensebada, por corbata.

Estas últimas palabras hicieron salir de su abstraccion al hombre de las oraciones, el cual lentamente, y sin mover la cabeza, replicó.

—Es inútil, Larrendu: no hay quien nos saque ya de las manos de la justicia: y si hemos de pagar nuestras culpas en esta vida, bueno es que nos preparemos para obtener el perdon de ellas en la otra.

—Hablas como un fraile hipócrita delante de su superior, mandria.—dijo Larrendu, mirando á su compañero con un gesto de desprecio;—La culpa que yo tengo que purgar, es la de no haber dejado á nuestro capitán Soto que te colgase de un penol.... Oh! si en lugar de

tenerte á mi lado, tuviese á José de los Santos, á Nicolás Fernandez, ó aunque fuera al mismo diablo del poeta, *¡tonnerre de Dieu!* que habriamos de dar á estos perros cuerdas que mascar. En fin,—continuó despues de un momento de silencio,—¿por qué supones tan desesperada nuestra situacion, y quién te ha dicho que no podamos absolutamente escapar de ella?

—Solo un milagro pudiera sacarnos con bien.

—Pues ese milagro lo hemos de hacer nosotros.

—¿Y cómo?

—Poniéndonos de acuerdo para las declaraciones, y estudiando bien el papel que deberemos representar ante los tribunales. Ten presente que contra nosotros no ecsisten cargos graves; que nada se nos puede probar; y que solo por sospechas no se ahorcan á tres hombres que se dicen inocentes.

—¿Pero no conoces,—repuso Freitas,—que todas nuestras disculpas se estrellaran contra la imposibilidad de probar la ecsactitud de tus primeras declaraciones, y la ecsistencia del buque cuyo naufragio has supuesto?

—Esa imposibilidad solo se halla en tu cabeza, rellena como está de padre-nuestros.... Y para que te persuadas de ello, escúchame, y guarda en tu memoria lo que te voy á decir, puesto que solo así, podremos librar el pellejo. La goleta *Marie-Jeannette*, de la matricula de Bayona, no es una invencion mia... Ese buque estaba anclado en el puerto de S. Sebastian cuando dimos la vela para la costa de Africa, y yo hice conocimiento en Rio Janeiro, con dos ó tres gavieros de su tripulacion. Por ellos supe que la tal goleta, despues de haber alijado en la capital del Brasil, habia tomado un flete para la China, desde donde deberia regresar á Rio Janeiro, para venir luego á Europa. Ahora bien; ya ves que mi cuen-

to no es tan absurdo, toda vez que descansa sobre un dato preciso.

—Convenido;—dijo el portugués, sintiendo renacer en su corazón un átomo de esperanza;—pero tú has dado ese buque por perdido, mientras probablemente navegará á estas horas con toda felicidad para su destino. Este engaño, no podrá durar mas allá del tiempo que necesite el tribunal que nos ha de juzgar, para averiguar la verdad del hecho; y averiguada que sea, nos ahorcarán sin remedio, por embusteros, ó por tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO, que en último caso es lo mismo.

—El tribunal lo averiguará, ó nó.—replicó Larrendu, metiendo en su boca un descomunal pedazo de tabaco negro.

—¿Y porqué supones....

—¿Porqué? vamos por partes. En primer lugar la *Marie-Jeannette* ha de tardar lo menos dos años en regresar á Bayona, que es de donde pueden venir informes ecsactos á Ioglaterra, pues no imagino que el tribunal pretenda adquirirlos de Rio-Janeiro, Canton, ú otros puntos donde por accidente pueda tocar la goleta: y como tú conoces, en dos años hay tiempo para acostumbrarse uno á la idea de ser ahorcado, ó para preparar los medios de dar un paseo que nos aleje quinientas leguas del sitio donde debemos servir de asunto para que lloren las viejas, y se espanten los chiquillos. En segundo lugar, los mares de la China, el cabo de Buena Esperanza, el paso de la Línea, y otra porcion de charcos tan amenos como los que dejo mencionados, suelen con frecuencia hincharse de narices, tomar las cosas por lo serio, y descoser las costuras de un buque con la misma facilidad que tú pasas las cuentas de tu rosario.

—¿Y qué deduces de eso?

—Deduzco que en uno de estos ratos de mal humor, puede acontecer á la *Marie-Jeannette* el poner la quilla al sol; y si esto sucediera, ya te debes imaginar cuantos jarros de cerveza se habrán consumido en Inglaterra, antes que su tripulacion pudiera prestar declaraciones que nos fuesen contrarias..... Además, para fin y postre de mi cuento, has de saber que de aquí á Londres, nos quedan mas de cuatro mil millas de navegacion; y en tan largo trayecto, podria acontecer que el viento nos obligara á hacer una de esas paradas que le ponen á uno el vientre tan redondo como la popa de una urca holandesa, en cuyo caso estamos tan seguros de subir á la horca, como al púlpito de Nuestra Señora de Paris.

Manuel José de Freitas, á quien las palabras de su amigo parecian reanimar gradualmente, se sonrió con tristeza, y mirándolo frente á frente, por la primera vez, desde el fatal acontecimiento que los unió para siempre en la isla de la Ascension, le dijo.

—¿Participa Barbazan de tu esperanza, y es sabedor de tus proyectos?

—Barbazan!—repitió Larrendu, haciendo una mueca que se asemejaba á una espresion de dolor;—No me hables de él.

—Por qué?

—Ay! porque se me pone el corazon mas encojido que una ciruelá pasa.

—Pero....

—Si no participa de mis proyectos, al menos no podrá contrariarlos, pues está mas muerto que vivo.... ¡*Tonnerre de Dieu!* y que un hombre de su temple se vea hoy reducido al estado de un idiota, porque una bella damisela se haya ido á pique, es cosa que no puedo comprender.

—Yo sí lo comprendo.—dijo Freitas, dirigiendo una mirada al escapulario que conservaba colgado al cuello. —Es que Dios le ha tocado en el corazón, y le ha abierto el camino del arrepentimiento, arrebatándole lo que más quería en la tierra, para que solo pensara en el cielo.

—¿Volvemos á las andadas? Mira, fraile cartujo, ó te dejas de mojigaterías, y vuelves á ser hombre de corazón, ó descargo sobre tu crisma todo el peso, y no es flojo, de mi mal humor.... ¿Te parece poco trabajo para mí, el estar discurriendo incesantemente un medio de sacar á nuestro buque de los bajos en que está metido, con más, arrullando noche y día, y dando papilla á Barbazan, que ni habla, ni oye, ni siente, para que vengas tú á aumentar mi tristeza con repetidos golpes de pecho, gipidos, y continuas jaculatorias? Y todo, ¿por qué? por que no te aprieten cariñosamente ese feo pescuezo: ¡como si hubieras de sufrir tú solo tal caricia, y si de ella te pudieran librar todos los santos del calendario, á los cuales te encomiendas á todas horas!

—Porque no tengo esperanzas ya en la tierra, y que solo á Dios me es dado pedir perdón, por eso rezo de continuo.... Dime;—prosiguió Freitas, tomando un acento insinuante;—desde que viste morir á aquella señora, y desde que sentiste en la cima de la *Montaña Verde*, todo el rigor de la cólera divina, contra la cual nada sirven los cañones del DEFENSOR DE PEDRO, ni las blasfemias y bravatas de un hombre desalmado, ¿no has sentido en tu corazón un pesar, de las crueldades y crímenes que hemos cometido, contra personas que ningún mal nos habían hecho? ¿No te arrepientes de haber matado á tu prógimo por solo el gusto de matar.....?

—La verdad;—repuso Larrendu, llevándose una mano

al lado izquierdo del pecho:—desde entonces siento aquí una cosa que me dice que hemos hecho mal... porque los infelices que asesinamos, ni estaban en guerra con nosotros, ni nunca nos habian inferido el menor daño... y luego, mira, lo que mas remordimiento me causa, es que nos hicimos tambien ladrones; y francamente, esto es indigno de hombres de honor, y de buenos gaviernos.... Cuando pienso en la pena que tendria mi madre si supiese las infamias que su hijo ha cometido, me dan ganas de pedir á Dios que nos mate á ella y á mí, antes de que pueda echarme en cara la deshonra con que he cubierto el nombre de mi buen padre... ¡*Tonnerre de Dieu!* yo no habia nacido para ser pirata; sino fiel y honrado marinero... En fin, dices bien, Freitas, debemos pedir á Dios el perdon de nuestras culpas, y hacernos hombres de provecho, ya sea para subir al cadalso con nuestras conciencias tranquilas, ó para volver á nuestras casas con un sincero arrepentimiento.

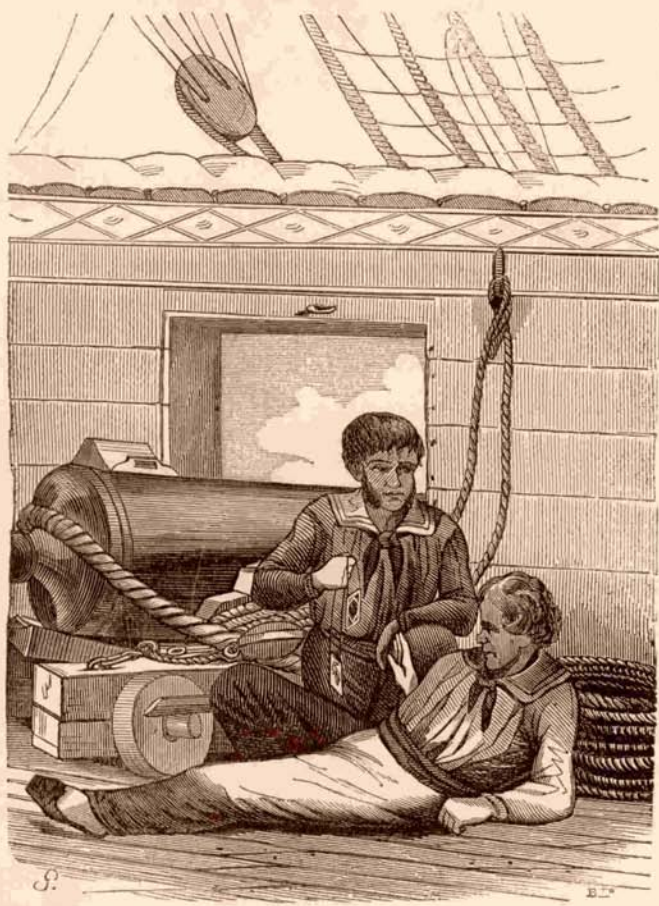
El portugués se sonrió tristemente al ver los primeros pasos que por la buena senda diera Larrendu, y con el fin de ayudar á la cristiana reaccion de su compañero, sacó el escapulario, y presentándoselo, dijo.

—Mira, Larrendu: rézale muchas salves á nuestra Señora del Cármen, que ella es Madre de los pecadores, é intercederá por nosotros con su Hijo.

El francés tomó el escapulario, lo contempló con afán, é inclinando la cabeza con marcada espresion de vergüenza, murmuró, al devolvérselo á Freitas,

—Toma.... ¿qué he de hacer yo con él, si no sé rezar?

—¡Cómo, desgraciado!—esclamó sorprendido el portugués;—¿no sabes rezar? Ah! se me olvidaba que vosotros sois todos hereges y gabachos, como os llamaban



—Mira, Larrendu: rézale muchas salves á Nuestra Señora del Carmen, que ella es Madre de los pecadores, é intercederá por nosotros.

en mi tierra, y en España, cuando la guerra de la independencia.

—Eres un imbécil!—replicó Larrendu, sin poder dominar un arrebató de ira; mas repuesto en breve de la indignación que le causaran los apóstrofes de su compañero, añadió suavizando el tono:—Si no sé rezar, sé que una de las obras de misericordia ordena *enseñar al que no sabe*; y tú puedes practicarla enseñándome, con lo que harás nuevos méritos para ganar el reino de los cielos.

—Qué me place!—dijo Freitas;—Veamos como tú repites lo que yo te vaya diciendo.

—Comienza, pues!—replicó Larrendu con cierto aire de satisfacción.

Ambos marineros empezaron á recitar á media voz sus oraciones.





CAPÍTULO II.

LOS PÁJAROS EN LA JAULA.

Una hora hacia que el grosero catequista y el torpe catecúmeno se hallaban entregados á su santa ocupacion, cuando un redoble de tambor que se dejó oír en la batería, puso término á su religioso entretenimiento, anunciándoles la hora del rancho de la tarde.

Manuel José de Freitas y Federico Larrendu salieron debajo del castillo, y fueron á reunirse pausadamente con un peloton de marineros, á fin de tomar tambien su parte de pitanza.

Terminada la comida, durante la cual hizo el grande, el inmenso sacrificio de no probar su racion de vino, Larrendu se dirigió á la cocina, donde pidió con el sombrero en la mano, y el rostro mas hipócrita del mundo, una escudilla de caldo para su compañero Barbazan; peticion humilde que le fué concedida generosamente por un galopin, en cambio de un pedazo de tabaco negro.

Contento y lleno de gozo, cual si hubiese alcanzado una gran gracia, con la taza en una mano, y su racion de vino intacta en la otra, salió seguido de Freitas el bueno del francés, dirigiéndose al entrepuente, en busca de su amado compatriota, cuya esmerada asistencia ni por un solo momento descuidaba, porque sabia que sin ella, Víctor Barbazan se dejaria morir, sin exhalar la mas lijera queja.

Tal vez estrañarán nuestros lectores, y en efecto es de estrañar, á primera vista, la estraordinaria libertad de que gozaban á bordo de una fragata inglesa, tres hombres que se hallaban bajo el peso de una tremenda acusacion, con presunciones de otra aun mas grave para la marina de guerra, y por cualquiera de las cuales debian ser desde luego considerados como reos de pena capital; mas ante tales consideraciones, estaban los humanos sentimientos del comandante, quien no creyéndola de trascendencia, quiso usar con ellos de toda la atencion que sus bondades le dictaba, y á que le daba derecho su omnimoda autoridad á bordo.

Mr. Loweley, que como hemos dicho anteriormente, era un gefe honrado y de buen corazon, dejó, pues, á los tres supuestos náufragos de la *Marie-Jeannette*, disfrutando de completa libertad en el buque, y no satisfecho con esto, dió sus órdenes para que fuesen tratados

de la misma manera que los demas individuos de la tripulacion. Movióle á usar de tanta magnanimidad con unos marineros, acusados de haber cometido actos de piratería, mas que nada, el estado de abatimiento y prostracion de dos de los prisioneros, cuya conducta, desde que fueron conducidos á bordo de la *Proserpyne*, habia movido á lástima á todo el equipaje.

El portugués Freitas, constantemente silencioso, y entregado á sus mentales oraciones, escitaba la risa y compasion de los ingleses. Barbazan por el contrario, despertaba vivas simpatias en su derredor, hijas de la admiracion que causaba su belleza física, y las profundas huellas que el dolor habia grabado en su semblante. En cuanto á Larrendu, su constante jovialidad, su carácter de buen camarada, y las repetidas protestas de inocencia que no cesaba de hacer á cada momento, le grangearon muy luego el afecto de los marineros de la fragata inglesa, quienes se reunian frecuentemente con él y escuchaban complacidos, sus alegres bufonadas.

El amante de Amelia, desde la espantosa noche en que se vió despojado por la mano incesorable del destino, y para no volverla á ver, de la prenda mas cara de su corazon, habia caido en un estado tal de atonia, que pudiera creerse perdida en él no solamente la facultad de accion, sino que tambien la de pensar, y aun de sentir. Cual una masa inerte, habia sido conducido en brazos de Freitas y Larrendu á la cubierta de la fragata inglesa, y trasladado de allí á la enfermeria, de la cual fué bien pronto despedido por órden del médico-cirujano de á bordo, quien no encontrando en él lesion alguna, como en un principio se llegó á suponer, y sí solo una afeccion moral de aquellas que ocasionan la desesperacion de un facultativo, porque no es dable

encontrar en la ciencia remedio alguno para combatirla, estimó mas conveniente, con objeto de conseguir la curacion del enfermo, las distracciones que pudieran proporcionársele discurriendo por el buque, que la triste y soñolienta quietud de la enfermería. En su consecuencia, su inseparable amigo Larrendu, con permiso del comandante, había colgado un coy en el lugar que se le designó al efecto, y puso en él á su camarada, á cuyo lado pasaba gran parte de los dias y las noches.

Aquella misma tarde, y despues de haberle administrado, no sin dificultad, el escaso alimento que Barbazan se prestara á tomar, consiguió Larrendu, ayudado por Freitas, conducirlo sobre cubierta, apesar de sus constantes negativas, á fin de hacerle dar algunos paseos desde el castillo al palo mayor.

Este poco de ejercicio reanimó algun tanto al amante de Amelia. Sus mejillas se tiñeron de un ligero carmin, y al corto tiempo, manifestó en sus ademanes un vivo deseo de descansar. A esta repetida insinuacion, Larrendu le condujo hácia el costado de barlovento, donde le hizo sentar sobre la cureña de una carronada, y entretanto, él se mantuvo de pié, apoyando la espalda contra la muralla del buque.

Así permanecieron cerca de media hora contemplando con muestras de indiferencia las idas y venidas de los marineros, la quietud del mar, y la magnífica puesta del sol, soñando con los ojos abiertos en los crímenes de su pasada existencia, y en el terrible porvenir que les estaba reservado.





CAPÍTULO III.



LA ESPERIENCIA DE UN GAVIERO.



Los dos franceses continuaban en el mismo estado, guardando el mas profundo silencio, mientras se entregaban á sus tristes meditaciones. El portugués Freitas, dormia ó rezaba sentado en una chillera, á corta distancia del sitio donde se hallaban sus compañeros.

De pronto, un accidente inesperado vino á despertarlos del letargo en que parecian sumidos.

El buque acababa de experimentar una imperceptible oscilacion, que poco á poco fué haciéndose mas y mas sensible, circunstancia que obligó à Larrendu á levantar la cabeza, y dando con el pie à Freitas, exclamó.

—Alza, atun!

—¿Qué ocurre?

—Que ó mucho me engaño. ó el *pot-au-noir* (*) va á hervir muy pronto como una marmita.

El portugués, obedeciendo á la insinuacion de su camarada, se puso en pie, santiguándose como quien acaba de terminar su oracion, y comenzó á contemplar, silencioso, el limite de las aguas.

De allí á poco, un ligero murmullo que se sintió en la mar, el pito de un contra maestre, y las carreras que la tripulacion comenzó á dar por la cubierta, anunciaron el cumplimiento de la prediccion de Larrendu.

Los cabos de labor empezaron á ser puestos en movimiento, y el ruido de las garruchas y de la lona que flameaba, á lo largo de los masteleros, anunció la vuelta de la brisa.

El viento, que durante la noche anterior soplara del S. E. habia saltado al otro cuadrante, y se iba entablando poco á poco al S. O.

Este cambio, que suele ser tan frecuente como funesto en las latitudes en que se encontraba la fragata, produjo alguna inquietud á bordo, y no pudo pasar desapercibido para Larrendu, quien desde el costado de babor en que se hallaba con Barbazan y Freitas, inquirió con atenta curiosidad el aspecto que presentara el horizonte.

—Hum, hum!—hizo el francés, revolviendo con rapidez en su boca el pedazo de tabáco que estaba mascando.

Luego, señalando con el brazo estendido, hácia la

(*) Con esta denominacion designan los marineros franceses, la calma muerta que se experimentaba con frecuencia en las inmediaciones del paso de la Línea.

parte del O., añadió con sobresalto.

—Mira, Freitas, si ves algo por aquel lado.

—Nada:—respondió el portugués, guiñando el ojo izquierdo con objeto de recoger la vista, y ver mejor.

—Cómo nada? ¿no ves una mancha mas oscura que el azul del cielo, debajo de aquella nubecilla arrebolada que está en la direccion que marca mi dedo?

—Sí:—replicó Freitas, que comenzaba á ver con claridad la señal que le indicaba Larrendu.

—Pues si la ves, debes estar con cuidado, y no tardarás en verla trasformada en nube, que nacida en aquella direccion, suele ser anuncio de grandes novedades en el tiempo.

Ambos marineros permanecieron con la vista fija en direccion del O., viendo ensancharse rápida y progresivamente el punto oscuro que habia llamado su atencion.

Una hora despues, y cuando el sol húbose ocultado, y la noche comenzado á envolver el cielo y la mar, espesas nubes de un color ceniciento, emanadas de las aguas bajo la influencia de un sol ardiente, limitaban el horizonte por aquella parte, y hacian llegar distintamente hasta el oido del equipaje de la *Proserpyne*, el estrépito de los torrentes de lluvia que por intervalos descargaban, restituyendo así á la mar los vapores de que se habian formado.

Entretanto la noche se adelantaba oscura, mas bien que tenebrosa, por hallarse velada la luna por celajes vaporosos; brillando solo en el Occéano, las crestas de las olas, heridas á intervalos desiguales por la luz del ástro de la noche. La brisa que iba arreciando, henchia la blanca lona de la fragata, la cual navegaba arrollando las masas de agua que se oponian á su paso. Sin embargo, cierta luz vaga é indefinible que brillaba

mas bien en la superficie del mar que en el cielo, anunciaba la procsimidad de una turbonada, cuyas señales se manifestaban lentamente por la acompasada aglomeracion de olas oscuras y gigantescas que se recortaban sobre el horizonte en direccion del S. O.

—Mal cariz presenta el tiempo:—dijo Freitas, que al ver la procsimidad del peligro habia dejado de rezar, y vuelto á ser marinero.

—Así es:—respondió Larrendu sonriendo,—y si el comandante no manda aferrar juanetes, y prepararse para recibir el viento con tiempo, temo que se vea luego esta gente apurada para la maniobra.

Las palabras de Larrendu solo precedieron un segundo á la intencion del comandante, pues en el mismo momento se oyeron las voces de mando para ejecutar la maniobra, las mismas que el francés indicara por lo bajo á Freitas.

Algo mas aligerada de trapo, la fragata se enderezó sobre su quilla, y habiendo orzado el timonel, el buque se puso en huida delante de la turbonada que se le venia encima.

De improviso, ocurrió en la naturaleza un cambio de decoracion; la luna se ocultó completamente, el brillo fosforecente de la mar desapareció, y sus aguas se tiñeron sin intervalos, del pardo oscuro del firmamento.

Freitas, Larrendu y Barbazan, á quien las indicaciones de sus compañeros parecian haber sacado en aquel instante de su abatimiento y postracion, si bien no lograran arrancar una palabra de sus labios, estrecharon las distancias entre sí, y contemplaron con inquietud una enorme masa de agua compuesta de multitud de olas que formaban una sola, negra, gigante y amenazadora, la cual se interpuso entre el horizonte y la fragata por

el costado de babor, y que avanzaba rápidamente cual si pretendiera sepultar el buque en su seno. Las voces de mando que se dejaron oír, y la enérgica actividad con que fué ejecutada la maniobra, revelaron, si ya no lo sabian, á los tres marineros del DEFENSOR DE PEDRO, el inminente peligro á que se veía espuesta la fragata inglesa. Afortunadamente la terrible ola se detuvo á muchos cables de distancia del costado del buque; permaneció un instante inmóvil, y luego, por uno de esos incomprendibles fenómenos de la naturaleza, se desplomó como una montaña de arena á la que faltara de súbito la base, y dividida en multitud de olas pequeñas, vino á morir completamente sobre el costado de la fragata, cuya cubierta se llenó de agua á impulsos de su rudo choque.

Pasado este peligro, todos los pechos á bordo de la *Proserpyne* respiraron con mas libertad; empero solo fué por breves instantes.

A los pocos momentos, la turbonada que se formara por el O., llegó siniestra y amenazadora sobre los topes de la fragata, cubriendo el firmamento con un tupido velo, y dejando la mar en mayor oscuridad si cabe, que la que anteriormente la envolvía. El brisote duro que hasta entonces reinara, se aplacó, y aun desapareció del todo, sncediendo al susurro del viento una calma espantosa en medio de la cual solo se oía el bramido de las olas, cuyas negras volutas se alzaban gigantes, unas sobre otras, sin interrupcion.

Un silencio sepulcral que revelaba la angustiosa inquietud que se agitaba en todos los corazones, reinó durante breves segundos á bordo de la fragata; hasta tanto que la voz del comandante que ordenó con imperioso acento cargar todas las velas, y el ruido de las pisadas

de la tripulación que corria en todas direcciones y ascendia con la velocidad de los cuadrumanos por los obenques, le puso término. Luego, incontinenti, viéronse las vergas guarnecidas de hombres, y oyóse el rechinar de las garruchas, y el ruido de la lona que se agitaba desordenadamente á lo largo de los palos á impulsos de una fuerte racha de un viento caliente y tempestuoso que de pronto se levantó, arrojando al mismo tiempo sobre la cubierta de la fragata una espantosa tormenta de agua y granizo.

—Ya está aquí!—gritó desafortadamente Larrendu, dirigiéndose á sus compañeros,—agarraos *!tonnerre de Dieu!*

Esto diciendo, se asió con pies y manos al primer objeto que encontró á su alcance, movimiento que imitaron aceleradamente sus compañeros.

Así era en efecto. Del centro de aquella nube que se cernía sobre la fragata, y á través del torrente de agua que se desprendía de su seno, surgió un viento impetuoso, un huracan deshecho de aquellos que ni la pluma tiene palabras para espresar, ni la paleta colores con que reproducirlo.

En derredor de la *Proserpyne* ya no habia cielo, mar, viento, luz, ni aun el buque parecia ecsistir: era el desórden completo de la naturaleza, en medio del caos... Era una cosa estraña, espantosa é indescriptible... No habia elementos, ni se veia, ni se oia, ni se entendia, y hasta el temor á la muerte parecia haber desaparecido, dejando lugar en todos los corazones á una completa insensibilidad, que tenia paralizados los miembros de todos aquellos hombres. La mar parecia haberse juntado con el cielo, y el cielo con la mar.

Un torbellino de viento dejaba seca toda la cubierta,

y otro torbellino saturado de agua, volvía á inundarla..... ni el buque obedecía, ni había mano á bordo que sujetara las cabillas de la rueda del timon..... Crujían los masteleros y rechinaban las maderas en términos, que parecía iban á abrirse de un momento á otro todas las costuras del buque; y los bramidos del viento, los rujidos de la mar, acompañaban con su horrible estrépito tan espantosa escena.... Cada minuto, cuyo trascurso parecía un siglo, venía á aumentar aquel turbulento desórden, en medio del cual se agitaba como una lijera pluma, la hermosa fragata *Proserpyne*.

De pronto oyóse un ruido espantoso, semejante al disparo de una pieza de artillería, que acabó de aterrar hasta el enloquecimiento, á todos los desgraciados tripulantes de la fragata. Este ruido fué acompañado de una multitud de pequeños estallidos, semejantes á la detonacion que producen las cuerdas de una guitarra cuando se rompen; y Freitas y Larrendu vieron pasar por encima de sus cabezas un objeto voluminoso, que fué á caer en la mar, sin producir el menor efecto en su caída.

Era el palo mayor que se había tronchado á pocos pies, por bajo de la cofa, y que el viento se llevó suspendido como una lijera paja, á algunos cables de distancia del bajel.

Al mismo tiempo un bramido del viento, mas terrible, si cabía, que los precedentes, se dejó sentir; y una columna enorme de agua, impelida por el huracan, vino á chocar con la fragata, que al recibirla por el costado de babor, se inclinó hasta dejar sepultada su batería de estribor en el agua, en cuya desesperada situacion permaneció.

Entonces óyese una voz que dominando el fragor de los elementos, gritó.

—Caña á la banda! caña á la banda! ó perecemos todos!

El timonel sin duda intentó hacer lo que se le mandaba, pero inútilmente, pues el buque permaneció en la misma posicion.

En tan supremo momento, el comandante hubo de tomar una de esas resoluciones estremas, que son por decirlo así, en semejantes circunstancias, el áncora de esperanza de un buque que se encuentra en la situacion de la *Proserpyne*. Mandó echar toda la artilleria al agua y la tripulacion vuelta en sí, en vista de la muerte al parecer inevitable, que la rodeaba por todas partes, dió cumplimiento á la órden con una febril actividad.

Desembarazada la fragata con el alijo de su artillería se enderezó lentamente sobre el costado de estribor, y arrebatada por un nuevo torbellino de agua y viento, corrió algunas millas trastornada y sin gobierno, á merced del huracan, que se burlaba de ella como de una frágil barquilla.

La tormenta, que se habia formado, crecido y reventado con la rapidez de uua exhalacion, habia llegado en aquella hora al mas alto grado de su embravecimiento destructor; desde el cual comenzó muy luego á descender, con la misma celeridad que se habia formado.

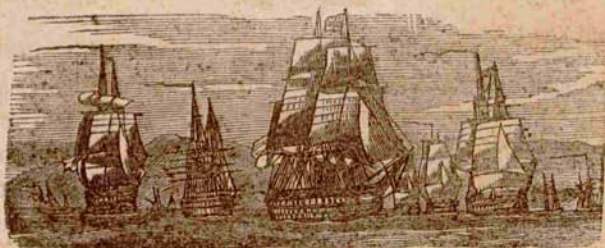
Este fenómeno tan frecuente en aquellas abrasadas latitudes, en las cuales la tormenta mas desecha sucede á la calma chicha, y la calma al huracan con la misma facilidad, sin dejar de su paso mas huella en el cielo y la mar que los restos de los míseros buques que toma por juguete de su saña, no sorprendió á la tripulacion de la fragata, cuyos hombres, mas ó menos acostumbrados á estas terribles peripecias, esperaban tan benéfica reaccion, temiendo solo que coincidiera con el naufragio del buque que montaban.

Afortunadamente sus temores no se realizaron por esta vez, y muy luego viendo desaparecido el peligro, y conociendo que el viento volvía á rolar al S. O. recobraron el sosiego, y dieron mano á remediar en cuanto les fuera posible, las considerables averías que el buque habia sufrido.

Para ayudarles á este trabajo, Freitas y Larrendu se ofrecieron con solícito afan, despertando con su conducta la gratitud de los marineros ingleses.

En cuanto á Barbazan, bajó al entrepuente así que el peligro hubo desaparecido, tan silencioso é indiferente á la alegría que reinaba en su derredor, como estático é insensible se habia manifestado durante la espantosa turbonada.





CAPÍTULO IV.

EL MILANO DE LOS MARES.

Contra lo que generalmente sucede en las regiones equinocciales, despues de una borrasca, la amanecida del siguiente dia tuvo lugar entre celajes oscuros, y una mar que todavia bramaba sordamente.

El viento, en vez de fijarse por completo al S. E. se mostraba inconstante, y con apariencias de continuar inclinándose al O., lo cual mantenía viva la alarma entre la tripulacion de la fragata, que harto conocia que el estado del buque presentaba pocas prendas de seguridad, para el caso eventual de una nueva turbonada.

Con efecto, nada mas triste y desconsolador que el aspecto que ofrecia la hermosa fragata *Proserpyne*, uno de los buques de cuya construccion se mostraban mas orgullosos los arsenales de la Gran Bretaña. Destrozado su aparejo, rendido el mayor, que se fué al mar con toda su jarcia, trouchado uno de los masteleros de mesana, cuyos cabos tuvieron que picarse, perdidos los botalones del foque y petifoc, desprovisto de toda su artilleria, y haciendo tres pulgadas de agua por hora, presentaba el cuadro de la miseria y desconsuelo, con todo el séquito de los siniestros temores que forman el fúnebre cortejo de una embarcacion desmantelada, y combatida por la furia del huracan.

Sin embargo, el comandante y la oficialidad redoblaron su energía, y apelaron á su esperiencia y conocimientos, para ver, no solo de remediar en cuanto fuera dable las considerables averias que habian sufrido, sino que tambien para poner la fragata en disposicion de hacer frente á una nueva borrasca, que temian no sin fundamento, si bien con la triste conviccion de que no les seria posible dejarla en un estado bastante capaz á resistirla.

A las nueve de la mañana, el viento volvió á saltar al tercer cuadrante; encapotóse el cielo, y la mar presentó nuevos sintomas de tempestad. Empero las señales estaban muy lejos de anunciar otra de tan temible aspecto como la de la vispera, y con tan halagüeña esperanza, la calma renació en todos los corazones.

A las doce, la turdonada que se formara al O. despues de haber permanecido dos horas como suspendida entre el cielo y la mar, se inclinó con el bajo viento hácia la parte del S., comenzando á correr en esta direccion, y por consiguiente, aproximándose tanto á la

fragata, que se llegó á temer que un cambio repentino en el viento, la arrojase en pocos instantes sobre el buque. En su consecuencia, el comandante mandó colocar el único aparejo de que podia disponer, en disposicion de huir de la tormenta, y el buque comenzó á navegar, aunque lentamente, en la direccion que se le habia señalado.

Entretanto, Larrendu, Freitas, y unos cuantos marineros, se habian reunido á estribor, observando con visos de inquietud la marcha que llevaba el turbion, cuando de repente el francés exclamó.

—*Tonnerre de Dieu!* Jararia haber visto un buque!

—¿Dónde?—preguntaron á un tiempo multitud de voces.

—Allí!—contestó Larrendu, señalando con el dedo una faja luminosa, que al dibujarse por un momento distintamente en el horizonte, principiaba ya á desaparecer con la union que en la apariencia iba entablándose entre la tinta igualmente parda del agua y de las nubes.

Los ojos de todos los circunstantes se fijaron con ansiedad en el punto que les señalara el francés, y á los pocos minutos vieron un objeto blanco, cuya silueta, en forma de un paralelógramo rectángulo, se recortaba sobre el fondo oscuro del firmamento.

En aquel instante, el vigia de tope gritó.

—¡Vela á barlovento!

Este anuncio, que en una situacion ordinaria hubiera sido mirado con la mas completa indiferencia por el equipaje de la fragata, en la presente llenó de júbilo á todos los corazones.

El comandante con los oficiales, reunidos en la toldilla, contemplaban sorprendidos la aparicion de aquel buque en la direccion que traia, sobre todo, viéndolo navegar,

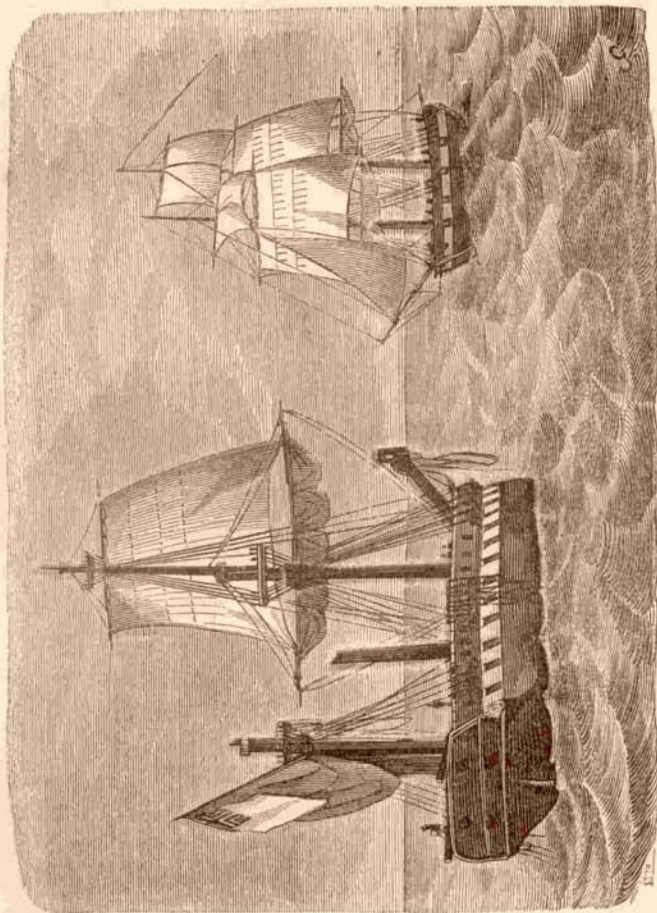
desplegado su aparejo, que lentamente aparecia como salido del seno de las irritadas olas.

Al corto rato, el superior andar del buque á la vista, hubo salvado la mayor parte de la distancia que le separaba de la fragata, desde cuya cubierta, la mirada de toda su tripulacion, pudo ver distintamente el aspecto del barco, su clase y aparejo.

Era un gallardo bergantin, con bandera española, cuyos flecsibles masteleros cargados de blanca lona, se inclinaban sensiblemente á impulsos del recio viento que soplaba. Recostado con graciosa coqueteria sobre la banda de estribor, hendia las olas con la velocidad de una flecha, dejando en pos de sí una ancha estela que se dibujaba luciente sobre el oscuro de las aguas, al paso que su pujante tajamar arrollaba inmensos copos de espuma, los cuales cubrian á manera de una colina de nieve, su aguda y bien cortada proa.

Era el Milano de los mares.

Al verlo llegar asi, dando al aire todo su trapo, apesar de la gruesa mar, y del tempestuoso viento que reinaba, saliendo como un fantasma de enmedio de la amenazadora turbonada, y lo que era mas sorprendente, debiendo haber sufrido los embates del huracan de la noche anterior, como racionalmente lo hacia suponer el rumbo que traia, apoderóse de los marineros de la *Proserpyne* un temor supersticioso, creyendo ver una sobrenatural aparicion, á semejanza del *Navio holandés*. En cuanto á la oficialidad, mas ilustrada, solo espermentaron un sentimiento de envidia que á fuer de buenos marinos ingleses, no podian dejar de sentir, considerando que en igualdad de circunstancias, un buque extranjero se mostraba ileso á sus ojos, en tanto que el que ellos montaban, habia sido casi destrozado por los estragos de la tempestad.



El superior andar del buque á la vista, salvó la distancia que le separaba de la fragata, desde cuya cubierta pudieron ver distintamente el aspecto del barco, su clase y aparejo.

Mientras que todos á bordo se perdian en conjeturas, Larrendu bajó precipitadamente á la bateria, volviendo muy en breve á aparecer sobre cubierta, seguido de Barbazan. Ambos se llegaron á la mura de barlovento; hicieron señas á Freitas para que se uniera á ellos, y cambiaron los tres entre sí algunas palabras que sin duda debieron ser muy importantes, á juzgar por los gestos de alegría con que las acompañaron, y porque seguramente fueron las primeras que Barbazan pronunciara á bordo de la *Proserpyne*.

De pronto Larrendu echó á correr, subiendo con la agilidad de un mono á la cofa del palo de mesana, donde permaneció en observacion durante algunos minutos. Satisfecho, en la apariencia, del resultado de sus investigaciones, bajó con la misma lijereza, y fuese á reunir con sus compañeros, murmurando palabras ininteligibles, saturadas de su habitual interjeccion.

Ya el bergantin estaba á poco mas de tiro de bala, cuando los de la fragata vieron con creciente sorpresa brillar en su costado un fogonazo, y muy luego llegar á sus oidos la detonacion de un disparo de artilleria.

—*Tonnerre de Dieu!*—esclamó Larrendu, arrojando al aire su sombrero;—*¡Vive la France!*

El rostro melancólico de Barbazan se iluminó súbitamente con una espresion de alegría, y hasta el tétrico y macilento Freitas alzó su descolorida frente, y deramó en torno suyo una feroz mirada.

Tan pronto como se acertara la distancia entre ambos buques, en términos de poderse hablar, vióse al bergantin ponerse al paio, y aparecer por encima de su obra muerta un hombre, que empuñando la bocina, gritó con extraordinaria fuerza.

—*¡Ah, del barco!!*

—; *Triple tonnerre de Dieu!*—esclamó Larrendu;—yo les llevaré el mensaje.

Y esto diciendo, se desnudó con prontitud, y se arrojó al agua, nadando con celeridad hácia el bergantín, en tanto que gritaba como un desesperado.

—¡Allá voy, Teto, Gouvin, Perroquet, y tú, poeta de los demonios!

Cuando estuvo á distancia conveniente, los del bergantín le arrojaron un cabo, al cual se asió con fuerza, y le izaron á bordo.

Atónitos se encontraban los de la fragata, con todo cuanto estaba pasando ante sus ojos, tratando en vano de esplicarse el móvil de la conducta del francés, así como el carácter y pretensiones del bergantín. Empero quien con razon se mostraba mas sorprendido, y aun diremos indignado, de verse tratado con tan soberana altanería, por un buque español, siendo él comodoro, y montando una fragata de la marina real inglesa, fué el capitán de la *Proserpyne*. Cegado por la cólera, se olvidó de la situacion en que se encontraba, é iba á mandar hacer fuego sobre el bergantín, cuando recordó, trémulo de ira, la imposibilidad en que se hallaba de tomar una ejecutiva venganza.

Entonces, despechado y furioso, preguntó á los oficiales que le rodeaban, la esplicacion de lo que estaba pasando; mas ninguno pudo dársela.

Discutiendo estaban sobre el partido que convendría tomar en tan estraordinarias circunstancias, cuando llegó de nuevo á sus oídos la voz del hombre que anteriormente los interpelara, aunque esta vez en tono mas imperativo é insultante, puesto que ecsigia que el comandante de la fragata pasara á bordo del bergantín, acompañando tan audaz ecsigencia con un nuevo disparo de

artillería, cuya bala destrozó parte de la obra muerta del buque inglés.

La sorpresa é indignacion que tan inaudito como temerario atentado causó á todos los oficiales ingleses, los dejó mudos é inmóviles durante algunos segundos, hasta que vino á sacarles de su estupor el pasajero Mr. Henry quien pálido y consternado salió de la cámara, y penetrando en medio del grupo de oficiales, dijo, con voz balbuciente por el terror.

—Señores!.... señores!.... ese.... ese es el pirata español que saqueó á la *Morning-Star*; le conozco..... Ah! desgraciados, desgraciados de nosotros!

El comodoro dejó escapar una interjeccion que fué repetida en coro por todos sus subalternos, y apretando los puños con rabia, exclamó, en un arrebató de furor.

—Que se haga zafarrancho!... que se arme todo el mundo!... y veremos si ese despreciable puñado de ladrones, será bastante osado para atacar una fragata de la marina real inglesa... Ay!—continuó con amargo despecho;—si hubiéramos conservado siquiera una pieza de artillería!

Entretanto se hacian los aprestos del combate á bordo de la *Proserpyne*, Larrendu, ayudado por sus compañeros, saltaba sobre la cubierta del DEFENSOR DE PEDRO. Al verle enmedio de ellos, todos los piratas prorrumpieron en gritos de júbilo, y á tiempo que unos le abrazaban, y otros le aporreaban, disputándose afanosos la ocasion de estrecharle las manos, el buen Larrendu lloraba de gozo como un chiquillo, repartiendo entre sus camaradas sendos puntapiés y mogicones, que todos recibian gustosos, por ver en ellos la espresion del cariño que les profesaba el compañero que creyeran perdido. Hasta el poeta las Casas hizo abstraccion de su invete-

rada antipatía, y aguantó con cara risueña, una descomunal puñada sobre la cabeza.

Pasado el primer momento de los trasportes de alegría, le llegó su turno al de las interrogaciones, y todos á voz en grito, comenzaron á preguntarle por noticias de su estancia en el buque inglés.

Iba Larrendu á contestar, despues de haber impuesto silencio con un gesto de cómica autoridad, cuando se abrió el grupo que le rodeaba, y presentóse á su vista el capitan Benito Soto.

—¡Oh, mi querido gefe!—esclamó el francés, abrazándole con efusion.

—¿Dónde está Barbazan?—interrogó el gallego, manifestando en su semblante la mas viva inquietud.

—Allí!—respondió Larrendu, señalando la fragata.

—¿Cómo os encontráis en ese buque?

—Capitan, nos pescaron como tortugas en la isla de la Ascension.

—¿Y adónde ibais?

—A Lóndres.

—Para qué?

—Para ser ahorcados.

—Ahorcados?

—Si, capitan: ó si te parece mas decente, para ser colocados en exhibicion, gratis por supuesto, en la hermosa azoteilla del *Newgate Prison*.

Despues de un momento de silencio, durante el cual estuvo enseñando los puños á los de la fragata, añadió.

—*Tonnerre de Dieu!* ahora veremos quien ahorca á quien.

Oidas las palabras del marinero, Soto, que segun su costumbre, tenia ya resuelto echar á pique el buque contrario, cambió de parecer, ó aplazó la ejecucion de su

proyecto, hasta que estuviese á bordo del bergantin su amigo Barbazan.

Para los efectos convenientes, se dirigió de nuevo á Larrendu, preguntándole qué número y clase de tripulacion tenia la fragata inglesa.

—Mucha gente, capitan:—contestó el francés;—de seguro no serán menos de doscientos hombres; pero el buque tiene mucha averia, gobierna mal, y ha arrojado al agua todos sus cañones.

—Lo sé,—replicó Soto.

—Que lo sabes?

—Es muy claro: con una sola pieza que tuvieran á bordo, la arrogancia del carácter inglés no hubiera dejado de contestar al insulto que acabo de inferir á su pabellon.

Terminada esta conversacion con Larrendu, fué cuando intimó Benito Soto la órden al comandante de la fragata para que se trasladase al bergantin, acompañando su órden con un segundo cañonazo.

Reconocida ya la condicion del buque enemigo, los oficiales y el equipaje de la *Proserpyne*, cada cual según sus sentimientos, bramaban de coraje, mas que por la insolencia del pirata, por la material incapacidad en que se hallaban de castigarle cual se merecia. Verdad es que contaban con un crecido número de hombres armados; pero tambien veian que su falta de artilleria los dejaba á la merced de un feroz contrario, que situándose convenientemente, podia cañonearlos con toda impunidad, hasta no dejar una tabla sana en la fragata.

Hallábanse confusos é indecisos, cuando vieron arriar un bote de los pescantes del bergantin, el cual, tripulado por un hombre á la caña, y cuatro al remo, todos sin armas, se llegó al costado de la fragata, sobre cuya

cubierta saltaron, despues de haber dejado la lancha amarada á una de las escalas.

Agrupáronse los ingleses en derredor de los advenedizos, quienes al verse rodeados de soldados y marineros armados, retrocedieron hácia el portalon, dirigiendo en torno suyo miradas recelosas. Empero la presencia de un oficial, que les hizo señas para que le siguiesen, los tranquilizó, y obedecieron sin proferir una palabra.

Llegados á la toldilla, el comandante, valiéndose de Mr. Henry, como de intérprete, les dirigió las siguientes preguntas.

—¿Quiénes son los que han tenido la osadía de insultar la bandera inglesa, cañoneando á uno de sus buques?

—Somos,—contestó Nicolás Fernandez, á quien Soto nombrara su mensagero,—tripulantes del bergantin DEFENSOR DE PEDRO, de la marina española.

—¿Qué ocupacion es la vuestra?

—El comercio.—contestó el pirata sonriendo irónicamente.

—El comercio! ¿y qué clase de comercio?

—Eso lo sabe el capitan Soto: preguntádselo, que él os lo dirá.

—Mientes, pícaro!... sois unos infames bandidos, á los que voy á mandar ahorcar en este mismo momento.

—Como usía guste y pueda;—replicó el español con desenfado;—pero eso será despues que usía haya oido cuanto tengo que decirle.

—Cómo, tunante! ¿vienes á tratar conmigo de igual á igual?

—Yo vengo en nombre del capitan Soto.

—¿Y qué quiere ese bandido?

—Quiere en primer lugar que seais amigos.

—Miserable! ¿se atreverá ese gefe de ladrones á solicitar la amistad de Sir Williams Loweley?

—Si señor; aunque sea por poco tiempo.

—Acabemos: ¿qué quiere?

—Que deis libertad á los marineros de nuestro buque que están aquí prisioneros, y nada mas. Si así lo haceis, nos separaremos como amigos, y á buen viage.

—Y si nó?

—Si no,—prosiguió Fernandez plegando los labios, y moviendo dos ó tres veces los hombros de alto á bajo, —el bergantin tomará por blanco á la fragata, y no cesará de disparar sobre ella, en tanto no la haya echado á pique.

El comandante se puso lívido, luego sonrojado, y por último rompió en una tempestad de blasfemias, al cabo de las cuales exclamó con acento gutural.

—Hola! que ahorquen á toda esta canalla!

Algunos oficiales pusieron mano sobre los piratas; mas antes que los hubieran arrastrado fuera de la toldilla, Nicolás Fernandez pudo llegarse forcejeando como un desesperado hasta la borda, desde la cual gritó con toda la fuerza de sus pulmones, acrecentada por el terror que le dominaba.

—Socorro! socorro!! capitan, que nos ahorean!!

Todavía zumbaba en el espacio el grito desgarrador del español, cuando se dejó oír una descarga á bala y metralla que sembró la muerte y el espanto en la fragata. Los ingleses contestaron con sus fusiles; mas reconociendo en el mismo instante la temeridad de su justa defensa, en vista de la superioridad que la artillería daba al bergantin, unos retrocedieron hasta la muralla opuesta, y otros se arrojaron á lo largo sobre el puente, temerosos á una nueva descarga de metralla de los piratas,

que por segunda vez barriera la cubierta.

Sin embargo, contra lo que naturalmente era de esperar, el buque enemigo no disparó despues ni un solo tiro.

El comandante y sus oficiales, que si bien habian participado del mismo temor que la tripulacion, no lo habian manifestado, permaneciendo como hombres de honor espuestos al fuego del pirata, observaron con asombro que su equipage abandonaba las piezas y dirigia sus miradas, dando voces de triunfo y gesticulando con los brazos, hacia una driza pendiente del palo de mesana, donde flotaba la bandera británica. Los ingleses miraron tambien en aquella direccion, y vieron con indecible sorpresa que habia sido arriada, sin que precediese orden alguna.

Esta última afrenta colmó la medida de las humillaciones hechas á aquellos valientes marinos. El comandante quiso arrojarse espada en mano sobre cubierta, para dar muerte por sí mismo al cobarde que tal infamia habia perpetrado; mas observando que acababa de ser detenido por los oficiales, mandó que inmediatamente fuera llevado á su presencia.

Rodeado de bayonetas, fué conducido ante el capitán el desgraciado Victor Saint-Cir de Barbazan, sin que su semblante manifestara la mas leve apariencia de temor.

—Infame!—le dijo el gefe, conteniendo á duras penas la ira que rebosaba en su pecho: —¿Quién te ha mandado arriar la bandera?

—Nadie, señor;—contestó Barbazan en inglés correcto;—sino el deseo de salvar á costa de una vida que para nada quiero, las de tantos infelices como teneis en vuestro derredor.

—Calla!—esclamó el comodoro, con visibles muestras de sorpresa;—¿no es este uno de los marineros naufragos, que hemos recogido en la isla de la Ascension.

—Si, señor.—replicó Victor.

—¿Eres inglés?

—No, señor: soy francés.

—Ya! solo asi se explica que hayas arriado cobardemente el pabellon inglés delante de un pirata:—dijo Mr. Loweley, haciendo un gesto de colérico desprecio.

—Estais engañado!—respondió Barbazan, devorando en silencio tal ultrage hecho á su nacion.

—Engañado?

—Si: porque no fué por miedo.

—Entonces, ¿por qué ha sido?

—Porque sé que toda defensa es imposible para vosotros, y que no hay mérito, sino demencia, en hacerse matar sin gloria ni provecho.

—Qué quieres decir con eso?

—Que conozco vuestra situacion, y tambien las condiciones del buque que tienen á la vista. Me consta que le será tan fácil echar la fragata á pique, y matar hasta el último de sus tripulantes, sin experimentar el menor remordimiento; como virar por redondo, y aun socorremos, si le pedis ayuda, y hay quien sirva de mediador entre los dos.

—Tú faltas á la verdad.

—Si mis palabras no os satisfacen, señor comandante, mandad que izen de nuevo la bandera, y yo le aseguro que antes de dos horas no quedará ni una astilla de la fragata *Proserpyne*.

—Señor mio,—replicó el comodoro, vivamente conmovido por las razones del francés, al que comenzó á tratar con mas atencion;—puesto que parece tan ente-

rado, tened la bondad de darnos algunas esplicaciones sobre lo que aquí está pasando.

—Poco tiene que explicar.... Un bergantin pirata que encuentra á un buque de guerra inglés medio desmantelado, y en la imposibilidad de defenderse, por carecer de artilleria, y trata sin duda de tomar en una hora, la revancha de la implacable persecucion que durante muchos meses le habrán hecho los cruceros de la Gran Bretaña.—repuso Barbazan, el cual, olvidando por un momento los acerbos dolores que destrozaban su alma, hallaba, en su calidad de francés, una secreta complacencia en mortificar á los ingleses, devolviendo al propio tiempo la injuria que antes se le hiciera.

—Pero habeis dicho que conoceis ese buque;—dijo el comandante, repasando en su memoria algun suceso anterior;—y ahora recuerdo que el bribon que me mandó el jefe de esa canalla, me exigia el que os pusiera en libertad.... Esto me prueba....

—Que soy uno de ellos?—le interrumpió Victor, sonriendo amargamente;—Es verdad, señor comandante: mis compañeros y yo, formábamos parte de su tripulacion.

—Ahora comienzo á ver claro; mas lo que no puedo comprender, es como han sabido ellos que os encontrábais á bordo de mi buque.

—Fácil es la esplicacion: y si gustais yo os daré las llaves del enigma.

—Decid.

—Hace algunos dias que supliqué al que manda el bergantin, me dejase en la isla de la Ascension con dos de mis compañeros. Accedió á mis súplicas, y así que me hubo puesto en tierra, dió la vuelta para... para donde le pareció mas oportuno. Una horrible y funesta circunstan-

cia nos hizo caer en vuestras manos, para ser conducidos á Inglaterra. El bergantín debió ser asaltado por recios temporales antes de pasar la Línea; y sin duda hubo de abandonar el rumbo que llevaba, y empujado por la invisible mano del destino, viene á tropezar con la fragata que mandais. Lo que era consiguiente, quiso reconocerla; y al llegar á su costado, uno de mis compañeros se arrojó al agua, llevando al bergantín la noticia de nuestra existencia aquí. El gefe de ese buque, con quien me unen estrechas relaciones de amistad, sabedor del fin que me espera si permanezco prisionero, habrá tenido la para mí bárbara humanidad, de quererme salvar de las garras de los tribunales ingleses, y al efecto ha exigido me deis por libre, como condicion para dejarnos tranquilamente en la derrota.

—Ya que usais conmigo de tanta franqueza, podreis decirme si ese bergantín fué el mismo que saqueó á la *Morning-Star*?

—Sí, señor.

—Y vos, segun la declaracion de Mr. Henry, el capitán de presas que mandaba el abordage?

—El mismo.

¡Qué insolente descaró!—esclamó el comodoro mirando á Barbazan con asombro;—¿Y tambien el que asesinó una parte del destacamento de la isla de la Ascension?

—Justamente.

—Oh!—gritó Mr. Loweley, alzando los ojos y las manos al cielo;—¿Y tan inicuos atentados habian de quedar impunes? ¡No, vive Dios! Aunque debiera morir cosido á puñaladas, sobre la mas pequeña tabla de mi buque, y abrazado con el último de mis compañeros, he de mandar que os cuelguen á todos de los penales de la mayor.

—No me asusta la idea de la muerte;—replicó Barbazan con calma:—la deseo como el único bálsamo que pueda cerrar la herida abierta en mi pecho; mas me horrorizo al considerar la espantosa represalia que usará ese bergantin, desde cuya cubierta nos acecha una fiera que solo se complace en medio de la muerte y el esterminio.... Tened presente, señor, que la vida de todos los que respiran á bordo de la *Proserpyne*, pende de la resolucion que tomeis en este momento: si esta no la dicta la razon y la prudencia, el raudal de sangre que indefectiblemente habrá de derramarse, vendrá á caer gota á gota sobre vuestra cabeza.

—Esto es horrible!—esclamó el comandante, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Trascurrido un corto intervalo de silencio, el comodoro alzó su frente, y dijo á los marineros, manifestando en su semblante la calma de la desesperacion.

—Retírense á proa á esperar mis órdenes!

Despues, volviéndose hácia sus oficiales, continuó.

—Vamos, señores: vamos á la cámara á deliberar.

Cuando Mr. Williams Loweley se vió á cubierto de las miradas de su tripulacion, y de los piratas, hallándose entre sus oficiales, con los que no tenia necesidad de revestirse de su elevado carácter, ni ocultar la verdadera naturaleza de su sobresalto, dió rienda suelta á su despecho, describiendo con frases entrecortadas los diferentes sentimientos que se agitaban en el fondo de su corazon. Manifestó la intensidad de la afrenta que habia recibido la marina real inglesa, no ya por la escaramuza que sostuvieran en aquella mañana, sino de habersele impuesto condiciones por un miserable pirata. Se esplayó detenidamente en manifestar el deber en que se encontraban, de contestar solo con las armas á las

exigencias del enemigo, y la necesidad de perecer en último caso hidalgamente, primero que manchar sus honrosos uniformes y el esplendor de sus nombres, tratando de igual á igual con un puñado de facinerosos. Espuso tambien las cualidades de que se hallaban revestidos en aquellas circunstancias, que no eran otras que las de jueces y delegados de la sociedad, cuyos intereses y honor representaban; debiendo en este concepto no transigir con el crimen, y aplicarle un ejemplar castigo, para salvar el principio de autoridad en cuya defensa debian morir, antes que dejarlo escarnecer impunemente.

Pasado el primer arretrato, la fria razon y el cálculo prudente, vinieron á templar el fogoso entusiasmo del comodoro, quien despues de haber descrito sus deberes y obligaciones, comenzó á enumerar los obstáculos que se oponian al cumplimiento de la ley.

Estos eran de tal naturaleza, que despues de hacerlos presentes al consejo de oficiales, dijo el pundonoroso comandante; que si bien él estaba decidido á sucumbir el primero en su puesto, no se creia autorizado para obligar á sus subordinados á que imitaran su ejemplo, pues la situacion en que se hallaban, por su carácter extraordinario y escepcional, dejaba la puerta franca para optar por otro desenlace que no fuera el de la muerte inevitable de toda la tripulacion, siempre que este medio no fuera en manera alguna deshonoroso.

El consejo de oficiales, despues de una madura deliberacion, acordó que puesto que el bergantin pirata no pretendia hacer presa de la *Proserpyne*; que no escigia condiciones denigrantes para la marina británica; y que solo pretendia *en forma de súplica*, la libertad de los prisioneros que conducian á bordo, se estaba en el caso

de acceder á su demanda, considerando la absoluta imposibilidad en que se hallaba el buque para resistirse á ella, por verse privado de su artilleria, casi completamente desmantelado, y sin medio alguno de gobierno para el combate, el abordage, y la huida.

Tomado este acuerdo en definitiva, el comandante y los oficiales subieron sobre cubierta, y mandando comparecer en su presencia, á los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO que se encontraban á bordo de la fragata, les dijeron que estaban autorizados para regresar á su buque, con la sola condicion de que el bergantin se separaria inmediatamente del costado de la fragata, y que antes de dar la vela, saludaria con una salva de seis cañonazos, la bandera inglesa que se habia de izar en el tope del trinquete.

Victor Barbazan, en nombre de su capitan Soto, empeñó su palabra de honor de que serian observadas religiosamente por el bergantin, las condiciones propuestas; y se despidió con los suyos de la oficialidad inglesa, que no se dignó contestar al saludo que aquel les hiciera.

Pocos momentos despues, los siete piratas respiraban mas libremente á bordo del DEFENSOR DE PEDRO, cuya cubierta creyeron no volver á pisar.





CAPÍTULO V.

ESTUDIOS FISIOLÓGICOS.

El regreso al bergantín, fué para Victor Barbazan un manantial de continuos sinsabores, hechos aun mas acerbos, por los punzantes remordimientos que su pasada vida le despertaba en su corazon.

La cámara que ocupara Amelia, el sitio á popa donde ella gustaba sentarse durante los cortos instantes en que salia á cubierta para gozar de la frescura de la brisa, y contemplar con doliente mirada la inmensidad del Occéano, y la diáfana transparencia del firmamento, traian sin cesar á su memoria el tierno y dulce recuer-

do de aquellas fugaces horas que pasara á su lado, olvidando en medio del arrobamiento de su éxtasis amoroso, las lúgubres imágenes de su oscuro presente y de su negro porvenir.

Estos tristes recuerdos de los únicos dias de felicidad que gozó durante el curso de su borrascosa existencia, le martirizaban el alma con uno de esos horribles tormentos, que poco á poco llegan á hacer la vida insoportable, porque en su medida se cifra la del continuo padecer.

Por una de las mil anomalias incomprensibles que se observan en el corazon del hombre, el desgraciado Victor hallaba un secreto placer en sus constantes sufrimientos: creia ver en ellos la justa espiacion en esta vida de sus pasados crímenes; y como la idea religiosa se habia despertado en su alma, cuando desapareció para siempre de la tierra aquella muger que tanto amara, se resignó á arrastrar una vida miserable, pero transitoria, á trueque de abrirse las puertas de la misericordia de Dios, en cuyo seno esperaba encontrar al ángel que tan sin piedad le habia sido arrebatado.

Sin embargo, su enérgica naturaleza, antes de llegar á este estado de egemplar resignacion, esperiméntó, aunque por corto tiempo, una violenta crisis. Cuando despues de recobrar por completo la facultad de sentir, pudo darse cuenta ecsacta de todo lo triste de su situacion, pensó en poner término á su ecsistencia de una manera que coronara la obra de su desesperacion: empero á espaldas del suicidio, vió la eternidad; en ella, el castigo de los réprobos; y creyó escuchar la voz de Amelia que desde el cielo le acusaba de haber labrado su ruina en esta vida, y su eterna separacion en la otra. Entonces resolvió vivir, conceptuando que el sacrificio que hacia de

su idea dominante, seria grato á los ojos de Dios, quien aceptaria los largos años de martirio que esperaba pasar, como justo y merecido desagravio de sus culpas; como el agua que le purificaba de todas sus manchas; finalmente, como el alba túnica que habia de encubrir todas sus deformidades.

A veces se olvidaba de sus buenos propósitos; mas al sentir que se entibiaba su fé, caia de rodillas, y juntando sus manos en actitud suplicante, solia esclamar con frecuencia.

—Dios mio! Dios mio! quien ha vivido siete años en medio de la mas cruel desesperacion, por lograr un solo momento de felicidad en la tierra, ¿no ha de tener valor para sufrir algunos dias mas, á fin de vivir eternamente en la mansion de los buenos?

.

Si extraordinario fué el cambio que experimentó el caracter de Barbazan desde el fatal acontecimiento de la isla de la Ascension, no menos notable fué el que sufrió la índole del feroz Benito Soto.

El terrible gallego parecia haberse despojado casi completamente de sus hábitos sanguinarios, y haber despojado sus instintos de fiera, para no volverlos á recuperar. No es esto decir que hubiese dejado de ser altanero y temerario; sino que aparecia menos iracundo, y mas dispuesto á perdonar las faltas leves de sus subordinados.

Esta reaccion hácia el camino del bien, no procedia ni de la conciencia que tuviera del mal que habia hecho, ni del deseo, por consiguiente, de espiarlo, con una conducta mas humanitaria; porque Soto no creia haber hecho mal, sino vengádose: y si alguna vez se le ocurría

la idea de que su venganza hubiese ido á los ojos del mundo mas allá del límite que debiera imponerle la causa que la habia motivado, se consolaba con decir que para él, la muerte de su hermano fué tanto ó mas sensible que lo que pudiera ser para la sociedad, la de los muchos inocentes que sacrificara á su rencor. Procedia, pues, de una causa menos santa y menos noble que el arrepentimiento: procedia de que se hallaba harto de sangre y embotado su odio, á fuerza de tenerlo en juego un dia y otro dia.

Ademas, Soto era ya rico; más rico de lo que pudo imaginarse al dar principio á su vandálica carrera: y la posesion de esta cuantiosa fortuna, habia despertado en su corazón el deseo de conservarla á toda costa. Quería gozar de ella á sus anchas, y quizá por la primera vez en su vida, se estremecía al pensar que algun fatal accidente pudiera despojarle del fruto de su tan penosa como horrible labor.

Cuando era pobre, y se veia dominado exclusivamente por un deseo de venganza, poco le importaba perder una vida llena de miserias, en la cual no se le ofrecia la agradable perspectiva de un solo goce: por esta razon la esponia á cada paso, desafiando audaz los peligros, y entrando con indiferencia en una lucha, cuyo resultado debia ser para él un triunfo, ya consiguiendo la victoria, y con ella sus deseos, ó ya pereciendo en la demanda, con lo cual habian de tener fin sus trabajos y penalidades. Empero esa vida, antes tan desgraciada, la riqueza la habia hecho ahora muy apreciable á sus ojos, y anhelaba por consiguiente, conservarla. Para ello tenia necesidad de huir de los peligros; y como este deseo le hizo mas humano, queria rodearse de amigos leales, á fin de tener á raya los enemigos

encubiertos, que no le faltaban, y que podian estar en acecho, espiando una ocasion para perderlo.

Por otra parte, el estado deplorable de Barbazan, habia contribuido no poco al cambio de carácter del gefe que mandaba el DEFENSOR DE PEDRO. La vista de aquel espantoso dolor que destrozaba entre violentas convulsiones la vida de su buen amigo, dolor desconocido é inesplicable para él, llegó á impresionarle vivamente, haciendo penetrar en su corazon á manera de rayos de luz, sensaciones nuevas que le predispusieron al ejercicio de piedad.

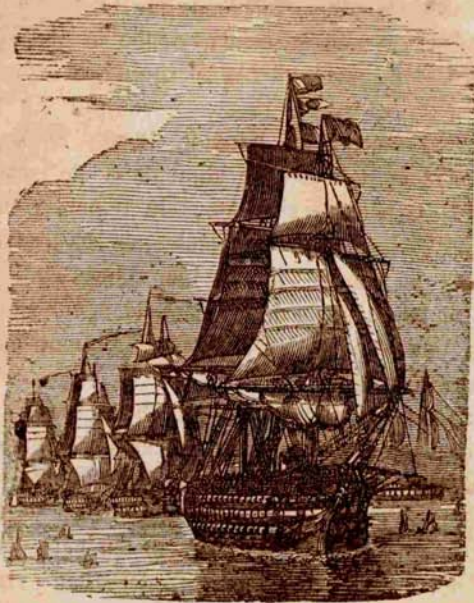
Este sentimiento, que venia á enlazarse estrechamente con las tiernas emociones que la vista de Amelia habia despertado en su pecho, acabó la obra que comenzara á edificar el interés mezquino de los goces materiales.

De esta suerte, el bandido Benito Soto, la fiera que cual hiena tan solo se alimentaba de sangre y de cadáveres, el hombre sin amor, sin temor, y sin respeto hácia Dios y hácia sus semejantes, se iba transformando lentamente en un ser, que si bien jamás pudiera considerarse en la categoría de los completamente buenos, dejara sin embargo de pertenecer á la condicion de los completamente malos.

El cambio ó modificacion en buen sentido, del carácter de los dos gefes mas queridos y temidos al propio tiempo, influyó necesariamente en el de los tripulantes, que teniendo ya reunido cada cual segun su cálculo, suficiente dinero para trocar su arriesgada existencia por otra mas tranquila, deseaban ver el término de su criminal peregrinacion, para entrar con sosiego en el goce del fruto de su rapiña, manifestando cada dia, y con mayor empeño, su anhelo de llegar cuanto

antes á las costas de España, como término que habian señalado á su vida aventurera.

De acuerdo, pues, todas las voluntades sobre este particular, el bergantin hizo rumbo para su nuevo destino, resueltos todos los tripulantes á no variarlo, aunque con el firme propósito de hacer presa de todo buque que encontrasen en el trayecto de su derrota, para acrecentar por todos los medios posibles las riquezas de que eran dueños.





CAPÍTULO VI.

FINIS CORONAT OPUS.

Pocos dias despues de haber pasado la Línea, y navegando el DEFENSOR DE PEDRO con rumbo á las islas Azores, avistaron los piratas en las cercanías de Cabo Verde un bergantín anglo-americano, que venia cargado de ladrillos, tejas y botas vacías.

Tan pobre presa, no podia ecsitar ciertamente su codicia: así que, despues de reconocido el cargamento, se retiraron celebrando con groseras chanzonetas el chasco que acababan de experimentar; y como ya no juzgaban necesario para su conservacion, el esterminio de

las tripulaciones de los buques que abordaran, se abstuvieron de maltratar á los tripulantes y pasajeros del espresado bergantin.

Ocho dias despues de este suceso, hallándose á la altura de las islas Canarias, avistaron por la mura de estribor un brick-barca inglés, el cual ignorando la condicion del DEFENSOR DE PEDRO, se les puso al habla.

La vista de un buque de tres palos, despertó la dormida ambicion de los piratas. Despues de haberle mandado atravesarse, echaron un bote al agua, que condujo sobre la cubierta del brick-barca al peloton de abordage, capitaneado por José de los Santos; mas por segunda vez vieron tambien defraudadas sus esperanzas.

La fragata *Sumbury* navegaba en lastre para el puerto de San Thómas, por cuya razon solo pudieron tomar de ella víveres, aguada, y cuatro medias pipas de vino, cosas todas de que habian mucha necesidad. Fieles al nuevo plan que se habian trazado, los piratas se abstuvieron de maltratar á la tripulacion, que libró del grave peligro, á costa solo del susto que tuviera.

Es de advertir que estas nuevas fechorías se cometian sin órden espresa de Benito Soto, el cual, si bien se negó á tomar parte en ellas, no pudo en realidad oponerse decididamente á que se perpetraran, y tuvo que dejar que Santos, Fernandez, y Domingo Antonio las dirigiesen.

Descubren por fin, y reconocen á últimos de Marzo las islas Terceras, desde cuyo punto emprenden definitivamente la derrota para las costas de Galicia.

El dia 2 de Abril, á la puesta del sol, descubren sus topes una vela por la mura de barlovento, y apesar de hallarse próximos á los puertos de España, resuelven cerrar la cuenta de sus latrocinios, en esta última presa.

Al efecto, los nuevos cabecillas, usando de la libertad de obrar que la indiferencia del capitán Soto les dejaba, después de haberse cerciorado con los catalejos que el buque á la vista era mercante, mandaron al poeta, que entonces se hallaba al timón, gobernarse sobre él.

La bruma de la noche no tardó en ocultarles el buque que codiciaban; pero como dos horas de observación les habían bastado para adivinar el rumbo que aquel siguiera, no se desanimaron por tal contratiempo, y siguieron navegando durante toda la noche en la dirección que estimaron conveniente.

Al amanecer, se vieron agradablemente sorprendidos, notando, que sin saberlo, habían navegado desde la tarde anterior, en conserva con el buque, el cual no era otro que la fragata portuguesa *Ermelinda*, que reconocieron por haberla visto, anclada también, en el puerto de San Sebastián de Rio Janeiro.

Este encuentro los llenó de satisfacción, pues constándoles que la *Ermelinda* traía un rico cargamento procedente del Brasil, se congratularon con una nueva presa, tan pingüe como las primeras que hicieron en las aguas de la Ascension.

Nicolás Fernandez, abrogándose una especie de autoridad militar á bordo del bergantín, á título de amigo y confidente de Soto, que le dejaba siempre obrar, en tanto no se diera el caso de que necesitara interponer su temida intervención, mandó izar la bandera francesa que afirmó con un cañonazo, y luego dió orden á la *Ermelinda* para que se atravesase, intimando al capitán con objeto de que pasara á bordo del bergantín con sus papeles.

La tripulación portuguesa intentó hacer alguna resistencia; mas tuvieron que renunciar muy luego á ella,

al ver á sus contrarios preparar las piezas con intencion de hacer fuego.

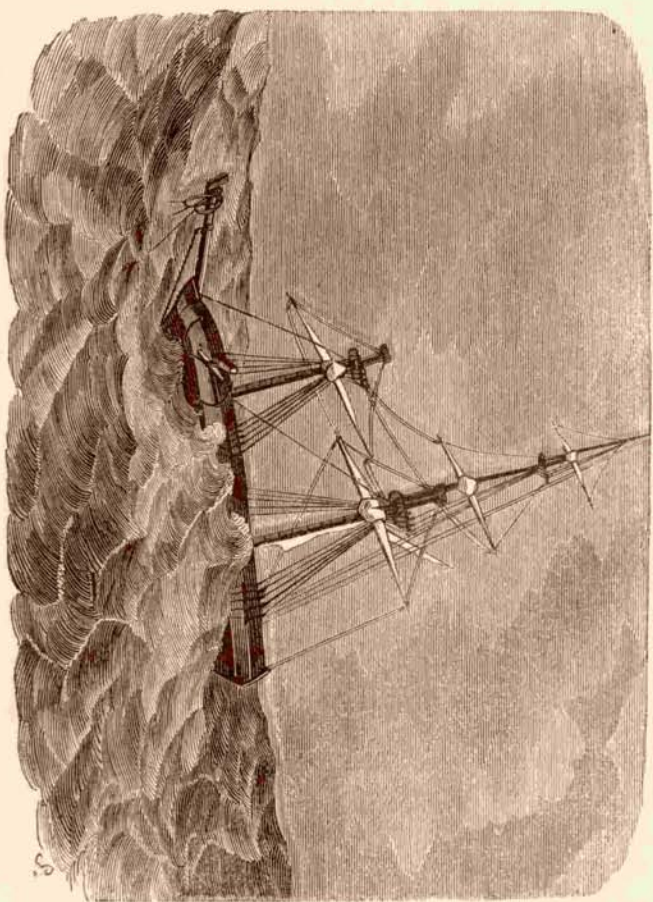
No quedando, pues, á los de la fragata otro recurso que el de la sumision, y conociendo la clase de buque con que se las habian, arriaron el bote, y embarcándose el piloto con cuatro marineros, pasaron á bordo del DEFENSOR DE PEDRO, donde fueron recibidos con insultos y amenazas, y encerrados en la bodega.

Acto continuo, siete piratas á las órdenes de José de los Santos, abordaron la fragata, cuya tripulacion y pasajeros, al verlos sobre cubierta armados, y en actitud hostil, buyeron á guarecerse en la camara y rancho de proa, de donde fueron sacados por los que componian el peloton de abordage, para inquirir de ellos el dinero y efectos de valor que se encerraban en la *Ermelinda*. Terminada esta formalidad, volvieron á ser encerrados, y tuvo comienzo la operacion del saqueo.

Pocas horas despues, veianse hacinados sobre cubierta los ricos despojos de la fragata, consistentes en cuarenta y dos sacas de café, ocho cajas de té, muchos fardos de sedería, oro, alhajas, y paquetes de piedras preciosas; en fin, cuantos efectos de valor encontraron, todo lo cual fué trasladado al bergantin, con ayuda de algunos marineros de la *Ermelinda*, á quienes obligaron á viva fuerza á ayudarles en el trasbordo.

Cuando estuvo terminado el pillage, dieron principio á la obra de destruccion: rompieron las cartas y todos los documentos de la fragata, arrojaron al agua barriles de carne salada y de galleta, pipas de aguada, vergas, jarcias, y por último cuantos efectos hallaron sobre cubierta.

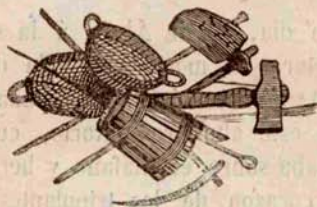
De regreso al bergantin, dieron libertad al piloto de



El Defensor de Pedro corriendo un tiempo sobre las costas de Portugal, á la altura de la ria de Viana.

la *Ermelinda*, permitiéndole volver á su buque; empero con la prevencion estricta de que habia de seguir un rumbo opuesto enteramente al suyo, y amenazándole con echar á pique la fragata, si llegaban á encontrarlos.

Colmada con esta última presa la medida de su codicia, los piratas, llenos de gozo, continuaron rumbo á España sobre las costas de Portugal, y á la altura de la ria de Viana, fueron sorprendidos por un temporal que los puso en grave riesgo de perderse; empero del cual salieron á duras penas, despues de haber rendido el mastelero de velacho, el de gavia con sus vergas del trinquete, y botalon de foque: pérdida que resarcieron con el saqueo de un bergantin inglés, nombrado el *New-Prospect*, á la altura del cabo Silleiro, del cual tomaron el mastelero de velacho, dos de juanete, con las correspondientes vergas, todos los pertrechos que habian menester, y finalmente la caja del carpintero, para componer las averías del DEFENSOR DE PEDRO.





CAPÍTULO VII.

TIO Y SOBRINO.

Al siguiente día, 15 de Abril, á la salida del sol, los piratas avistaron el monte y capilla de Santa Tecla, límite por el O. de los reinos de España y Portugal.

La vista de este alto promontorio, cuya negra silueta se recortaba sobre el diáfano y hermoso azul del cielo, llenó el corazón de los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO de una indecible alegría, puesto que les mostraba el prócsimo término de una vida aventurera, y les ofrecía el principio de otra nueva existencia llena de goces apetecidos, goces que esperaban obtener, mer-

ced á la cuantiosa riqueza que á cada uno le habia de tocar, por parte de botín.

Sin embargo, pasados los primeros transportes de un placer natural, deslizóse en todos los pechos cierto vago temor, hijo del sobresalto que les preocupaba, al considerar que su irresistible imperio en la mar, y su salvaje independencia, tenian que concluir dentro de pocas horas, sometién dose al poder de las leyes que regian en el pais que trataban de pisar.

Benito Soto, no menos gozoso ni tampoco menos sobresaltado que sus cómplices, apenas recibió estando en la cámara, la noticia de haberse avistado la tierra, subió apresuradamente sobre cubierta, y allí contempló en silencio y con un estremecimiento nervioso que hacia latir violentamente su corazon, aquella costa querida, que le trajo á la memoria el adormecido recuerdo de su hermano, con los tranquilos y tempestuosos dias de su infancia y aun de su mocedad.

Largo tiempo permaneció en aquella muda contemplacion, no atreviéndose á interrumpirle ninguno de los amigos que le rodeaban, acaso porque en la imaginacion de muchos de ellos se agitaban los mismos pensamientos.

Entretanto el bergantin, mimado por una suave brisa del S. O., puesta la proa al punto de su destino, navegaba con poca vela, cual si recelara un funesto tropiezo, precisamente cuando estaba cercano á tocar el puerto de salvacion.

El gefe que lo mandaba, desde popa, seguia reconociendo uno por uno, todos los puntos que le eran tan familiares: la punta del Montador, el cabo Silleiro, las islas Estelas, el monte Ferro, y las islas Cies ó de Bayona, que salen del seno del mar, semejantes á conos de granito colocados sin simetria sobre un plano horizontal.

Cuando el DEFENSOR DE PEDRO estuvo á la altura, y como á tres millas de distancia, del estrecho canal que separa las Cies, el capitán, á quien el deseo de arribar á Pontevedra, le inducía á seguir el trayecto mas corto, á fin de calmar cuanto antes la inquietud que le devoraba, se puso al timón; y en su calidad de práctico en aquellos parages, se encargó de dirigir el rumbo, salvando perfectamente los escollos que pudieran hacer zozobrar al buque.

Fiado, pues, en sus conocimientos, empuñó con mano vigorosa las cabillas de la rueda; mandó disponer el aparejo convenientemente: arribó sobre la punta del Caballo, y metiendo el bergantín entre los bajos Biduidos y Roncosa, que atravesó con marea alta y siete brazas de fondo, navegó proa al cabo de Udra, para entrar en la ría de Pontevedra, en la cual fondeó á un cuarto de milla S. de la punta de Festiñanzo.

Apenas se vió concluida la maniobra de echar anclas y aferrar velas, no bien los piratas pudieron considerarse ya definitivamente divorciados de su vida pasada, en medio de un mundo nuevo si se quiere para ellos, y cuya risueña perspectiva tanto les habia halagado durante los duros trances de su odiosa carrera, todos se agruparon sobre cubierta, recreando sus miradas en el mágico cuadro que se desarrollaba ante sus ojos, compuesto de aquellas pintorescas riberas vestidas de una brillante vegetación, con multitud de pueblecillos y blancos caserios, sobre los cuales se destacaban las torres y campanarios de infinidad de iglesias y monasterios. Ni sus ojos se cansaban de contemplar tan encantador espectáculo, ni sus pulmones de respirar aquellas auras embalsamadas.

Benito Soto, sin embargo, se hallaba muy lejos de entregarse á la infantil alegría y ciega confianza de sus

subordinados. Consideraba que en aquella situacion no era ya el DEFENSOR DE PEDRO el ave, que libre, vuela donde mejor le place; que una vez entabladas relaciones en tierra, se ponía bajo el dominio de la ley de los hombres, de la cual no le era dado burlarse ni con la huida, ni con prodigios de valor. Consiguiente á estas reflexiones, se hizo mas receloso y prevenido: mandó trincar la artillería, cerrar las portas, izar bandera portuguesa, y por último hacer desapareciese de sobre cubierta todo cuanto pudiera dar indicios de la condicion del buque. Esperaba la visita del resguardo, y no queria que un descuido ó imprudencia, fuera motivo para dar la alarma á las autoridades de Pontevedra.

En efecto: dos horas antes de la puesta del sol, llegó al costado la falúa del resguardo, y un sargento de carabineros, preguntó el nombre, procedencia, cargamento y destino del bergantin.

El capitan que desde el momento en que á larga distancia hubo reconocido la pequeña embarcacion, ordenó á la mayor parte de sus subordinados se ocultasen, acercóse al portalon, y con tono arrogante, contestó en español chapurrado, para hacer mas creible su falsa declaracion, que el buque era portugues, nombrado *O bon Jesu é as Animas*, que venia de la América del Norte, con cargamento de frutos del pais; que iba al puerto de Lisboa; y que se habia visto precisado á entrar de arribada en la ria de Pontevedra, para hacer aguada, por haber tenido que arrojar al mar algunas pipas, durante un recio temporal que corriera seis dias antes.

Esta declaracion debió sin duda satisfacer al resguardo, cuando, sin tratar de llevar mas adelante su reconocimiento, abandonó el costado del DEFENSOR DE PEDRO.

Librado á tan poca costa de este riesgo, Soto cono-

ció que era llegado ya el momento de obrar con actividad, en cuanto hacia relacion con el inmediato alijo del cargamento; mas no bien habia resuelto é iba á dictar sus primeras disposiciones, comenzaron á presentársele multitud de obstáculos, con los que apenas habia contado anteriormente.

No era en verdad cosa difícil la operacion del alijo, y menos aun para el audaz pirata, que suponía que con dinero, nunca le pudieran faltar cómplices ó encubridores. La dificultad estaba en hallar personas de bastante confianza para hacerles participes de un secreto, cuyo descubrimiento llevaba consigo una funesta trascendencia, y sobre todo, dado caso de encontrarles, ponerse en comunicacion con ellos, no conociendo en Pontevedra sugeto alguno á quien dirigirse para dar los primeros pasos, toda vez que durante su larga ausencia, era probable que por una ú otra razon, hubieran desaparecido sus antiguos conocimientos.

La única persona, pues, con quien razonablemente podia contar á todo evento, era su tío Manuel Soto, pescador de Marin; pero este se hallaba para Benito tambien en el mismo caso que aquellos que conociera desde su infancia; es decir, que lo consideraba probablemente muerto, atendido á los muchos años que ya tenia cuando le abandonó, ó quizás, por motivos para él desconocidos, hubiese cambiado de domicilio.

Un camino le quedaba solamente para resolver sus inquietudes: y este se reducía á enviar una carta á su tío, anunciándole su llegada, y la urgente necesidad que tenia de verle antes de saltar en tierra. Resolvióse á ello, y al efecto mandó concurrir á la cámara á sus principales cómplices, con objeto de hacerlos sabedores del plan, y tomarles consejo sobre lo que convenia hacer en

aquellas delicadas circunstancias.

Reunidos en el camarote de Soto seis piratas de su completa confianza, el capitan les hizo presente que lo mas oportuno y favorable á sus intereses, era vender cuanto antes los efectos robados, introduciéndolos en Pontevedra bajo el aspecto de contrabando, lo cual consideraba de fácil ejecucion, y que tan pronto como se verificara la venta, tomaria cada uno su parte de presa, quedando árbitro de disponer de su persona como mejor le pareciera. Añadió tambien que para los efectos consiguientes á este plan, era indispensable la cooperacion de alguna persona del pais, y ninguna mas apropósito en su juicio, que un tio suyo, el cual vivia en Marin, y por lo tanto podia servirles de depositario y corredor, á cuyo fin pensaba escribirle una carta, anunciándole su llegada.

Los piratas aprobaron la resolucion de su gefe, y acto continuo Antonio de Laida escribió la carta que Soto le dictara.

Ofrecióse la dificultad de hallar un medio de hacerla llegar á su destino, pues ninguno de los tripulantes se atrevia á aventurarse en un pais que les era completamente desconocido, ni Benito Soto estimaba oportuno abandonar el bergantin en aquella ocasion, por razones que comprenderán fácilmente nuestros lectores.

Largo tiempo estuvieron discurriendo para hallar la manera de salir del apuro, cuando José de Silva, otro de los que se hallaban presentes en aquel conciliábulo, asomándose á una de las ventanas de la cámara, y al ver las muchas lanchas pescadoras que regresaban al puerto, teniendo en cuenta la proximidad de la noche, exclamó de improviso, dando un manoton sobre el hombro del poeta.

—Se me ocurre que esta urraca, que solo es buena para charlar, se embarque en un bote y salga al encuentro de esas lanchas pescadoras; pregunte por una de Marin, y así que la haya encontrado, entregue la carta al que la gobierne, juntamente con un peso duro, explicándole lo que ha de hacer con ella.

Benito Soto y los circunstantes, aplaudieron la ocurrencia de Silva, y ya solo se trató de ponerla por obra. En su consecuencia, y conforme se habia pensado, Agustín de las Casas se embarcó en uno de los botes, no sin que antes hubiera tenido Soto muy buen cuidado de prevenirle que se informara detallada y particularmente, si su tío Manuel vivía, y en caso afirmativo, si habitaba aun en Marin.

Media hora despues, el poeta regresó á bordo del DEFENSOR DE PEDRO, á dar cuenta á su capitán del resultado de su comision, que fué tan favorable cuanto aquel pudiera desearlo. Refirióle las Casas, como despues de haber hablado con cuatro ó cinco lanchas pescadoras, habia afortunadamente tropezado con una del mismo Marin, de cuyos tripulantes supo no solo que vivía el tal Manuel Soto, sino que en vez de ser un pobre pescador, como él les indicara, era todo un labrador acomodado.

Gozoso Benito con tan buena nueva, manifestó á sus amigos que ya nada tenían que temer con respecto al alijo del buque, y á la colocacion del cargamento; indicándoles al propio tiempo que puesto era llegado el instante de cojer el fruto de sus campañas, creia conveniente hacer el inventario de todos los fardos y objetos de valor que tenían á bordo, para que cada uno supiera á punto fijo, la parte de presa que le tocaba.

Todos aceptaron con júbilo la proposicion; y habien-

do circulado por el bergantin la noticia de lo que dispusiera el capitan, la chusma prorrumpió en vítores y gritos de alegría, mientras se daba inmediatamente principio á la operacion indicada. Esta se llevó á cabo con celeridad, á fin de encontrarse dispuestos, por si en aquella misma noche, con la llegada á bordo del tio de Soto, se hacia necesario dar principio al alijo.

Empero sus esperanzas se vieron burladas, porque trascurrió la noche, y todo el siguiente dia, sin que apareciera el tio Manuel, como le llamaban ya todos los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO.

A la puesta del sol, Soto, no pudiendo dominar por mas tiempo su impaciencia, y temeroso de que alguna funesta contrariedad viniera á asaltarle en el momento en que tocaba al término de sus aspiraciones, se resolvió á saltar en tierra, no atreviéndose á fiar á nadie tan arriesgada comision, é ir por sí mismo en busca de su tio, para dar en aquella misma noche, si era posible, los primeros pasos conducentes al logro de su intento. Para mayor seguridad, dispuso que le acompañasen José de los Santos, Federico Larrendu, Domingo Antonio, y el poeta; mas como su ánimo, suspicaz y receloso, no le permitia dejar á sus espaldas el mas leve asomo de peligro, encomendó á Barbazan, Nicolás Fernandez, y al vizcaino Antonio de Laida, que se encargasen del mando del bergantin durante su ausencia; advirtiéndoles que rodeados de sus amigos y bien armados, vigilasen á los portugueses, no fuera que alentados con la marcha suya, y con la procsimidad de tierra, que les ofrecia cierta confianza, intentasen un golpe de mano, para alzarse con el buque y conducirlo á Portugal, ya fuese para hacerse dueños de la presa, ó ya para entregarlo á las autoridades como medio de purgar sus pasadas culpas.

Tomadas, pues, todas las medidas que creyó necesarias para la seguridad del bergantin, y siendo ya la hora conveniente, mandó arriar un bote, al que pasó con los marineros que habia elegido para que le acompañasen, armados todos de espadas y pistolas.

Puesto Benito Soto á la caña, dió la voz de—voga!— á los cuatro marineros; y la lancha arrancó del costado del DEFENSOR DE PEDRO con la velocidad de una saeta, dirigiéndose hácia la orilla izquierda de la ria, cuya costa era tan familiar al que la gobernaba, que iba reconociendo uno por uno sus menores accidentes, apesar de la débil claridad con que el astro de la noche iluminaba todos los objetos.

Tres cuartos de hora escasos llevaria la lancha de camino, cuando el capitan pirata, que se habia aproximado mucho á la orilla, puso el timon á la banda, y mandó cesar la voga. Obedeciendo el bote al impulso que traia, continuó cortando el agua, hasta que habiendo tocado su quilla en la arena, se detuvo, inclinándose ligeramente sobre el costado de estribor.

El sitio donde habia encallado Soto, era el pequeño arenal que se estiende, formando una ensenada, entre las puntas del Batel y Rabuña-gatos, á poco mas de media milla de Marin.

Una vez allí, desembarcaron José de los Santos y Domingo Antonio, con su gefe á la cabeza, dejando la lancha al cuidado de Larrendu y el poeta, á quienes encargaron que bajo ningun pretesto abandonaran el lugar donde estaban fondeados. Recibida palabra de que así lo cumplirian, los tres primeros se dirigieron, atravesando los campos, á Marin, donde llegaron á eso de las once de la noche; y pocos momentos despues, llamaban sigilosamente á la puerta de Manuel Soto.

La alegría con que los ancianos parientes de Benito, recibieron al sobrino que creyeran muerto, fué indecible; y pasados los primeros instantes de alborozo, su natural cuidado, fué agasajar á los nuevos huéspedes con viandas y vino, que presentaron sobre la mesa.

En tanto que sus dos amigos daban buena cuenta del contenido de un jarro, y de un succulento trozo de jamon, Benito se encerró con su tío en una habitacion, y le dió á conocer su vida pasada; ocultándole sin embargo todo lo que tenia de atrozmente criminal, y procurando hacerle entender que las riquezas que habia adquirido, lo fueron en parte bajo el carácter de corsario, y en parte compradas para introducir las de contrabando en uno de los puertos de España.

El tío no se atrevió á poner en duda la relacion de su sobrino; empero le manifestó lo arriesgado de cuanto le proponia, por que dificultaba que se pudiera burlar la vigilancia del resguardo en un alijo tan considerable, considerada la multitud y volúmen de los efectos que debian ser conducidos á tierra.

Contra todas las observaciones del anciano Manuel, Benito oponia la ley de la necesidad, y razones mas ó menos fuertes sobre la violencia ó seduccion que podia emplearse con el resguardo, así como con las personas que pudieran ser útiles á su proyecto. Finalmente, despues de debatir largo rato, el tío concluyó por pedirle algunas horas de plazo para dirigirse á Pontevedra, y avistarse con aquellas personas que podian coadyuvar á su empresa.

Benito accedió, y por consejos de su tío, que temia algun percance que desbaratase el plan, si los tripulantes del bergantin llegaban á ser vistos en el pueblo, regresó con sus compañeros á la playa del Batel, lle-

vando la formal promesa de su tío, que en el discurso del día siguiente parecería á bordo del DEFENSOR DE PEDRO, para darle cuenta del resultado de sus diligencias.

Ya era cerca del amanecer, cuando el bote regresó al bergantín, en el cual ninguna novedad habia ocurrido durante la ausencia del capitán.

Cuando este y sus compañeros saltaron sobre cubierta, observaron todos que el pobre poeta traía un ojo escesivamente hinchado y unas cuantas manchas amoratadas en su derredor.

—¿Quién te ha pintado en la cara esa berengena?—le preguntó al verlo, Nicolás Fernandez, no pudiendo al propio tiempo contener la risa.

—Quién habia de ser?—replicó el poeta con voz un tanto compungida;—Ese bárbaro francés, que Dios confunda, *amen*, en el vientre de un tiburón.

—¿Cómo, Larrendu?

—El mismo; que me hizo esta caricia, porque cumpliendo las órdenes que nos habia dado el capitán Soto, me resistí á ir á Marin por un jarro de vino, que queria ese pícaro borracho.

Larrendu, que se encontraba cerca, al oír la declaración del portugués, temeroso de que ella pudiera perjudicarle, se fué á las Casas con el puño levantado, exclamando.

—Mientes, bellaco! El borracho, y de sueño, lo eres tú, que te has llevado toda la noche durmiendo como una marmota, y por eso te se han hinchado los ojos.

En un arrebato de indignación, iba el poeta á replicar; mas al ver la actitud amenazadora de su compañero, tomó el prudente partido de callarse, como solia suceder en todas las cuestiones que entre ambos se suscitaban.

Aquella misma tarde, una hora despues de puesto el

sol, llegó el tío de Benito Soto al bergantín, acompañado de dos sujetos que por su traje y maneras daban á entender que eran personas acomodadas.

Apenas saltaron á bordo, el capitán se encerró con ellos en su cámara, donde supo con profundo disgusto que eran tantas las dificultades que se ofrecían para verificar el alijo de todo el cargamento, que solamente estando locos ó resignados á la pérdida de los efectos, no de otro modo podía pensarse en descargar el buque en Pontevedra.

Desesperado Benito Soto por esta contrariedad, hizo algunas reflexiones tan descabelladas como temerarias; pero fueron completamente inútiles, porque ninguno de sus oyentes se encontraba dispuesto á correr los riesgos que se ofrecían: resultando, por último, de un largo y acalorado debate, que se adoptaran otros medios de mas fácil ejecución, y que el éxito posterior probó ser mas hacederos.

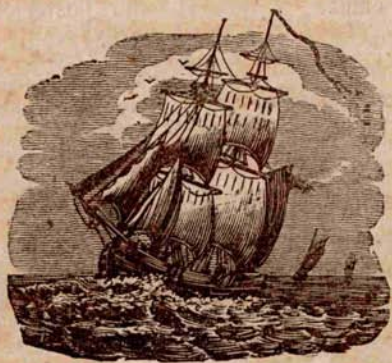
Convenidos al cabo en lo que era necesario hacer, y resueltos á depositar en la casa de Manuel Soto, los objetos de mas valor y menos volumen, como eran las alhajas de oro, plata, y pedrería, el capitán puso el acuerdo en conocimiento de sus principales cómplices; y todos se conformaron en dejar en Marín una parte de los efectos, con la esperanza de volver, para recoger el producto de su venta, una vez verificada en otro puerto, la de los fardos y cajas que conservaban á bordo.

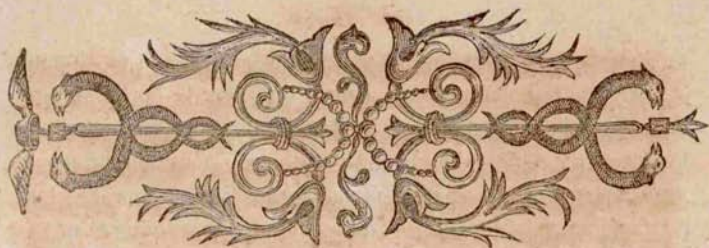
En su consecuencia, trasportaron al bote dos baules que contenian lo mejor y mas rico de la presa, con mas algunos tercios de seda, que fueron conducidos y ocultados aquella misma noche en Marín, dentro de la casa del tío de Soto: quedando solamente á bordo los fardos gruesos y sedería restante, las cajas de añil y de café,

y otros efectos voluminosos, que fueron colocados en la bodega del bergantin.

Todavía permaneció el DEFENSOR DE PEDRO por espacio de ocho dias en la ria de Pontevedra y en el fondeadero que habia elegido, dando tiempo para que sus agentes en aquella capital, se pusieran en comunicacion con algunas personas de la Coruña, punto que escogiera para hacer el alijo.

Cuando de las comunicaciones que mediaron entre los referidos agentes de ambas plazas, dedujo Benito Soto que podia verificarlo sin ningun riesgo, mandó levar ancla, y dar la vela para la Coruña.





CAPÍTULO VIII.



LA CRUZ NEGRA Y LA CRUZ ROJA.



A medida que el DEFENOR DE PEDRO adelantaba en su viage por las costas de Galicia, se iba manifestando gradualmente en su tripulacion, inequívocas señales de dividirse en dos bandos. Parecia que la procsimidad de una tierra amiga inspiraba cierto valor y resolucion entre aquella parte de los piratas que desde el dia del alzamiento, habian protestado contra él, de una manera mas ó menos directa.

Estos eran unos pocos portugueses, á quienes el te-

mor ó la casi seguridad de verse despojados de su racion de presa, mas bien que el remordimiento de los crímenes en que á la fuerza habian intervenido, les hacia mantenerse siempre alejados del resto de sus compañeros, y formar una minoría aparte, cuyos individuos se les podia creer dispuestos á descubrir en cualquiera ocasion, la procedencia del bergantin, á trueque de obtener una anhelada venganza, no solamente de los malos tratamientos que habian recibido durante la navegacion, sino del injusto despojo de que se veian amenazados.

El resto del equipage, obraba de bien diferente manera, toda vez que no teniendo resentimientos que vengar, ni pretextos que aducir en disculpa de sus vandálicos delitos, se unian con mas empeño para hacer frente á cualquier contratiempo que llegara á sorprenderlos. Ricos ya, y alentados por el buen éxito de su primera estancia en un puerto, y sintiendo al propio tiempo nacer en su corazon una entera confianza en las promesas que recibiesen de sus auxiliares de Pontevedra, se entregaban á una desordenada alegría, patentizada en la frecuencia de sus crapulosas bacanales, que tenian lugar á todas horas, ya en la bodega, ya sobre la cubierta del bergantin.

Empero no era esto solo. Parecia además, haberse despertado entre todos aquellos hombres un sentimiento de solícita fraternidad, que les obligaba á trocar sus anteriores denuestos y brusco trato, por frecuentes apretones de mano, y sinceros ofrecimientos de auxiliarse mutuamente. Aun hubo tambien algunos que formaron prematuras sociedades para dedicarse al comercio, con la reanion de un fondo de la parte de presa que correspondiese á cada uno de los asociados.

Halagados, pues, por tan risueñas imágenes, españoles,

franceses y portugueses suspiraban por el ansiado dia en que pudieran dar el último adios á ese mar, testigo mudo de sus crímenes, y gozar de una vida pacífica en los respectivos paises, en donde mas que nada, esperaban encontrar seguridad para sus personas, y tranquilidad para sus conciencias.

Soto, Barbazan, Larrendu y Freitas, participaban, con variedad de sentimientos, del gozo de sus camaradas, aunque no tomaran una parte muy activa en su ruidosa alegría. Soto, porque mas previsor que ningun otro, conocia instintivamente que aun quedaban por salvar grandes obstáculos, y temia entre otras cosas, que una funesta casualidad los hiciese naufragar al tomar puerto. Barbazan, porque solo pensaba en la salvacion de su alma: separando los ojos de la tierra para fijarlos en el cielo, esperaba á cada momento que se abriese, á fin de recibir su espiritu, purificado ya con la oracion, y el arrepentimiento de sus graves faltas; con cuyas buenas condiciones, se creia digno de ocupar un lugar con su madre y con Amelia, á los pies del trono del Altísimo. En cuanto á Freitas y Larrendu, el primero solo tenia fuerzas para rezar; y el segundo para llorar en silencio sus pasados estravios, y pedir á Dios á su manera, y desde el fondo de su alma, el perdon de sus culpas; haciendo el firme propósito, con objeto de espiarlas, si llegaba á poner el pie en Francia, de solicitar el indulto por su desercion y volver á servir en la marina real, como honrado y buen gaviero.

Asi trascurrieron los dos primeros dias desde la salida del bergantin de la ria de Pontevedra, sin que ningun accidente notable tuviese lugar á bordo.

En la mañana del tercer dia, estando á la vista del cabo de Finisterre, como á nueve millas, llegöse Agustin

de las Casas á Nicolás Fernandez, el cual estaba en aquel momento haciendo las observaciones, y le dijo con mucho misterio que el negrito Joaquin Palabra le habia referido, que en la amanecida de aquel dia fué llamado en secreto por Juan Baez el cocinero, con objeto de firmar un papel: que el negrito no lo habia hecho por no saber escribir; pero que Baez le mandó poner una cruz en lugar de la firma, diciéndole que era un equivalente.

Alarmado Nicolás Fernandez con esta delacion, acudió presuroso á comunicar á Soto la novedad, no atreviéndose, sin perjuicio de la autoridad con que estaba tácitamente revestido, á tomar por sí mismo una determinacion adecuada al caso: si bien se ofreció desde luego á dar muerte al cocinero, autorizado que fuese por su gefe, al cual hizo presente la conveniencia de esta medida, como principal y único medio de intimidar á sus cómplices, si los tuviese, segun era muy de sospechar.

Benito Soto, no menos sobresaltado, aunque hecho por las circunstancias mas prudente y reflexivo que su amigo, se opuso á otra nueva efusion de sangre, porque consideraba ya mas que inútil, peligroso, cualquier acto de violencia; toda vez que contaba para enfrenar una delacion, con la codicia de todos sus subordinados, y principalmente con su propio interés, que les aconsejaba la reserva. Empero como el suceso que le participaba Nicolás Fernandez, podia lo mismo envolver un hecho asi inocente, como criminal, se dispuso á hacer una averiguacion que calmase ó hiciese desaparecer sus inquietudes.

Al efecto, mandó á su paisano que condujese á Juan Baez á su presencia; mas sin violencias ni amenazas que comprometieran el misterio con que pensaba dejar cubierto el incidente, y diciendo solo al acusado que el capitan lo habia mandado llamar, para que aprestase

una comida que estaba en intencion de dar á sus camaradas.

Fernandez desempeñó su comision en los mismos términos que le habian sido indicados: presentándose de allí á poco en la cámara de Soto, acompañado del cocinero, que acudia bien ajeno á la tormenta que iba á estallar sobre su cabeza.

Cuando entraron, el gefe pirata que estaba sentado junto á una mesa, sobre la cual recostara con cierta indolencia uno de sus hombros, exclamó, dirijiendo una mirada, al parecer distraida, sobre Baez.

—Te he mandado llamar, para prevenirte que tendré gusto en comer, en compañía de todos mis camaradas, una caldereta guisada de mano maestra; y eso ha de ser, á mas tardar, dentro de dos horas: tal es mi voluntad.

—Eso no es posible—replicó, sonriendo, el cocinero.

—¿Por qué?—preguntó Soto aparentando la misma indiferencia;—¿no hay á bordo sal, cebollas, pimiento, aceite y vinagre?

—Si tal;—contestó el infeliz acusado:—todo eso hay, y además otras especias finas, para condimentar un guisado que os haga á todos lamer los dedos; pero.....

—Pero qué?

—Que no hay pescado.

—¿Que no hay pescado?—repitió Soto sonriendo con ironía;—¿pues no estamos en las costas de Cantabria, donde se cria el mejor pescado que se come en el mundo?

—Si, capitan;—respondió el cocinero moviendo la cabeza;—pero es necesario cojerlos.

—¿Y quién lo impide?

—Nadie lo impide; mas es muy claro que en dos horas no hay bastante tiempo para pescar la cantidad

que se necesita, y luego guisar la caldereta.

—Pues sin embargo, es preciso que así sea.—dijo Soto mirando con severidad al cocinero.

—¿Y quién ha de ir á buscarlo?—interrogó este haciendo un gesto de mal humor.

—Tú mismo!—replicó el capitán, poniéndose brusca-mente de pié.

—Yo!! ¿y cómo?—esclamó sorprendido Baez.

—Bajando á lo profundo del mar, con una bala de ca-ñon atada á los tobillos!

Al pronunciar el gefe pirata estas palabras, prestó á su accion tal violencia, que rozando con un clavo su mano derecha, al estenderla, se hizo un rasguño de conside-racion, por donde comenzó á salir sangre en abundancia.

Juan Baez se puso lívido, y bajó la cabeza sin acertar á proferir una sola palabra.

Benito Soto dió algunos pasos hasta colocarse frente á él, dejó caer sobre su hombro derecho una mano con tal fuerza, que el atribulado cocinero quedó con las es-paldas dobladas, y le dijo recalcando lentamente cada sílaba.

—¿Te acuerdas de Francisco Carballo?

El cocinero se enderezó con un movimiento rápido; fijó los ojos en el semblante de Soto; y al ver reflejada en él, aquella salvage espresion que en otros tiempos era siempre precursora de una sentencia de muerte, los vol-vió á cerrar, en tanto que sus labios murmuraban al-gunas palabras, que no era fácil comprender.

Despues de una breve pausa, durante la cual se oyó distintamente el ruido que producía la respiración de aque-llos tres hombres, el capitán, oprimiendo con tal fuerza entre sus dedos el brazo de la víctima, que le hizo ex-halar un doloroso quejido, exclamó.

—Muéstrame el papel donde ha puesto una cruz el negro Joaquín Palabra.

—Perdon!—gritó el infeliz, cayendo anonadado á los pies de su gefe.

—Silencio!—murmuró sordamente, pero con gran entereza, el inflexible Soto, asiendo al propio tiempo á Juan Baez por la ganganta, con la mano izquierda, mientras con el dorso de la derecha trazaba una cruz sobre la mesa, marcada en dos anchas fajas de sangre;—Si tardas un minuto en enseñarme ese papel, ó profieres el mas leve grito, juro por esta cruz ahogarte como á un perro; y despues irás al mar por el ventanillo de la cámara.

El desgraciado Juan metió con presteza su mano trémula, entre los pliegues de su faja, y sacó de ella un papel doblado que presentó al capitán.

Benito Soto le abrió, y leyó para sí el contenido. Luego que hubo terminado su lectura, dijo, procurando suavizar la dureza de su fisonomía.

—Eres un cobarde, que por miedo, ó quizás por escrúpulos necios de conciencia, se ha visto espuesto á morir fusilado en la proa del bergantín. Anda!... te perdono; pero guarda silencio sobre lo que ha pasado aquí: á este precio únicamente salvarás tu vida.

—Juro...!—esclamó con voz entrecortada el cocinero, y no pudo continuar, pues cayó de rodillas á los pies de Soto.

—Cuida de disuadir á tus cómplices,—repuso este, —y diles que todas las medidas están tomadas para que si alguno intenta cantar, sea el *de profundis*, para la eternidad.

Juan Baez se arrastró fuera de la cámara, cuya puerta se apresuró á cerrar Nicolás Fernández, despues de lo

cual se acercó de nuevo á Soto, con objeto de informarse del contenido del papel.

Este no era otra cosa que una declaracion que hacian los que le firmaban, al cónsul portugués en la Coruña, referente á la procedencia del bergantin, y ofreciéndose al propio tiempo en ella, á dar á las autoridades todos los detalles, de cuanto habia pasado desde el dia que salieron de Rio Janeiro. La fecha era del dia anterior, y la firmaban Juan Baez, y Domingo Bela, apareciendo tambien la cruz que habia estampado el negro Palabra.

Cuando Nicolás Fernandez se hubo enterado del contenido del papel, se llenó de furor, y acusó á Soto de quererlos perder á todos, por usar de clemencia con los traidores; llegando hasta amenazarle con el resentimiento de la mayor parte de sus camaradas, si se oponia á que se hiciese una egemplar justicia, con los que habian proyectado entregarlos traidoramente á las autoridades de la Coruña.

No pudiendo Soto, aunque lo intentó, rebatir la eesactitud de las observaciones que le hiciera su paisano y amigo, y por otra parte, habiendo perdido el derecho de eesigir el perdon de los culpables, él, que en tantas ocasiones habia sacrificado despiadadamente víctimas sin cuento, á la comun seguridad, se vió precisado á acceder, dejando al implacable Nicolás Fernandez obrar en aquella circunstancia, con arreglo á su plan de conducta anterior, y á lo que una bárbara prudencia recomendaba, cual era el sacrificio de los menos para la salvacion de los mas.

Habida la auterizacion del capitan, Fernandez llamó á la bodega á José de los Santos, Manuel Crullá, Antonio de Laida, y al poeta las Casas, con objeto de po-

ner en conocimiento de todos ellos cuanto estaba pasando en el bergantín, y el permiso que tenía de Soto, para arreglar aquel negocio á completa satisfaccion de los interesados.

La sorpresa é indignacion de los concurrentes, estuvo á punto de anticipar algunas horas el castigo que acordaron imponer á los traidores; empero aplazaron para la noche la ejecucion de la sentencia de muerte que formularan contra las dos víctimas, cediendo á las razones del mahonès, que les hizo observar la conveniencia de obrar con cautela, por si acaso era mayor el número de sus enemigos, cuya averiguacion se ofreció él mismo á practicar, en el trascurso de la tarde.

Adoptadas estas resoluciones, los feroces jueces de aquel execrable tribunal, se separaron ansiosos por ver llegar el momento de ejecutar su venganza.

Las primeras horas subsiguientes, las emplearon en hacer, con toda la reserva de que eran capaces, las indagaciones que estimaron convenientes para llegar á descubrir nuevos cómplices; mas todas sus diligencias fueron vanas, pues no hallaron suficiente motivo para escoger nuevas víctimas que sacrificar á su rencor.

Poco antes de anochecer, ya no era un misterio para nadie la existencia y descubrimiento de la conspiracion que se habia tramado en el bergantín, noticia que naturalmente produjo grande agitacion en los ánimos, la cual se manifestó sobre todo, en las protestas de adhesion de los unos; las blasfemias y amenazas de los otros; y las súplicas y promesas de arrepentimiento por parte de los acusados, que sospechando la horrible suerte que les esperaba, trataban de escitar de mil maneras la piedad de sus verdugos.

Vana esperanza! El fatal decreto de muerte estaba

ya pronunciado, y era necesario que se cumpliese, porque así lo tenia dispuesto el destiuo.

Las primeras horas de la noche se pasaron entre la inquietud y el sobresalto consiguientes al presentimiento que todos tenian, de que en un instante pudiera tener lugar á bordo del DEFENSOR DE PEDRO, una de aquellas espantosas escenas que con tanta frecuencia habian ensangrentado su cubierta.

Los presentimientos ó temores de la mayoría de la tripulacion, no tardaron por desgracia en verse realizados.

A eso de las doce de la noche, cuando la gente de descanso estaba reposando de las fatigas del dia, Nicolás Fernandez y José de los Santos bajaron al rancho, donde dormian los marineros, y despues de registrar escrupulosamente la fisonomia de todos ellos, por temor de equivocarse, cada cual se colocó silencioso pistola en mano, junto á la víctima que la suerte le habia designado.

Al corto rato, Fernandez hizo una señal, y sonaron á la par dos tiros, seguidos de espantosos alharidos, que se fueron calmando gradualmente, á medida que avanzaba en su curso la agonía de dos infelices moribundos.

Entretanto, el ruido de la esplosion puso en pié á toda la gente, que asustados y despavoridos, subieron como por instinto sobre cubierta, donde encontraron á Domingo Antonio, al poeta, Manuel Crullá, Antonio de Laida, y otros dos mas, hasta el número de seis, espada en mano, y agrupados al pié del palo trinquete.

A la vista de este alarde de fuerza, adoptado por disposicion de los dos piratas, que se habian abrogado todos los poderes para dirigir y ejecutar aquel sangriento

drama, los tripulantes, que ignoraban por completo la razon de cuanto estaba pasando, quedaron mudos y aterrados.

Pocos momentos despues, fueron depositados sobre cubierta dos cadáveres, y arrojados luego al mar, en medio de un sepulcral silencio.

Esta fué la última sangre que se derramó á bordo del DEFENSOR DE PEDRO.





CAPÍTULO IX.



EL LOBO CON PIEL DE OVEJA.



Libre ya el bergantín de los obstáculos que en concepto de sus principales gefes, pudieran embarazarle para verificar la entrada en el puerto de la Coruña sin riesgo de ser descubiertos, Benito Soto por su parte comprendió que aun le quedaban por arreglar otros varios asuntos de no escaso interés, á fin de cumplir con ciertas formalidades que las leyes de mar previenen, sin cuyos requisitos tal vez se hubieran hecho sospechosos.

Tomada esta determinacion, y queriendo sobre todo revestir al buque que mandaba, con todas las apariencias

legales, juzgó lo mas prudente y acertado reunir en su camarote no tan solo á aquellas personas de su completa confianza, sino á cuantos pudieran dar una opinion mas ó menos ilustrada sobre la manera de realizar su proyecto, pues que tal medida era de un grande y general interés para todos los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO.

Al efecto hizo comparecer á su presencia á Barbazan, el piloto Manuel Antonio Rodriguez, Agostin de las Casas, Nicolás Fernandez, José de los Santos, Antonio de Laida el vizcaino, y por último á Cayetano Freire.

Cuando los siete marineros se encontraron reunidos ante el capitan, al que comenzaban á interrogar con la vista sobre el objeto para que habian sido llamados, Benito Soto usó de la palabra, diciendo.

—Próximos á dar fondo en el puerto de la Coruña, hácia el cual dirigimos nuestro rumbo, me ha parecido oportuno, amigos míos, que nos pongamos de acuerdo sobre ciertos puntos, para hacer desaparecer el menor rastro que pudiera inducir una sospecha. Si en Pontevedra no tuvimos necesidad de tomar precauciones, creo no debe suceder lo propio cuando vamos á presentarnos en un puerto de mar de importancia, y donde residen las autoridades superiores de la provincia. Para esto, pues, os he convocado, y creo participareis tambien de mi opinion.

—Ya á mí se me habia ocurrido:—esclamó el poeta;—y mas de cuatro veces estuve tentado de advertiroslo; pero la idea de que pudiéscis tomarlo á cobardía, me retrajo de llevar á cabo mi propósito.

—Ya me figuraba yo que á tí te se habia de haber ocurrido cuanto se ocurre á los demás, sobre todo despues que hacen saber sus ocurrencias!—dijo Antonio de Laida con gesto de mal humor.—Pero ahora no estamos

para perder el tiempo en escuchar necedades: con que así, capitán, haznos saber qué puntos son esos que dices, y al avío, al avío.

Esos puntos son varios, y los iremos examinando y discutiendo por su orden. En primer lugar se hace necesaria una aparente ó ficticia distribución de cargos, amoldada á las cualidades que concurren en cada uno de nosotros. Yo empiezo por hacer renuncia de mi empleo de comandante del buque.

—Eso es!—gritó Cayetano Freire;—ahora que es cuando mas vamos á necesitar del talento y decision de nuestro gefe, para que nos saque de cualquier atolladero, se propone abandonarnos? ¡bueno estaria!

—Pues yo juro por los santos Josef y Nicodemus,—esclamó Nicolás Fernandez,—que no he de reconocer otra cabeza á bordo del DEFENSOR DE PEDRO, como no sea á nuestro valiente capitán Benito Soto. No quiero autoridades postizas.

—No seais necios!—dijo el gallego dirigiendo á sus dos paisanos una sonrisa afectuosa tal vez por lo que padieron alhagarle el amor propio sus respectivas esclamaciones.—Lo que he querido significar es que á los ojos de las autoridades, debe aparecer otro en clase de comandante de este buque, puesto que yo me conozco bien, y estoy seguro de que ni mi educacion ni mis conocimientos en ciertas materias, me permiten desempeñar un papel que acaso comprometiese nuestra propia seguridad. Esto no obsta para que de escalas á dentro, nadie obedezca aquí mas órdenes que las mias.

—Eso es otra cosa!—esclamaron casi á un tiempo Freire y Fernandez.

—A quién os parece, pues, que debamos conferir tan delicado encargo?—preguntó Benito Soto dirigiéndose á todos los concurrentes.

—A mí,—dijo el poeta, sin duda por la confianza ilimitada que debía inspirarse á sí propio.

—Calla tú, sota de bastos!—esclamó Antonio de Laida, amenazando á las Casas con el puño.

—Y por qué he de callar? ¿crees que tan mal desempeñaria yo mi cometido?

—Y tanto como lo creo!—replicó el vizcaino mas calmado de su arrebató.—¿En dónde ibas á presentarte con esa fachilla tan innoble? Y nada menos que de nuestro capitan, cuando este debiera ser mas grande que Alejandro.

—Heregia histórica!—gritó el poeta en un tono bastante exaltado.—Será preciso hacer contigo, cabeza de atun, una de las obras de misericordia, cual es la de enseñar al que no sabe; *nota fácere ignotis*, que dice un testo latino.

—Mira, déjate de griegos y latines, y no armemos camorra antes y con tiempo.

—Pues bien, señor mio: en idioma que lo entiendas te haré saber, que precisamente ese Alejandro que tú imaginas fuese cuando menos un primo hermano de Goliath, era un hombre de formas muy parecidas á las del hijo de mi padre, segun nos lo pinta Quinto Curcio.

—Quinto, y sexto, y sétimo puntapié te voy á arriamar con mucha gracia, si no tratas de callarte!—esclamó Antonio de Laida ya amostazado por la pedante palabrería de las Casas.

Este obedeció, y el vizcaino continuó dirigiéndose á Benito Soto.

—Me parece lo mas acertado que tú, conociendo el carácter y facultades de cada cual, designes la persona que juzgues mas á propósito, y de este modo evitaremos las cuestiones que forzosamente habrá de produ-

cir un desacuerdo en nuestro modo de ver las cosas.

—Sí, sí!—gritaron todos á un tiempo.

—Como gustéis:—dijo el capitán,—y puesto que me dejais la eleccion, opino que la persona en quien concurren todas las circunstancias que yo busco para el caso, es mi particular amigo, y vuestro segundo gefe, Victor Saint-Cir de Barbazan.

—Aprobado!

—Permíteme dos palabras.—esclamó el elegido, dirigiéndose á Soto, y alzando al propio tiempo la cabeza que hasta entonces tuviera inclinada sobre el pecho.

—Habla cuanto quieras.—contestó el gallego.

—Siento no poder complacerte; pero ni debo, ni quiero aceptar la comision que te propones confiarme.

—¿Por qué razon?

—No me es dado revelarla.

—Haces bien, amigo mio, y apruebo tu modo de pensar,—dijo Soto con manifiesta ironía.—De algun tiempo á esta parte, no solo has querido permanecer tenazmente encerrado en una estrecha linea de incomprendible reserva, sino que ya ha llegado el caso de que nos hagas ver, que ninguna consideracion deben merecerte tus amigos.

Barbazan permaneció silencioso. Mas Benito Soto, queriendo remachar por completo el clavo que habia comenzado á introducir en el pecho del francés, continuó.

—En verdad, que ó yo me engaño, ó al morir en tu corazon sentimientos que no quiero nombrar, dejaron el campo á otra pasion tan fea y despreciable, como es el egoismo.

—Soto!!—gritó Barbazan rechinando los dientes y con los ojos desmesuradamente abiertos, por el dolor que produjera en su alma aquella injusta calificacion de su con-

ducta. Empero calmado instantáneamente de su arrebató, volvió á caer en su habitual parasismo, y prosiguió en un tono que participaba á la vez de la humildad y de la indiferencia;—Dices bien, amigo mio: soy un egoísta, y por lo tanto gravoso á todos mis compañeros. Ah! mándame arrojar al mar como un fardo de carga inútil, puesto que este será el último favor que ya puedo merecerte.

—No, mi pobre amigo!—esclamó Benito Soto con enternecimiento, pasando un brazo en derredor del cuello del francés, y comprimiéndole cariñosamente contra su pecho, quizás arrepentido de la irreflexiva acusacion que sobre él habia lanzado.

Despues, deseando dar con prontitud un corte á aquel incidente desagradable, dijo, dirigiéndose al resto de sus compañeros que parecian tambien algo afectados.

—Puesto que Barbazan se escusa, respetemos las razones que para ello tenga; y en este caso, yo creo que á falta suya, ninguno mas apropósito que el piloto señor Rodriguez.

—Conformes!—esclamó Antonio de Laida.—Y ahora estando ya terminado este punto, en atencion á que al piloto no se le han de admitir disculpas de ningun género, veamos cuales son los otros que aun nos quedan por tratar.

Benito Soto volvió á tomar la palabra, diciendo.

—El capitán habrá de llamarse D. Pedro Mariz de Souza Sarmiento, á fin de aprovecharnos de las ropas y papeles de su propiedad, que todavia conservo guardados en mi camarote.

Todos aprobaron con un movimiento de cabeza la indicacion de su gefe.

—Pobrecillo!—esclamó el poeta, impresionado con el recuerdo del infeliz comandante:—si estuviese todavía entre aquellos tiznados del infierno, muchas cosas buenas deberá tener aprendidas: por lo menos, ya podía volver al Brasil dando lecciones del tango y del zapoteco.

El chiste de Agustin de las Casas, fué celebrado con hilaridad por la mayor parte de los circunstantes.

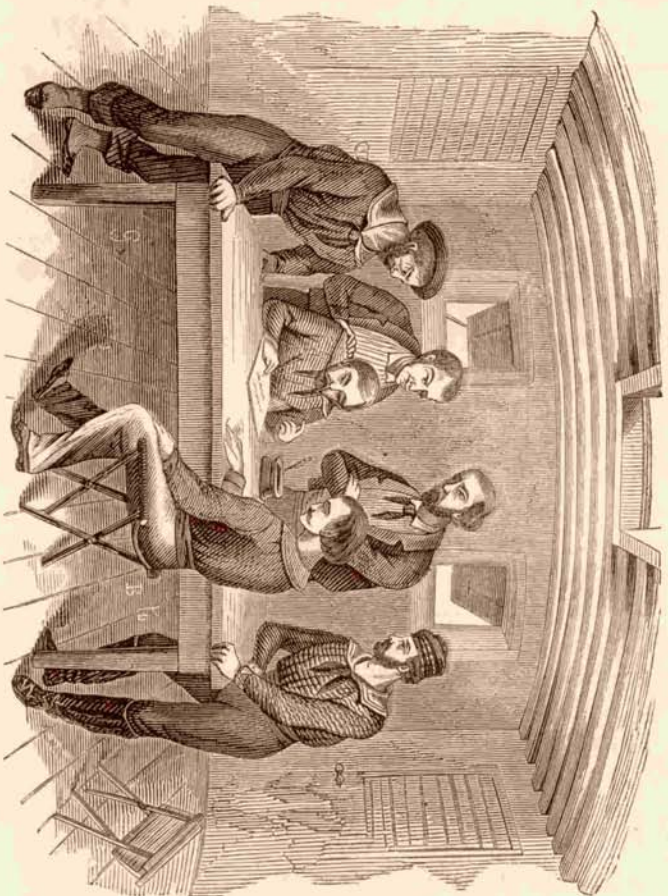
—Pasemos á otra cosa:—dijo Benito Soto,—es necesario además, que acordemos el modo de redactar una protesta, con el objeto de justificar debidamente la falta de los papeles de navegacion, y la merma de nuestra marinería. Mas para que esto se haga con las formalidades que el caso requiere, uno de vosotros ha de entenderla y firmarla, en clase de escribano del bergantin. Para este cargo, debo designar, como mas entendido, á Agustin de las Casas.

—Aprobado! aprobado!—gritó el poeta en el momento de oír á Soto pronunciar su nombre.

—Si por algo me alegro que tengas un cargo á bordo,—dijo el vizcaino dirigiéndose á las Casas,—es unicamente porque dejes de estar hecho una zarabanda, oliendo siempre donde guisan. Pero ten entendido que si no desempeñas tu comision sentado y calladito, te perniquiebro y te arranco la lengua como me llamo Antonio.

—Gracias por el favor;—replicó el poeta haciendo una mueca.

—Vaya, señor Rodriguez,—dijo el capitan al piloto,—usted que estará mas al corriente de estos pormenores, retírese á un extremo de la mesa y arregle con el escribano la redaccion de esa protesta, que nos leerá á todos despues de escrita, para que reciba nuestra aprobacion,



—Atencion, noble auditorio! —esclamó el poeta cuando hubo terminado de escribir el último renglon.

Manuel Antonio Rodriguez y Agustin de las Casas obedecieron, y separándose de los demás, comenzaron el primero á dictar, y el segundo á escribir el mencionado documento.

Ahora,—continuó Benito Soto dirigiéndose á los restantes,—debemos pensar en las averías que tenemos necesidad de causar al buque, para justificar nuestra protesta. Primeramente y como medida muy esencial, las ocho carronadas se desmontarán y bajarán á la bodega, colocándolas en un sitio donde puedan permanecer ocultas. Despues se arrojarán al mar los masteleros y vergas de juanetes. Y por último, ya á la vista del puerto, se darán dos barrenos á proa, con el objeto de entrar achi-cando, y aparentar asi de la mejor manera posible, los destrozos y averías que nos causaron continuadas borrascas.

Mientras en una corta discusion se sancionaban las precauciones que Benito Soto creyó prudente tomar, Manuel Antonio Rodriguez y Agustin de las Casas, sacando algunos ligeros apuntes de ellas, concluyeron de redactar la protesta.

—Atencion, noble auditorio!—esclamó el poeta cuando hubo terminado de escribir el último renglon.

—Está ya eso corriente?—preguntó el capitán.

—Está, y dice así:—contestó el escribano.

Y acto continuo comenzó á leer el siguiente documento:

«En el nombre de Dios Todopoderoso.

»Los que abajo firman, y en su nombre y representación, como así conviene, D. Pedro Mariz de Souza Sarmiento, capitán de fragata de la marina imperial del Brasil, y comandante del bergantín *O Medaonte* »perteneiente á la marina mercante del dicho Imperio,

»declaran en la forma que haya lugar, haber salido del
 »puerto de rio Janeiro en direccion á las islas de Cabo
 »Verde, con cargamento de aguardiente, sederias, añil,
 »palo campeche, y algunos efectos de relojeria y quin-
 »calla. Que parte del mencionado cargamento fué desem-
 »barcado en la isla de Santiago; mas al segundo dia
 »de haber dado fondo, les sobrevino un tan recio tempo-
 »ral con gruesa mar, que perdidas las amarras y arro-
 »jados mar afuera, tuvieron que abandonar el puerto,
 «y en él una de las lanchas con diez marineros, quie-
 »nes aunque intentaron llegar á bordo no lo pudieron
 »conseguir, por la fuerte marejada. Diez y ocho dias
 »de continuas borrascas, sucedieron al espantoso hur-
 »can que les hiciera perder de vista el archipiélago, du-
 »rante los cuales cayó una verga al agua con seis hom-
 »bres que la aferraban, á los que tampoco fué posi-
 »ble dar auxilio; pereciendo los cinco restantes, hasta
 »el número de veinté y uno que faltan, en comprobacion
 »con los registros y documentos que se presentan, de dis-
 »tintas enfermedades. En tan angustioso estado, el bu-
 »que comenzó á hacer agua que los tripulantes han ve-
 »nido achicando dia y noche, sin el menor descanso,
 »hasta que faltos de fuerza y de recursos, se determi-
 »nó arribar al puerto mas cercano, y tomando marca-
 »ciones, no tardaron en reconocer el cabo de S. Adrian,
 »á cuya vista se tuvo por conveniente y acertado hacer
 »rumbo para el puerto de la Coruña en demanda de
 »auxilio, con la esperanza de ser admitidos á plática de
 »comercio.

»Esta es la verdad, y en formal protesta y prueba
 »de ella, lo afirmamos y juramos por la salvacion de
 »nuestras almas, si Dios fuese servido de salvar antes
 «nuestros cuerpos, como así lo esperamos de su inago-

»table clemencia. A bordo del bergantin brasileño *O Me-*
»*daonte* á los días del mes de Abril de 1829. = Ante
»mi, de que doy fé, como depositario de ella, por elec-
»cion unánime y libérrima de todos los tripulantes. = Agus-
»tin de las Casas.»

La protesta se hallaba estendida conforme al plan que de antemano tuvieran convenido, y por tanto, todos le prestaron su asentimiento.

El primero que habló, como era consiguiente, fué Benito Soto, el cual pidió una pluma para estampar en ella su firma, y cuando hubo concluido, fueron todos por turno llenando esta formalidad.

—Qué fecha le pondremos?—preguntó Agustín de las Casas, tan luego como hubieron concluido.

—La fecha creo deberá dejarse en blanco como está, para ponerla á la vista de la Coruña, adonde creo llegaremos mañana, apesar de que el viento no nos ha sido favorable. ¿No os parece bien?

—Sí,—esclamaron todos á una voz.

—Pues en tal caso,—prosiguió el capitán dirigiéndose á las Casas,—marcha arriba y recoge las firmas que aun faltan en ese documento.

El poeta obedeció y salió prontamente de la cámara con el papel en una mano, un tinterillo en la otra, y la pluma tras de la oreja, para darse así toda la importancia que su cargo requería.

—¿De nada mas hay que tratar?—preguntó despues de un largo intervalo de silencio, Antonio de Laida, dominado por la impaciencia.

—Por ahora hemos concluido;—contestó Soto,—pero ya que estamos, como suele decirse, con las manos en la masa, no quiero que os pongais en dispersion, hasta que escuchéis ciertas cosas que tengo que comuni-

caros. Vamos, pues, sobre cubierta, porque lo que voy á decir reza con todos cuantos se ballan á bordo.

A la insinuacion del capitan se levantaron los circunstantes. Le dejaron el paso franco, y subieron detrás de él la escalerilla de la cámara.

Ya sobre cubierta, mandó Soto reunir á toda la tripulacion; y cuando hasta el último marinero hubo acudido á su llamamiento, les dijo.

—Muy pronto, quizá hoy mismo, avistemos el puerto de la Coruña, en el cual, como sabeis, daremos fondo. Las apariencias con que allí debemos presentarnos, conocidas son de todos, porque constan en la protesta que habeis autorizado con vuestras firmas. Ahora bien, solo me resta advertiros en tono amigable, pero firme y decidido, que abrigo la conviccion de que todos vosotros, desde el primero hasta el último, procurarán estar unánimes y conformes en sus declaraciones, alejando por este medio cualquier sospecha que del buque pudiera concebirse. Mas si así no fuese, si alguno por torpeza ó mala fé llegase á comprometernos, y sobre todo, lo que no espero, hubiera quien arrepentido ó descontento intentase denunciarnos, tiemblo, por vida mia; pues corto tiempo habrá de trascurrir, sin que sintiese los efectos de una tan justa como atroz venganza. Sabed que yo tengo mis espías, que en todas partes están, que todo lo ven, que todo lo oyen, y todo me lo cuentan: y si algun iluso fuese tan osado que intentase vendernos, no le valdrá ciertamente la fuga; porque el golpe que no pudiese recibir de mi mano, no tardaria en sentirlo, asesado por otra mano oculta y desconocida; teniendo entendido por si acaso lo ignorais, que en la tierra que vamos á pisar, la vida de un hombre está apreciada en la corta cantidad de veinte reales. Con un duro, pue-

do hacer matar al primero que sueñe en hacernos la menor traicion. (*) Oid, pues, los consejos del amigo, y evitareis así el golpe mortal con que os puede amagar el enemigo.

Profunda sensacion causó en el auditorio aquella corta, aunque terrible perorata de su antiguo gefe. Conociánle bien, para no dudar ni por un instante, dejase de cumplir al pié de la letra, la amenaza que con tanta arrogancia les dirigiera.

Benito Soto, comprendió perfectamente el efecto que en todos los ánimos causaron sus palabras, y deseando dejarlos en libertad con objeto de que discurriesen ámpliamente sobre ellas, se retiró á la cámara.

La tripulacion no tardó en diseminarse en varios grupos. A unos animaba la conversacion. A otros el deseo de divisar la tierra.

Estos últimos dirigian sus miradas, con ávida curiosidad, hacia la linea que limitaba el horizonte.

(*) Histórico.





CAPÍTULO X.

AUDACES FORTUNA JUVAT.

A las seis y media de la mañana del 28 de Abril de 1829, ocho días despues de la salida de Pontevedra, el grito de—tierra!—dado por el vigia de tope desde su atalaya, vino á estremecer de alegria, los corazones de todos los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRÔ.

Inmediatamente que Benito Soto haciendo uso del antejo, observó una faja cenicienta que se avistaba por el costado de estribor, y pudo convencerse de que estaban á la vista de la torre de Hércules, dispuso se tomase la última precaucion que era necesaria, para dar al

buque que mandaba todas las apariencias que debieran corresponder esactamente con la protesta redactada.

Al efecto, ordenó fuese arrojada al agua la mitad de la artilleria, como igualmente la colisa de bronce que montaba á proa: reservando por via de precaucion las cuatro piezas restantes, que fueron depositadas en el fondo de la bodega.

Terminada esta penosa operacion, continuaron navegando no sin algunas dificultades, nacidas de las averías que habian causado al bergantin, con arreglo al plan que fraguaron de antemano.

Serian las once próximamente, cuando dieron fondo á la entrada del puerto; viniendo á su costado al corto rato la falúa de sanidad, y en ella un caballero que se dijo ser el consignatario del bergantin, llamado Don Braulio Antunez, procedente de la villa de Pontevedra.

Enterados en términos generales de las supuestas desgracias acaecidas al buque en su derrota, preguntaron por la protesta y demás documentos de navegacion, pedido que satisfizo cumplidamente el piloto Manuel Antonio Rodriguez, adornado con los despojos del capitan Souza Sarmiento.

La tripulacion se formó en ala sobre cubierta, y una vez evacuada esta ceremonia de costumbre, fueron admitidos á las pocas horas, sin mas exámen, ni obstáculos de ningun género, á plática de comercio.

Dos dias despues de la llegada, se presentaron siete de los piratas en una escribania de la ciudad, con el fingido comandante, y el llamado escribano de á bordo, Agustin de las Casas, al cual se empeñaron en hacerle vestir un frac, costándole no poco trabajo, y aun mas palabras, disuadir á sus compañeros de tan estravagante idea.

Alli se renovó y firmó de nuevo la protesta con

todas las formalidades de estilo, quedando en su consecuencia libres para gozar á sus anchas, del producto de sus vandálicas acciones.

Conveniente, ó mejor dicho necesario es ante todo, dar una idea aunque ligera, de la impresion que produjo en las autoridades y principales personas de la Coruña, la llegada de un buque, al parecer de legitima procedencia, pero sospechoso por mas de un concepto, principalmente por lo variado y rico de su cargamento. Esta idea se hace como hemos indicado, tanto mas necesaria, cuanto que el asombroso descaro que presidió á todos los actos de su estancia en el mencionado puerto, debiera creerse nacido de la certeza que tuviesen de una escandalosa impunidad; y si tal hubiera sucedido, no hay palabras bastante fuertes con que hacer los cargos mas graves á autoridades que, bien por conveniencia, lo cual envuelve una acusacion criminal, bien por candidez incomprendible, que trae consigo una idea muy pobre de su capacidad para los puestos que ocupaban, dejaron que aquellos hombres escapasen de sus manos, sin hacer por via de fórmula la menor informacion que destruyese, siquiera en parte, las sospechas que necesariamente debieron concebir.

Empero no juzguemos con prevencion hechos que tienen su disculpa, sin examinar antes las fuertes ó débiles razones que concurrieron á constituirlos.

Confidencialmente, porque no podia ser de otro modo, manifestaron los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO, por boca de sus autorizados gefes, que la mayor y mas rica parte de su cargamento, era procedente de buenas presas hechas en la mar en calidad de corsarios; aseveracion que convenia con el aspecto del bergantin, que siempre participaba algo de guerrero, y con las declaraciones que

desembozadamente diera D. Braulio Antunez, al cual bajo tales condiciones le fué consignado desde Pontevedra, y que no tenia motivos para ocultarlas, puesto que en tal época, alijaban en aquellas costas muchos buques con patentes de corso, para vender públicamente el cargamento que de mala adquisicion, transformaba en buena, los vicios de una ley tan atroz como inhumana.

Tales creencias engañaron á las autoridades, y tambien al bueno del consignatario, que cargó ciegamente con una responsabilidad, de la cual hubiera escapado mal, á no aparecer de manifiesto su honradez y su inocencia.

Desembarcaron, pues, los fardos y demás efectos de valor, fruto de tantos crímenes, y de los mas inícuos asesinatos, los cuales fueron admitidos y depositados sin ninguna dificultad en la Real Aduana de la Coruña, donde se procedió con el mayor escarnio de la justicia á su venta, en subasta pública.

Entretanto que por los agentes propicios de tierra se llevaba á efecto la descarga y depósito de la mas rica parte de presa que contenia el bergantin, no cesó Benito Soto ni un solo instante de vigilar á aquellos de sus subordinados que menos confianza le inspiraban, en particular á algunos de los portugueses; pues apesar de su estudiada serenidad, incompatible bajo todos aspectos con las asquerosas manchas que afeaban su conciencia, vivía siempre receloso de una delacion, causa inmediata de su completa ruina. De esta inquietud y sobresalto participaban igualmente sus compañeros mas allegados, los cuales le ayudaban á ejercer un incesante celo sobre aquellos que, con mas ó menos motivo, escitaron sus sospechas.

Dos sucesos á cual mas comprometidos, vinieron á de-

mostrar no solamente que la fortuna les era aun propicia, sino que de nada ó muy poco le habrian servido sus constantes precauciones, si los agentes de la ciudad, entre los que se hallaban los amigos de mas confianza con que Soto contara para todos los lances apurados, no hubieran estado prontos en prevenir todo accidente contrario á sus designios, ó capaz de comprometer la comun seguridad.

Entre los varios marineros, la mayor parte como hemos dicho portugueses, que la suspicacia y temor del gefe pirata, no permitia se ausentaran, ni por breves instantes de á bordo, se encontraba Nuño Pereira, el cual quizás por remordimiento de sus delitos, temor á un justo castigo, ó tal vez, y es lo mas probable, por las frecuentes cuestiones que tuviera con Soto, sobre sus deseos de saltar en tierra, cuestiones que llegaron á agriarse hasta el extremo, resolvió esquivar la saña del gallego, cuyo modo de vengar agravios no le era desconocido, y una mañana sin ser visto, emprendió la huida del bergantin, refugiándose en el puerto.

Cerciorados Benito Soto y sus principales cómplices, de la falta del portugués, se apoderó de ellos la mas viva inquietud, mientras que las eficaces diligencias que se practicaron en su busca, dieron un favorable resultado, que vino á tranquilizarlos. Nuño Pereira fué hallado estramuros de la ciudad, en una taberna del barrio de Santa Lucia, y en calidad de prófugo, conducido á bordo por Nicolás Fernandez, en cuya operacion le auxilió hasta el embarcadero, la misma fuerza armada.

Vuelto Pereira al bergantin, se vió reprendido y amenazado por su gefe, y aun por sus mismos compañeros. Temeroso, pues, de una segura y atroz venganza, intentó fugarse á todo riesgo, presentándosele ocasion de

lograrlo, á la siguiente noche, arrojándose al mar, y llegando á tierra favorecido por la corriente. Empero los principales piratas, al tener noticia de su nueva huida, y recelosos de que esta repetición originase algun revés, determinaron en comun acuerdo propalar la voz de que aquel marinero estaba loco. Asi se hizo,... y lo que es mas de admirar; tuvieron la suerte de ser creídos!

Otro acontecimiento gravísimo y aun mas temible que el anterior, puso de nuevo á los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO, en riesgo inminente de ser descubiertos y juzgados, acelerando por toda consecuencia los preparativos para dar la vela del puerto donde con tan extraordinario favor fueron tratados.

El piloto Manuel Antonio Rodriguez, que hasta entonces apareciera aquiescente con la clase de vida que arrastraran, desde el momento en que el bergantin zarpó de las costas de Africa, recordó los antiguos agravios inferidos á su autoridad de legitimo piloto; y hallando un medio de castigarlos, al paso que se libraba de la acusación que sobre él pudiera recaer, si no intentase descorrer el negro velo que los envolvía, en vista de la buena posición que ocupaba á bordo en calidad de forzado, determinó delatar la série de espantosos crímenes de que habia sido espectador pasivo.

Al efecto desapareció, ocultandose en una casa de la Pescadería, hasta que encontró proporción para presentarse al cónsul de Portugal, á quien como autoridad mas inmediata, describió en breves palabras la criminal historia del DEFENSOR DE PEDRO, pidiendo con instancias que el bergantin fuera embargado, y los tripulantes detenidos.

Imposible parece que despues de una delación tan explícita y terminante, todavia quedaran aquellos en aptitud de continuarse burlando descaradamente de la jus-

ticia humana; pero por desgracia el cónsul, hombre débil y tímido hasta la cobardía, se contentó con hacer llamar al instante á D. Braulio Antunez, conocido por consignatario, ante quien Rodriguez repitió sus monstruosas declaraciones; y terminadas que fueron, todo cuanto se le ofreció en desagravio de la sociedad escarnecida, fué ordenar que sin pérdida de momento tomara sus disposiciones para dar la vela, amenazando al piloto en nombre y representacion de los demás, con denunciarlos á los tribunales si no se prestaban á obedecer su mandato.

La impresion que tan estraña salida produjo en el ánimo de Manuel Antonio Rodriguez, no es difícil de comprender. Al verse desatendido y lo que era aun peor, espuesto á la cólera de Benito Soto, si como era de temer, hubiese llegado á sospechar de su ausencia, no pudo contener su afliccion, y despues de dirigir al cónsul los cargos mas justos y severos, concluyó haciéndole responsable de su vida que creia prócsima á perder, como precio de su buena obra.

Sin embargo de estas razones, firme aquella autoridad en su débil sistema de conducta, no hizo caso de tan graves quejas, é insistió en su primera idea; para lo cual dispuso que un hijo suyo, en compañía del consignatario, condujesen á bordo del bergantin, al infortunado piloto.

Así lo hicieron, y media hora despues Manuel Antonio Rodriguez se encontraba, indefenso, bajo el peso de una atroz venganza, por la incomprensible cuanto funesta determinacion del cónsul de Portugal.

Las órdenes que llevaban tanto el hijo de este, como D. Braulio Antunez, eran terminantes, y no admitian réplica. En su consecuencia, la tripulacion del DEFENSOR



A tan brusca amenaza, Benito Soto en armonía con su caracter altanero, solo contestó volviendo la espalda, y dirigiendo al que osaba hacérsela, una mirada que tenia tanto de compasion como de desprecio.

DE PEDRO por mandato de su capitán, procedió á hacer los preparativos necesarios para levar el ancla inmediatamente.

Entretanto Benito Soto, sorprendido por un suceso de que no acertaba á darse cuenta, pero recelando habia sido descubierto, y los riesgos á que en este caso se esponia, pasó á tierra con el pretexto de recoger en el castillo los papeles autorizados en toda forma, á fin de verificar francamente la salida para el puerto de Lisboa, aunque en realidad con el objeto de recibir el importe de los efectos ya vendidos, y dejar tomadas sus medidas en cuanto á los que aun quedaban en depósito.

De regreso al bergantín, el consignatario, que no habia querido ausentarse, temeroso de que no llevasen á efecto la salida, llamó aparte al capitán, y poniéndole una pistola al pecho, le dijo.

—Como mañana al amanecer esté usted aquí con el barco, le doy un tiro y lo mato. (*)

A tan brusca amenaza, Benito Soto, en armonía con su carácter altanero, solo contestó volviendo la espalda; y dirigiendo al que osaba hacérsela, una mirada que tenia tanto de compasion como de desprecio.

D. Braulio Antunez, asustado, confuso, y admirando al propio tiempo la sangre fria de aquel hombre singular, guardó maquinalmente el arma que tenia en la mano, y se dirigió al portalon con la vista baja, para embarcarse en el bote que lo debia conducir á tierra.

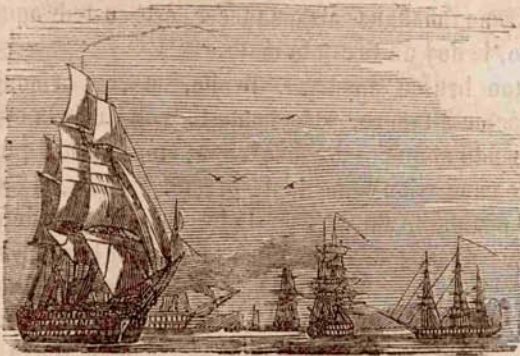
Apenas la lancha que llevaba el consignatario desatracó del costado del bergantín, se comenzó á notar en este la inquietud y animacion que siempre llevan consigo los preparativos y faenas de levar ancla, despues

(*) Copiado literalmente de la conclusion fiscal de la causa.

de haber reparado aunque muy ligeramente, las fingidas averías que causaron á su casco y aparejo, momentos antes de entrar en el puerto.

Trascurridas dos horas escasas, todo estuvo ya dispuesto; y dando al aire sus graciosas alas, se presentó en franquía para doblar el castillo de S. Anton.

Al amanecer, el DEFENSOR DE PEDRO, se encontraba otra vez á la vista de la torre de Hércules; empero en situacion muy diferente á como se habia hallado ocho dias antes.





CAPÍTULO XI.

DOS APARTES DE GRAN PRECIO.

Cuarenta horas, contaba el bergantin, de la mas feliz navegacion, é impelido por un constante y fresco viento del N. O., daba ya su banda de babor á las costas de Portugal.

En este tiempo, Benito Soto apenas se habia dejado ver de su gente, y en particular durante casi todo el segundo dia no llego á pisar la cubierta del buque: dando márgen tan rara novedad, á que sus subalternos se inquietasen, formando mil diversas conjeturas en las cuales se perdian, y admitiendo por último la mas probable, qual era la de que estuviese enfermo.

Y sin embargo, nadie desde el menos afecto al amigo mas íntimo, osaba penetrar en la cámara donde estaba encerrado el capitán pirata.

¿A qué causa natural podia atribuirse esta estraña determinacion? ¿Era efectivamente una enfermedad la que impedia al gefe presentarse ante sus inquietos subordinados?

Nada tenemos que temer de su iracunda saña: penetremos, pues, en su reducido aposento, y descorramos el velo del misterio que lo envuelve.

Benito Soto estaba en realidad enfermo; pero enfermo moralmente. No agoviaba, no, su corazón, el enorme peso de tantos crímenes: tampoco destrozaba su conciencia el recuerdo de las innumerables desgracias que habia ocasionado. Era su ciega ambicion la que le hacia sufrir: era el tenaz estudio de unos medios capaces á deshacerse de una vez de todos sus secuaces, que ya le importunaban.

Sentado en un banquillo, con el codo apoyado sobre la mesa que junto á él se hallaba, y la frente reclinada en la llave de su mano, bien podia observarse en la contraccion de aquella severa al par que feroz fisonomía, que algun plan diabólico cruzaba repetidas veces por su cerebro.

Así era en efecto. Soto pensaba en arreglar un plan de perdicion para todos aquellos hombres que obedientes y sumisos á sus órdenes, le habian ayudado en la criminal peregrinacion de robo y esterminio.

Dueño esclusivo hasta en cantidad de treinta mil pesos fuertes, valor de varias letras á su órden giradas sobre Gibraltar, no parecia natural que una vez escitada la avaricia, pasion que en su pecho sucediera á otra algo mas noble, si tal título pudiera darse al agen-

te que mueve el brazo armado del asesino, no parecia natural, repetimos, que se dejase arrebatado, sin oponer cierta resistencia, el fruto que consideraba de su propiedad, como parto esclusivo de su trabajo.

Mucho debia interesar al gefe pirata el tenaz pensamiento que bullia en su mente, y mucho debia tambien fatigarle, puesto que contrayendo violentamente su fisonomia y dando un fuerte golpe con el puño sobre la mesa, se levantó de improviso, y acercándose á grandes pasos á la escalera, gritó con voz fuerte, capaz de hacerse oír desde la cubierta.

—Que baje el piloto Rodriguez!

Despues, volvió á sentarse, tomando la misma posicion que tuviera anteriormente.

A los dos minutos, el viejo piloto penetraba en la cámara, no muy tranquilo, aunque aparentando cierta serenidad.

—¿Me ha llamado usted?—interrogó al entrar, mirando á derecha é izquierda con desconfianza.

—Si señor:—contestó Soto;—cierre usted la puerta, y tome asiento aquí cerca.

Manuel Antonio Rodriguez obedeció, mientras el aspecto severo de su gefe acrecentaba cada vez mas sus fundados temores.

El astuto gallego, dando á su entonacion toda la dulzura de que era capaz, fué el primero á interrumpir el silencio.

—No ignoro,—dijo al piloto, despues de mirarlo fijamente por algun tiempo,—que ha tratado usted de perdernos.

—Yo?—preguntó Rodriguez fingiendo sorpresa.

—Si, usted, que por medio de una infame delacion, ha querido entregarnos en manos de los tribunales.

—Aseguro....

—Nada de seguridades: tengo de ello una certeza completa, y no encontraria usted razones para hacerme ver lo negro, blanco. Pues bien, apesar de todo, y cuando yo debia castigar tan torpe accion con la única pena que merece, cual es una muerte algo mejor que la que usted queria proporcionarnos, estoy sin embargo dispuesto á perdonarlo.

—¡Ah, señor!

—Sí, le perdono á usted, porque creo que le cegó su hombria de bien, y el recuerdo de las escenas que ha presenciado á bordo. Empero al usar yo de tanta generosidad con quien estuvo dispuesto á venderme, exijo de su parte el empeño formal de una palabra, y la exacta ejecucion de mis mandatos.

—Espero me comunique usted sus órdenes para obedecerlas con toda puntualidad.—replicó Rodriguez, un tanto mas tranquilo, y llevado del agradecimiento que en él escitaran las frases del capitan.

—La palabra que exijo, es de poca monta: consiste en que sea usted reservado respecto á la conversacion que en este instante tenemos.

—La empeño.

—Bien: ahora en cuanto á la ejecucion de un plan que he concebido, ya es asunto mas espinoso.

—¿A qué se reduce?—preguntó el piloto con los ojos extraordinariamente abiertos, y demostrando á un mismo tiempo curiosidad é inquietud.

—Se reduce á que dejando á la izquierda á Cádiz, y entrados ya en el estrecho de Gibraltar, es preciso que embarranquemos en las costas de Berberia.

—En las costas de Berberia!

—Si señor; y como yo no me creo muy práctico en

en el derrotero de estas costas, y pudiera quizás equivocarme, originándose de tal equivocacion muy funestas é irremediables consecuencias, á nadie mas que á usted, por los conocimientos que tiene, he querido fiar en cargo tan delicado. ¿Podré esperar que se cumpla estrictamente?

—Si así lo quiere usted,—contestó Rodriguez estirando el labio inferior en señal de sumision ciega,—así lo haré. Pero aunque no es mi ánimo averiguar el objeto que envuelve ese para mí estraño é incompensible plan, solo me toca, dictada por esos mismos conocimientos que usted ha invocado, hacerle una objeccion.

—¿Cuál es?

—En primer lugar los peligros que ofrece el embarrancamiento en una costa inhospitalaria é infestada de feroces bandidos, que llegarían hasta á amenazarnos con una muerte cruel.

—Esos peligros no los temo.

—Ademas, embarrancado el bergantin en aquellas playas, puede considerarse perdido su casco y aparejo, como tambien los pocos efectos que en él se contienen, pero que siempre son de algun valor.

—Nada importa esta pequeña pérdida que quedará suficientemente compensada por otro lado.

—En ese caso, usted se entenderá.

—Y usted no dejará de obedecer?

—He empeñado mi palabra.

—Corriente. Ahora, y confiando en ella, aun cuando ninguna necesidad tenia de poner á usted al corriente en ciertos pormenores, deseo darle una importante prueba de amistad y de franqueza, que creo apreciará....

—Seguramente.—repuso el piloto, que ansiaba ver satisfecha su curiosidad.

—Mi plan lleva, pues, por objeto, abandonar el buque en aquellas desiertas costas, y ocultándonos á la vista de los insaciables ambiciosos que nos rodean, pasar en busca de refugio seguro á la plaza de Gibraltar, donde hallaremos dinero y recursos mas que suficientes para olvidar por completo las penalidades pasadas. Me acompañarán únicamente dos personas....

—Dos personas?—preguntó Rodriguez lleno de la mas viva inquietud.

—Si señor: la una será mi inseparable y buen amigo Victor Saint-Cir de Barbazan: la otra mi no menos apreciado Manuel Antonio Rodriguez.

El anciano piloto respiró con alguna mas libertad. Soto continuó.

—La distincion que de usted hago, merece una buena recompensa. No ecsijo otra que un profundo silencio y una invariable resolucion: tenedlo bien presente.

—Cumpliré con mi deber.

—En ese caso, puede usted retirarse.

La esquisita diplomacia de que hiciera uso el capitán pirata, podria haber ofuscado en dulces ilusiones al piloto Rodriguez, si su esperiencia, y mas que su esperiencia, un rayo de luz que en aquel instante iluminó su mente, no le hubiera hecho comprender la falsedad de tales ofrecimientos, mostrándole el acibar que se ocultaba tras la miel desprendida por entonces de sus labios, y que habria de ser de tan corta duracion, como el tiempo en que se hubiese propuesto utilizar su práctica y conocimientos.

En tal virtud, y obedeciendo á una inspiracion, murmuró al levantarse las siguientes palabras, que no pudieron llegar al oido de Soto.

—Mi deber.... mi deber.... sé cual es. Llegar de



EL PILOTO MANUEL ANTONIO RODRIGUEZ.

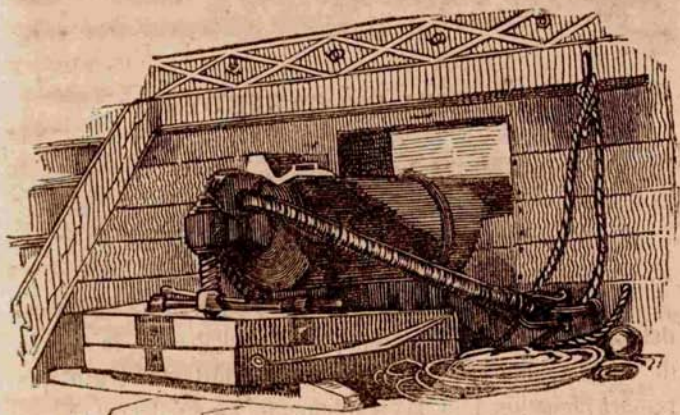
noche.... guiado por el fanal.... una ligera inclinacion....
¡Ah! zorro! ya pagarás tus culpas y pecados!

Entretanto el astuto gallego, al despedir á Rodriguez con una falsa sonrisa, murmuraba estas otras en el mismo tono.

—Obedece, perro viejo! que ya recibirás el pago de tus acciones.

Sobre estos dos apartes, á cual mas significativos, imperaba el fallo de un destino providencial.

El tiempo se encargó de llevarlo á cumplido efecto.





CAPÍTULO XII,

DE SCYLA Á CARIBDYS.

A los cuatro dias de la salida del DEFENSOR DE PEDRO del puerto de la Coruña, ya se hallaba á la altura de Lisboa, merced al oportuno y constante viento que reinara, impeliéndolo favorablemente en su derrota.

Ninguna novedad de consideracion habia ocurrido á bordo, si bien era fácil de notar en todos los semblantes ciertos visos de descontento, cuya causa trataremos de inquirir en sucesos, que aunque ya pasados, no dejan de tener ahora importante significacion.

El equipaje, hoy escaso, del bergantín, compuesto de hombres malvados que en busca de un lucro repugnante se espusieron á una muerte afrentosa, recordaba con profundo disgusto, que en premio de sus trabajos, y á pesar de los mas pomposos ofrecimientos, solo habian recibido una corta porcion de dinero, despues de haber hecho la segunda presa. Recordaba tambien que á la llegada á Pontevedra, habian sido estraídos del bergantín, y depositados en poder del tio de Soto dos baules y varios paquetes, conteniendo los efectos de mas valor, asegurándoles que al regreso de la Coruña pasarian á recoger su importe, cuya promesa no se habia cumplido por parte del capitán. Recordaba por último, que en este último puerto, se habian vendido muchos fardos de los que fueron llevados á la Aduana, cuyo valor á dinero, y en su totalidad, ó en parte, no ignoraban que existia en poder de Soto, el cual ninguna muestra daba de pensar en su distribucion.

Por otra parte se guardaba con la mayoría una tan estudiada reserva sobre la derrota que el buque emprendiera, que nada tiene de estraño si aquellos resentimientos, unidos al temor de ser pérfidamente engañados cuando esperaban gozar del fruto de sus afanes, escitaran hoy la alarma en todos los corazones.

De esta alarma, casi general, se habia aprovechado Agustin de las Casas, que descontento por la indiferencia absoluta con que era tratado desde la salida de la Coruña, por parte de los principales gefes del bergantín, al paso que participaba igualmente de la desconfianza en recibir su racion de presa, habia resuelto jugar el todo por el todo, conspirando abiertamente para obligar al capitán á que hiciera antes de saltar en tierra, el codiciado reparto.

A este fin, y aprovechando uno de esos momentos en que la bondad del tiempo permitia á los tripulantes entregarse á un largo descanso, despues de haberse convencido de que aquellos que pudiera considerar como enemigos, estaban retirados en los camarotes, ó en el rancho, reunió á proa á cinco de sus principales amigos, en la seguridad de que pensaban del mismo modo que él, y sentados en grupos al pie del palo trinquete, comenzaron á departir sobre el asunto que preocupaba todos los ánimos.

El poeta fué el primero en tomar la palabra.

—Ya habreis comprendido, amigos mios,—dijo á sus compañeros,—que aquí se está tratando de engañarnos á todos miserablemente, como si fuéramos niños de escuela. ¿Será posible que despues de tantos afanes, despues de tantos trabajos, llegue nuestra debilidad y cobardia hasta el extremo de dejarnos robar á ciencia y paciencia lo que legítimamente nos pertenece?

—De ninguna manera!—esclamó Domingo Antonio, que ocupaba su derecha;—Antes que sufrir en silencio tamaña iniquidad, creo que estamos todos dispuestos á derramar nuestra última gota de sangre.

—Si, todos!—gritaron los demás á un tiempo, y mostrando tanta energía como resolución.

Agustin de las Casas, satisfecho de ver esta conformidad en sus amigos, continuó.

—Celebro vuestra entereza, porque á ella no habrá fuerza bastante que oponer; y por mi parte opino que esta es la única manera de triunfar.

—Convenido;—replicó José de Silva, escitado por su carácter, siempre precavido, desde que se viera espuesto á sufrir la suerte que cupo á su desgraciado amigo Miguel Ferreira:—pero me parece muy del caso no cantar

victoria tan presto, para lo cual debemos poner una especial atencion en la marcha que hayamos de seguir, á fin de no ser burlados torpemente: sobre todo encargo mucha union, porque de esta manera y con una prudente prevision, no es fácil deshacerse de seis hombres decididos; al paso que si nos pescan uno á uno, nos ganarian el barlovento, y pronto habrian de dar buena cuenta de nosotros.

—Bien! —esclamó el poeta;—me parece muy oportuna esa observacion y no debeis echarla en saco roto. Seguid, pues, mis inspiraciones, y nadie haga mas que lo que yo disponga.

—¿Y qué hemos de hacer?—preguntó el Perroquet, que formaba tambien parte del corro.

—En primer lugar es necesario el mas profundo silencio respecto á esta nuestra liga, para evitar que nos sorprendan antes y con tiempo. Despues, yo me encargo de tener escrita para mañana una razonada esposicion, aunque en términos los mas respetuosos, que presentaremos todos reunidos á nuestro capitan, sin perjuicio de apoyarla, si fuere menester, con la fuerza material: sin embargo de que espero no llegue este caso, pues confio en la lógica de mi pluma, y en la robustez de mis razones.

—Qué diablos! —replicó Domingo Antonio encojiéndose de hombros:—y si llega, seguramente lo habrán de pasar mal.

En estos términos se hallaban debatiendo sobre la manera mas conveniente de prestar ejecucion al plan que de antemano tenian ya concebido, cuando apareció por la boca de escotilla que conducia á la cámara de Benito Soto, la nevada cabeza del Lobo cano.

A su vista se interrumpió de improviso la animada

conversacion que reinaba entre los circunstantes; però la sorpresa de estos subió de punto, cuando acercándose al grupo, y dirigiéndose á Agustin de las Casas, le dijo el mallorquin con voz alterada, que cuadraba bien con su semblante un tanto descompuesto.

—Vengo á advertirte que el capitan se halla enterado de la conspiracion que estais fraguando en contra suya, y á la cabeza de la cual te encuentras tú; por lo cual no creo muy segura la que llevas sobre tus hombros.

—Hablas con formalidad?—interrogó el poeta asustado y confuso.

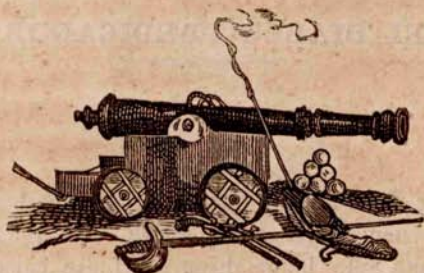
—No hay razon para que me chancee.—respondió con seriedad el mallorquin:—Hace poco os han celado y denunciado al gefe, el cual sin duda debia tener algun antecedente, puesto que le acabo de oír asegurar que tiene ya tomadas sus disposiciones para concluir con todos los que quieran imponerle la ley del mas fuerte.

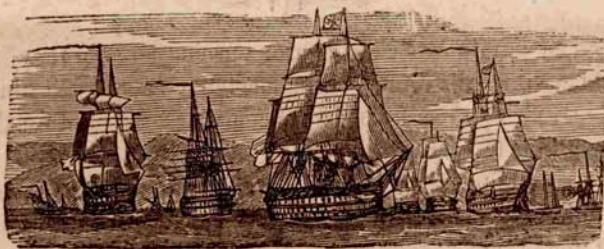
Pronunciar el Lobo cano las últimas frases, y dispersarse en vergonzosa huida todos los que rodeaban á Agustin de las Casas, fué obra de un solo momento. Tal era el efecto que el recuerdo de los anteriores castigos habia dejado impreso con profunda y sanguinaria huella en el corazon de aquellos despiadados asesinos.

El pobre poeta, al verse solo, y temiendo por lo tanto ser el blanco de la cólera del implacable Soto, trató de sustraerse por el pronto á sus pesquisas; y en la esposicion que le ofrecia la bajada al rancho, ó al departamento de los camarotes, pues podia suceder que topase con alguno de sus enemigos, se le ocurrió ocultarse dentro de un cajon donde se encerraban unos cuantos fusiles, el cual existia á proa arrimado á una de las amuradas.

Tan pronto como lo pensó, púsole por obra, y levantando la tapa que casualmente se encontraba abierta, no le costó gran trabajo acomodarse en el duro colchon que le servia de lecho.

Entretanto el mallorquin habia tambien desaparecido; y por espacio de algunos minutos, á escepcion del timonel que á popa permanecia inmóvil en su puesto, la cubierta del DEFENSOR DE PEDRO se vió sin alma viviente que la hollara con su planta,





CAPÍTULO XIII.

EL DIABLO PREDICADOR.

Al dar la vela el bergantín del puerto de la Coruña, y á consecuencia del considerable alijo que allí se hiciera, Benito Soto había dispuesto fuese colocada en la bodega y en calidad de lastre, la munición gruesa, arrojándose al mar después de terminada esta maniobra, toda la que resultara escedente.

Iguales disposiciones en lo tocante al segundo estremo, fueron dictadas, respecto á toda clase de armas que aun se conservaban en el sollado, aunque reservando por vía de precaución una docena de fusiles, que fueron depositados sobre cubierta en una de sus cajas.

La seguridad y confianza que Soto tuviera en su fuerza moral, así como la persuasión en que se hallaba de que con los últimos castigos se habían estinguido por completo los gérmenes de insubordinación, le evitaron hasta entonces ejercer una activa vigilancia sobre las pocas armas que se conservaban á bordo. Mas al tener noticia de la nueva conspiración que se estaba fraguando en contra suya, su primer cuidado fué acudir al lugar donde aquellas armas se encerraban, á fin de tomar ciertas medidas previsoras, para el caso en que los conspiradores tratasen de hacer uso de ellas.

Subió, pues el capitán aceleradamente sobre cubierta, acompañado de sus más fieles amigos, y una vez dueño de aquella interesante posición, las primeras órdenes que dictó fueron las de arrojar al agua inmediatamente la caja que contenía los fusiles, dejando de esta manera inermes á todos, por que así conviniera á sus fines particulares; tanto más, cuanto que nada debió temer por el pronto, pues le constaba que los descontentos se hallaban en minoría.

Consiguiente á este mandato, Santos, Laida, Larrendu, y Gouvin, se adelantaron silenciosos, y arrastrando la caja por sus cuatro ángulos hasta el portalón, la dieron llegada allí un violento empuje, que la hizo caer y precipitarse en la profundidad del mar.

El ruido que produjo en su caída al chocar violentamente con la superficie de las aguas, impidió á los que se hallaban más cerca, oír un lastimero quejido exhalado por una humana voz. ¡Ninguno hubiera podido sospechar que en tan sencilla faena, se encerraba la ejecución de un horrible asesinato!

Tranquilo ya Benito Soto al verse libre de la pesadilla que más había podido inquietarle, se decidió á llamar

y disponer se formasen sobre cubierta todos sus subordinados, no tan solo con objeto de echar en cara á algunos de ellos la grave falta que habian cometido, y de la cual era sabedor, sino tambien para inspirarles con pomposas frases y mentidas protestas de buena fé, la confianza de que tanta necesidad tenian todos.

Para llevar á cabo su idea, dió las órdenes convenientes á José de los Santos, y Nicolás Fernandez; y un cuarto de hora despues, la tripulacion se hallaba formada en ala, esperando silenciosos y con los ojos bajos, el desenlace de aquella crisis.

—Están todos?—preguntó Benito Soto, tan pronto como concluyó de pasar revista, con una rápida mirada, á toda la estension de la línea.

—Creo que sí.—respondió su paisano Nicolás Fernandez, despues de hacer la misma operacion.

—Pues yo creo que no.—replicó el capitán.

—Quién falta?

—Falta el mas esencial.

—¿El mas esencial?

—Sí, el poeta.

—Calla! tienes razon!—esclamó Fernandez, observando que Agustin de las Casas no se hallaba allí presente.

—Pues dispon que lo busquen al momento por todas partes, sin dejar sitio que no sea registrado.—dijo el gefe con gesto de mal humor.

Cuatro piratas salieron de la fila, y comenzaron á registrar en todas direcciones. Al corto rato, subieron unos tras otros por las bocas de escotilla de la cámara, sollado, y rancho, manifestando en sus palabras y ademanes la mayor sorpresa, por no haber encontrado á las Casas ni aun en lo mas oscuros y apartados rincones del bergantín.

—¿Con que no parece?—dijo Soto dominado por la ira;—pues yo voy á buscarlo, y juro por mi nombre que si no doy con sus huesos, sabré dar con sus muertos.

Ya iba á poner en práctica su resolucíon, cuando el mallorquin, adelantándose un poco, y descubriendo su blanca cabeza, le cortó el paso, diciendo.

—Capitan, ¿qué se ha hecho de una caja de armas que habia hace media hora sobre cubierta?

—En qué sitio?—preguntó Soto, curioso é inquieto á la vez.

—Allí!—respondió el Lobo cano imperturbable, y señalando con su brazo estendido la mura de sotavento, en la direccíon que le marcaba el palo trinquete.

—Y para qué quieres saberlo?—volvió á preguntar el gefe, admirado de aquella estraña interpelacion.

—Para darme cuenta de una duda que me acaba de ocurrir.

—Pues si no es mas que eso, desvanézcase tu duda. Esa caja ha sido arrojada al mar, por órden mia,—dijo Soto con aire de orgulloso triunfo.

—Arrojada al mar?

—Sí: ¿te pesa?

—Qué me ha de pesar? ¡Al pobre del poeta, si que le habrá parecido pesada la broma!

—Pues cómo?

—Que estaba dentro, y le han hecho tomar contra su voluntad, un soberbio baño.

—¿Será posible?

—Tan posible, que yo mismo lo ví esconderse.

Los piratas, en tanto, se habia enterado del suceso, merced á las exclamaciones que respectivamente escucharan de boca de ambos interlocutores.

Sorprendidos y admirados al principio, no sabian dar-

se cuenta de lo que en efecto habia ocurrido, porque no podian comprender muchos de ellos el móvil que impulsara al ya tristemente célebre poeta, á encerrarse en lo interior de un cajon de armas; pero una vez hechos cargo de las circunstancias que motivaron su ocultacion, no pudieron dejar de reirse, celebrando con chanzonetas y aun con sangrientas burlas, la coincidencia fatal que habia sido causa de su muerte.

—*¡Tonnerre de Dieu!*—esclamaba Larrendu;—casi me parece imposible que aquella cotorra haya estado callada tanto tiempo cuanto hemos necesitado para llevar la caja hasta el portalon!

—¿Con que tú tambien ayudaste á la buena obra?—preguntó el Perroquet, dirigiéndose á su compatriota.

—Si, tambien ayudé, y estraño, por el afecto que le profesaba, no haber olido que dormia dentro.

—Estaba escrito que habia de morir á tus manos;—dijo Cayetano Freire acercándose al francés.

—Oh!—replicó este, en tono de conviccion;—no me gusta la muerte que ha tenido: ha sido indigna de sus buenas cualidades, y sobre todo de la belleza de sus formas.

—Porqué?—interrogó uno de los que ya habian comenzado á hacer corro en derredor de los primeros.

—Por que quisiera mejor haberlo visto lucir sus patas flacas y tuertas, bamboleando á manera de péndulo de reloj, y pendiente por buena parte, de la verga de la mayor.

—Quita allá, majadero!—esclamó el vizcaino, dando á Larrendu un violento empujon.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó el francés algo amostazado.

—Quiero decir, que no comprendes todo el mérito



FEDERICO LARRENDU.

que hay en el baño que por obra y gracia de nosotros, estará tomando el infeliz poeta.

—Ciertamente que no lo comprendo; y si tú no tienes la bondad de manifestarnos.....

—Pues eso se le ocurre á cualquiera.

—Menos á mí:—replicó Larrendu, dando á sus palabras un tono de ingenuidad.

—Tienes razon. Pero en fin, volviendo al suceso, me doy una completa esplicacion del caso.

—¿Y cuál es?

—Que el diablo, enamorado de la esbeltez y gracia de aquella figura, antes de llevárselo á los profundos infiernos, ha querido meterlo en salmuera, para conservar así mejor sus bellas formas.

Una carcajada estrepitosa, en que prorrumpieron todos los circunstantes, al escuchar la graciosa ocurrencia del vizcaino, llamó la atencion de Benito Soto, el cual, acercándose al grupo, mandó guardar silencio, y que volviesen á formar en fila, pues tenia necesidad de dirigir la palabra en general, sobre el asunto que tan preocupados tuviera todos los ánimos.

Los piratas obedecieron sin replicar, y pocos momentos despues, el gefe, usando de la fuerte y severa entonacion que acostumbraba en casos tales, comenzó á hablarles en estos términos.

—Una justicia, pero una justicia ignorada por todos, acaba de ser llevada á efecto hace pocos instantes, en la persona de un criminal que con pérfidas sugestiones y artificiosas mañas trataba de ganar la voluntad de unos cuantos, para conspirar de una manera inicua contra el resto de sus compañeros. Si, amigos míos; Agustín de las Casas, ese hombre, ingrato á los favores que continuamente se le han prodigado, atentaba por viles

medios contra la comun seguridad, representada aquí por la persona de vuestro gefe, del compañero que habeis elegido libremente para que os conduzca por la senda de un halagüeño bienestar; de un bienestar que ya casi alcanzais con la mano, y de cuyos favores disfrutareis dentro de muy poco tiempo. ¿Qué os prueba, pues, lo que acaba de suceder? ¿qué os dice esa coincidencia que á todos no habrá podido menos de admirar? ¿Creeriais ver en ella únicamente el efecto del acaso?.... Ah! no.... Un reo ha sufrido la pena que por su grave delito le correspondia; mas esta pena no le ha sido impuesta por ningun humano tribunal: esta pena ha sido dictada por la Providencia, que se encargó en su alta sabiduría de castigar al culpable, salvándonos esta vez mas de las garras de nuestros enemigos. Y si esto es tan claro como la luz del dia, si ello os demuestra que hay un Dios que me protege, porque yo soy aquí vuestra cabeza, ¿habrá por ventura algun iluso que sueñe todavía con la idea de atentar á mi legitima autoridad?....

Despues de una breve pausa suficiente á dirigir una rápida ojeada por los semblantes de sus subordinados, y poner en concierto las frases que iba á pronunciar, Benito Soto continuó.

—Creo que no, y así lo espero de vuestra cordura. ¿Teneis quizás alguna queja de mí?.... manifestadla: estoy pronto á dar toda clase de esplicaciones. Pero si como tengo entendido, el pretesto de la alarma que se ha querido sembrar entre vosotros, se reduce solamente á la tardanza del reparto, nunca con mas oportunidad que ahora debo haceros saber que no me parece bueno ni prudente practicarle todavía, para quitar, en los dias que nos quedan de estar reunidos, todo motivo de dis-

gustos y sinsabores: además lo principal de nuestra fortuna consiste en letras que hasta que no se hagan efectivas, no pueden de ningún modo repartirse. Si no tenéis confianza en mí, nombrad inmediatamente á uno de vosotros, en cuyo poder me hallo pronto á depositarlas.

—No! no!—gritaron á un tiempo diferentes voces. A estas siguieron otras, y bien pronto una sola exclamación salió de toda la línea.

Este desenlace, ya lo tenía previsto el sagaz Benito Soto: de otra manera, bien se puede creer que no se hubiera aventurado tanto. Contento, pues, de ver satisfechos sus deseos, exclamó.

—Gracias, mis buenos amigos! Seguid depositando en mí toda vuestra confianza, y nunca tendreis por qué arrepentiros. Sobre todo, suplico que esta sea la última vez que tenga yo necesidad de ocuparme en asuntos para mí tan desagradables.

Un murmullo general de asentimiento, acabó de convencer al jefe de que nada debía ya temerse de aquel ligero chubasco. En su consecuencia con la tranquilidad en el corazón, y una sonrisa afectuosa en los labios, se despidió de sus compañeros, para bajar á su departamento.

Tan pronto como desapareció por la escotilla, se rompió fila, y los marineros, reunidos en grupos, volvieron á comentar de varios y estraños modos la singular muerte que recibiera el desgraciado Agustín de las Casas.





CAPÍTULO XIV.

¡EL HOMBRE PROPONE, Y DIOS DISPONE.

Oscura y nebulosa se presentaba la noche del 9 de Mayo de 1829.

Una densa bruma, levantada de la superficie del mar á la puesta del sol, y al corto tiempo de haber reconocido el cabo de Santa Maria, situado al S. de Portugal, principió á envolver al DEFENSOR DE PEDRO con su negro ropaje, hasta el extremo de no distinguirse á bordo objeto alguno.

El viento, que hasta entónces habia continuado reinando constantemente del N. O. roló de improviso al S. O. con frescura, y tomando de bolina al bergantin, co-

menzó á impulsarlo con una velocidad extraordinaria, en direccion marcada al estrecho de Gibraltar.

A la vista del imponente aparato que ofrecia el tiempo, Benito Soto, inquieto y precavido mas que nunca por la suerte del buque que mandaba, dictó varias disposiciones con objeto de hacer frente al furor de los elementos, ordenando por via de prevencion, que se tomasen algunos rizos á la gavia; pero afortunadamente los temores no pasaron adelante, porque todo aquel amago de tempestad se deshizo en una ligera turbonada de verano, que limpió la niebla, si bien dejó la atmósfera bastante cargada de celajes.

Serian las diez, cuando el gefe pirata, tranquilo ya por ver desvanecidos los peligros que temiera, se retiró á la toldilla, en compañía del piloto Manuel Antonio Rodriguez, con el cual trabó una interesante conversacion, de esta manera.

—¿A qué altura calcula usted que deberemos encontrarnos ahora?

—Pst!—esclamó el piloto moviendo la cabeza en señal de duda;—La noche está oscura como boca de lobo, y no me es posible tomar mis marcaciones. Sin embargo, por el andar que medimos, y por las horas que han transcurrido desde que avistamos por la mura de babor la isla de San Lorenzo, creo, si no me engaño, que estaremos cuando mas, demorando los Marrajotes.

—¿Y qué son los Marrajotes?—preguntó Benito Soto escitado por la curiosidad, y sobre todo por el deseo de averiguar algo mas, puesto que nada habia podido sacar en claro de aquella esplicacion.

—Los Marrajotes, replicó el piloto,—son unos peñascos, ó cochinos, como llaman en el pais, que se hallan situados á la desembocadura del rio S. Pedro.

—Pero ese rio desagua en el mar próximo á Cádiz?
—volvió á preguntar el gefe que se encontraba aun en el mismo estado de ignorancia.

—Si señor; desemboca por la parte del S. y como á á unas cuatro leguas de esta plaza.

—De manera que...

—Que nos encontramos, por mi cuenta, precisamente en la misma longitud.

—En ese caso,—dijo Soto, que ya comenzaba á ver claro,—no tardaremos mucho en doblar el cabo de Trafalgar.

—Sí; pero nos hallamos bastante mar á fuera, y seguramente lo dejaremos muy sotaventado.

—¿Y cree usted que será ya tarde cuando entremos en el estrecho?—tornó á preguntar el capitán.

—Eso comprenderá usted que depende mas que nada de las circunstancias del viento: si como espero, no abate por el pronto, bien puede asegurarse que antes de cuatro horas divisaremos el faro de Tarifa.

—Es decir, á las dos, con corta diferencia?

—Precisamente.

—Pues como medida preventiva, y por si acaso se equivoca usted algo en su cálculo, es indispensable que á la una, lo mas tarde, empuñe las cabillas del timon.

—Asi lo haré.

—Para lo que pueda ocurrir, me tendrá usted á su lado.

—Como usted quiera.

—Conque hasta la una?

—Hasta la una.

—Y los dos interlocutores se separaron: el capitán bajó á su cámara, y el piloto comenzó á pasear con aire pensativo, desde el palo mayor á la toldilla.

Por espacio de tres horas, ningun incidente vino á

turbar el inusitado reposo en que yacia el DEFENSOR DE PEDRO, despues del ligero turbion que al entrar la noche le embistiera. Benito Soto habia recomendado el descanso á su gente, y esta, conociendo ya que nada podia temer, no se dejó repetir el encarecimiento.

Todos los tripulantes se habian, pues, entregado al mas profundo sueño, y aun los que componian el servicio de cuarto, roncaban tambien muy descansadamente al abrigo del castillo.

Enmedio de ese rumor sordo que produce siempre la agitacion del oleaje, unida al flamear de la lona y al silvido del viento entre la jarcia, se distinguieron perfectamente los pasos de una persona que subia la escalerilla de la cámara, y que no tardó en presentarse sobre cubierta.

Era el capitan Soto, que puntual á la cita, comenzó á investigar en todas direcciones, marchando despues resueltamente hácia popa, donde se encontró al piloto, el cual no menos exacto que él, acababa de encargarse del gobierno del buque, despidiendo á Cayetano Freire que se hallaba por entonces al timon.

Contento Benito Soto, se llegó á Manuel Antonio Rodriguez, y le dió un fuerte apretón de manos, en señal de satisfaccion, tomando en seguida asiento á su lado.

Por espacio de media hora, el capitan y piloto guardaron el mas profundo silencio. Cada cual se entregaba por completo á las diversas y encontradas ideas que vagaban por sus inquietas imaginaciones.

De pronto el primero, incorporándose violentamente y poniendo una mano sobre el hombro de Rodriguez, exclamó.

—Me parece haber visto....

—Qué?

—Una luz, que á intervalos acompasados aparece y desaparece.

—¿Por dónde?

—Por el costado de babor y hácia proa.

El piloto se puso en pie para observar mejor, en la direccion que se le habia marcado. Apenas trascurrieron dos minutos, volvió á sentarse, diciendo á Soto.

—Tiene usted razon: aquel debe ser el faro de Tarifa, y distaremos de él como unas cinco millas.

—Ya poco nos queda.

—Sí señor; pero el viento ha calmado un poco, y siempre pasará una hora antes que nos hallemos á su altura.

—Mucho cuidado, amigo mio!—esclamó el capitan;—la noche continúa nebulosa, y es preciso estudiar bien lo que se va á hacer.

—Nada tema usted;—replicó el piloto, á quien convenia infundir á su gefe una completa confianza;—yo sé donde estoy, conozco bien esa costa, y no es fácil que pudiera equivocarme, aun cuando la cerrazon fuese mucho mayor de lo que es.

—Asi lo espero.

En estas ó parecidas razones, unas veces, y otras entregados á sus estraños pensamientos, continuaron pasando el tiempo los dos únicos hombres que en aquella hora velaban á bordo del DEFENSOR DE PEDRO.

A distancia como de dos millas del faro, que ya se distinguia perfectamente, el piloto orzó, dejándolo á su izquierda, y cuando lo creyó conveniente, puso de nuevo el timon á la via.

Asi continuaron caminando, sin proferir una palabra, hasta que se aproximó el momento supremo, durante el cual aquellos dos corazones comenzaron á latir con extraordinaria violencia.

En uno de esos intervalos aunque cortos, en los cua-



Los gritos y las exclamaciones subieron de todo punto, cuando vieron al buque inclinado sobre el costado de babor, inmediatos á una playa arenosa, y en situación de ellos ignorada.

les parece que el viento y la mar calman de improviso, dejando á la naturaleza en una quietud ficticia, pudo muy bien escucharse distintamente el ruido que producen en la playa las rompientes de las olas.

Benito Soto, cuya atencion estaba fija en este instante en el desenlace de aquella crisis, se apercibió de tal circunstancia, y levantándose repentinamente, esclamó con sobresalto.

—Estamos sobre la costa!

—Ya lo sé.—replicó Rodriguez, con la mayor entereza y sangre fria.

—Y esa es la tierra de Africa?

—Esa es la punta de Cires.

—Está usted seguro?

—Seguro.

—Pues á embarrancar en el nombre de Dios.

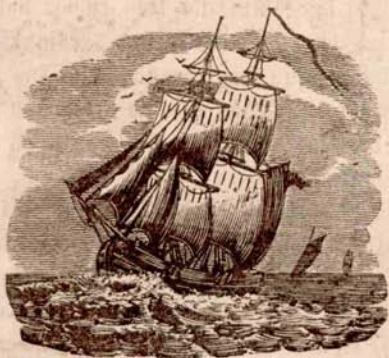
El piloto con puño vigoroso hizo un ligero movimiento de arribada: el bergantin dió tres recios balances, y un minuto despues encalló en la arena, acompañado de una violenta sacudida que hizo crugir todas sus maderas de un modo horroroso, semejando la gradacion de una cajada, con la cual se burlaba el buque de la ceguedad de sus miseros tripulantes.

No es fácil describir la confusion y el tumulto que por todas partes comenzó á reinar á bordo del DEFENSOR DE PEDRO. Despiertos los piratas con aquella fuerte conmocion, subieron sobresaltados á la cubierta, y empezaron á correr en diversas y encontradas direcciones, hasta enterarse de la verdadera causa que la habia motivado.

Los gritos y las exclamaciones subieron de todo punto cuando vieron al buque inclinado sobre el costado de babor, inmediatos á una playa arenosa, y en situacion de ellos ignorada.

En medio de aquel lastimoso desórden, Benito Soto se esforzaba por tranquilizar á todos, achacando á una funesta equivocacion, motivada por la oscuridad de la noche, la desgracia ocurrida al bergantin; procurando al mismo tiempo desvanecer en el ánimo de los piratas los graves temores que les asaltaron, y que no cesaban de manifestar con voces y lamentos.

Sin embargo, bien pronto la aurora, desvaneciendo poco á poco las sombras de aquella fatal noche, se encargó de descorrer el tapiz que ocultaba á los ojos de aquellos criminales, la realidad de su poco envidiable estado.





CAPÍTULO XV.

¡TODAVIA!

¡Cuan sorprendido no debió quedar el audaz gefe de aquella horda de foragidos, cuando al despuntar los primeros albores de la mañana, pudo convencerse de su situacion, tan diferente á la que con los colores mas halagüeños, se habia pintado en sus falaces ilusiones!

Creyó encontrarse en las desiertas costas del Africa, árido é inhospitalario campo donde á sus anchas pensaba seguir imperando por la senda del terror, hasta encontrar ocasion oportuna de trasladarse sigilosamente á Gibraltar, sacrificando traidoramente á sus débiles y

sumisos compañeros, y dejar burlada de este modo la justicia humana, como soñó haberlo hecho ya con la divina.

Pero en vez de esta risueña perspectiva, lo que se ofreció entonces á su vista, era una estensa playa, habitada, con dos hermosos é imponentes castillos que la defendian, y algo mas distante, en segundo término, y por la parte de la izquierda, una bella y magnífica ciudad, plaza fuerte, y cuyas espesas y bien construidas murallas, le brindaban con una segura prision, si desde luego no ponia en juego sus hábiles recursos para escapar de las informaciones que por necesidad debieran hacer aquellas autoridades, tan felizmente como escapó de Pontevedra y de la Coruña.

En esta persuasion estaba Benito Soto, y por lo tanto, al verse de tal manera contrariado en sus proyectos, el primer empeño, el principal conato, fué como era consiguiente, tomar prudentes medidas de precaucion, para en el caso de que recibiesen alguna visita, cosa muy de esperar, de los delegados de la autoridad, hacerse pasar por náufragos; y para esto se hacia preciso un prévio acuerdo, con objeto de evitar contradicciones que pudieran comprometerlos.

Aunque al observar con detenimiento su diligencia y prevision, debiera creerse que el capitan del DEFENSOR DE PEDRO, no habia perdido nada de su habitual serenidad, sin embargo, examinando el fondo de su corazon por las funestas alteraciones de su semblante, bien podia notarse cierta falta de sosiego, que en vano trataba de disimular delante de sus subordinados.

Y así era en efecto. Benito Soto, confuso y aturdido, no podia aun comprender qué funesta casualidad habia originado aquella tan estraña equivocacion en el rumbo que

siguiere el bergantin. En el extravio de sus ideas, llegó á sospechar de la fidelidad del piloto; mas este tambien se daba por engañado, alegando en su abono razones muy poderosas. En esta duda hubiera Soto de buena gana descargado todo el peso de su cólera sobre la cabeza de Manuel Antonio Rodriguez, aun suponiéndolo inocente, solo por el placer de castigar la torpeza, cuando no mala fé, de la persona que fuera causa del temible conflicto en que se hallaban. Pero el sagaz gallego tenia en aquel momento necesidad de la vida y de la buena voluntad de su piloto, para revestirlo por segunda vez con el carácter de comandante legítimo del buque.

Bajo este supuesto, trató de relegar al olvido lo pasado, para ocuparse solo del presente.

Serian las nueve y media de la mañana, transcurrido el tiempo suficiente para que cada cual ensayase con toda perfeccion el papel que debiera desempeñar en aquella inicua farsa, cuando se presentó en la playa de Santa Maria un carruage, y dentro de él cuatro personas, las cuales se dirigieron resueltamente al sitio donde permanecia encallado el bergantin.

Era esta una comision del Juzgado de Marina de Cádiz, acompañada de su correspondiente escribano, la cual en el acto procedió á practicar las primeras indagaciones, en forma de sumario.

Inmediatamente, y por disposicion del que allí hiciera de cabeza principal, la tripulacion saltó á la playa, y despues de formarse en ala, se dió principio al interrogatorio.

—¿Quién es aquí el comandante de este buque? preguntó el escribano dirigiéndose á todos en general.

D. Pedro Mariz de Souza Sarmiento,—contestó Benito Soto saliendo de la fila.

—Es usted?

—No señor.

—Pues que se presente ese caballero.

El gallego pasó á bordo; comenzó á buscar en todas direcciones; bajó, subió, volvió á bajar: en ninguna parte encontraba al piloto Rodriguez.

La situacion era desesperada, y no habia tiempo que perder. Trémulo de ira por aquella funesta contrariedad, hija de un enigma que por el pronto no le era dado descifrar, tuvo sin embargo la suficiente calma para comprender la necesidad de dar á aquel asunto un desenlace rápido y adecuado, con el fin de no inducir la menor sospecha. En este supuesto, y tomada ya su resolucion, se adelantó con rostro sereno al sitio que ocupaba la comision del Juzgado, y dirigiéndose á los que la componian, exclamó.

—Señores, el capitan no parece!

—¿Cómo que no parece?—preguntó uno de ellos.

—Hace una hora, replicó Soto,—que nosotros lo echamos de menos. El estado en que veía á su buque, le tenia algo trastornada la razon, y nada tendrá de extraño que en medio del desórden que ha reinado aqui desde el momento que nos aconteciera nuestra desgracia, haya atentado el infeliz contra su vida.

—Diantre!—esclamó el escribano;—Esto complica las diligencias del sumario.

—Las diligencias,—repuso el gefe pirata,—pueden continuarse, porque en su ausencia, yo le represento.

—Eso es!—dijo el que hacia de presidente, dirigiéndose al escribano;—Interrogue usted al señor, como si fuera el capitan.

El depositario de la fé pública, comenzó su informacion de esta manera.

—¿Cómo se llama usted?

—Francisco Abadía.

—¿De qué nacion?

—Español, y natural de Pontevedra.

—¿Es usted el segundo del capitán?

—Si señor.

—¿Qué nombre tiene ese buque, y á que nacion pertenece?

—El bergantin se llama el DEFENSOR DE PEDRO, y pertenece á la marina mercante del Brasil.

—¿De dónde venia?

—Ultimamente, de Lisboa.

—Y antes?

—De Rio Janeiro.

—Sirvase usted referirnos algunos detalles de este desgraciado suceso.

—Salimos de S. Sebastian,—dijo Benito Soto, con segura y franca entonacion,—para dirigirnos al puerto de Lisboa con cargamento de palo campeche, maderas, y otros frutos del país. Alijamos con felicidad, y nos dirigiamos á Marsella para tomar allí una parte de carga, cuando esta noche pasada, poco despues de oscurecer, nos sorprendió una fuerte cerrazon con mar de leva, que al trastornar por completo los cálculos de derrota, imposibilitando observaciones, ha sido causa de nuestra perdicion.

—¿Y quién gobernaba el buque?

—En el momento de embarrancar, el mismo capitán, que en nadie aparentaba tener confianza.

Estas y otras preguntas análogas fueron contestadas por Soto con admirable entereza, capaz de engañar á hombres mas diestros y versados en esta clase de formalidades.

Después que el escribano hubo concluido con él, pasó á escuchar y admitir una por una las declaraciones de todos los tripulantes, las cuales dieron el mismo resultado, apareciendo de tal manera contestes, que mas bien que prueba de verdad, daba lugar á creerla una relacion estudiada y aprendida para el caso. (*)

Sin embargo de lo mucho que inducía á sospechar tal circunstancia, las diligencias se instruyeron de la manera mas favorable á los piratas; el sumario terminó, y acto continuo se hizo saber á Benito Soto en nombre y representacion de los demás, que podian trasladarse á Cádiz cómo y cuando quisieran, en la seguridad de que el buque y sus tripulantes quedaban desde aquel

(*) Cuantos comentarios pudieran hacerse sobre esto, adolecían de palidez, al lado de los siguientes párrafos que nos ha parecido conveniente transcribir íntegros, tomados de la conclusion fiscal.

«Parece que un espíritu maléfico, protegiendo el crimen, se habia apoderado de la razon y sentidos de casi todos aquellos, que á título de comision de autoridad, debieron examinar en su primera aparicion, á estos hombres manchados de crímenes, complaciéndose en balagar las esperanzas de su impunidad.

«Aparece un bergantin náufrago con bandera brasileña en la playa de Santa Maria, y el gefe superior de la provincia marítima, dicta la mas pronta y eficaz providencia para el cumplimiento de lo prevenido en tales casos, por las Reales ordenanzas de matricula.

«Pasa una comision del Juzgado á la playa con este objeto; se procede al exámen del buque náufrago y tripulantes, con respecto á la parte facultativa y criminal del hecho, segun lo prevenido para todo naufragio en los artículos 16 y 17, capítulo 6.º de la citada ordenanza; son aquellos interrogados; resulta un expediente, y nada aparece en la deposicion de los documentos producidos, ni en las personas, que disuene, que sorprenda, y prorrogue exámen mas prolijo.

«Ni la falta absoluta de diarios de navegacion de costas; ni la mas notable de gente que se advierte, segun la patente de navegacion, (único documento presentado,) y su verdadera existencia; ni los motivos inverosímiles, insuficientes, y circunstancias de su naufragio, pintado como inevitable; nada de esto escita la desconfianza; y mediante un conciso sumario, donde se observan las indagaciones declaratorias de todos los tripulantes, menos uno; notable por la escasez y esterilidad de las preguntas, y además por lo cómico, evasivo, y casi literal de las respuestas, son reputados por inocentes, y absueltos, dando á un buque de tan sospechosas apariencias, por de origen legitimo y legal.»

momento bajo la tutela y amparo de las autoridades.

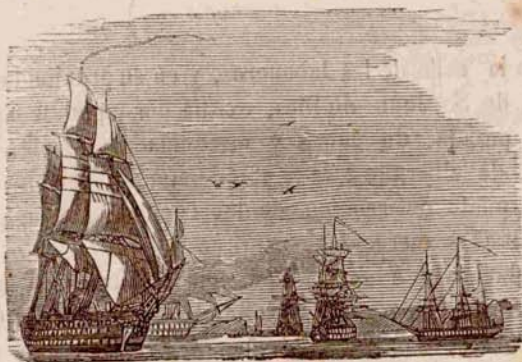
Retiróse al poco tiempo la comision, y aquellos criminales, aquellos feroces bandidos, quedaron todavia libres para aplaudir y celebrar con indecible alegria este nuevo triunfo que parecia coronar los continuos favores con que eran tratados.

El gefe los reunió, y despues de cerciorarse de la satisfaccion y confianza que esperimentaban todos sus subordinados, resolvió de comun acuerdo, trasladarse cuanto antes á la plaza inmediata.

Dos horas despues, diez y nueve hombres entraban en Cádiz por la puerta de tierra, rodeados de un inmenso y caritativo pueblo, que en sus nobles como generosos sentimientos, no cesaba de dirigir sobre aquellos infelices náufragos, espresivas miradas de compasion.

Hoy la escitaban como unos pobres desgraciados: mañana la escitarán como reos de una gran culpa.

El pueblo siempre tiene lágrimas para el que sufre.





CAPÍTULO XVI.

PARED POR MEDIO.

En la calle de los Jaboneros, y en su proximidad á la plaza de S. Juan de Dios, existia por aquel tiempo una sucia posada, de pobre y mezquina aparienciá, la cual servia de albergue á la gente de mar, y principalmente como punto de reunion de las tripulaciones de los muchos buques mercantes surtos en bahía.

Daba paso á su interior, una taberna, en la cual despues de tropezar con multitud de grotescas figuras que bebian, hablaban, blasfemaban y reian á un mismo tiempo, se penetraba en un gran patio con corredor alto, cerrado por una carcomida balaustrada de madera.

Allí, y en uno de sus ángulos, se veían dos puertas pequeñas, señaladas con los números 11 y 12. Ambas estaban ceradas. Penetremos en la última de estas dos habitaciones.

Sentados en bancos y sillas, y aun algunos en el suelo, se notaban como hasta quince marineros, los cuales reunidos en diversos grupos, conversaban en voz más ó menos baja, aunque muy suficiente para que venga- mos en conocimiento del asunto de sus conversaciones.

Eran los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO citados á aquella hora por orden de Benito Soto, para recibir cada cual cierta cantidad en metálico, como parte del fruto que produjera su criminal trabajo.

—¿Sabes á cuánto ascenderá lo que nos pueda tocar en el reparto?—preguntó José Antonio de Silva á Cayetano Freire que se hallaba á su derecha.

—Lo ignoro;—contestó el interpelado;—pero las noticias que tengo no son nada favorables.

—¿Pues cómo?—

—Dicen que solo ha podido realizar una corta suma, con bastante pérdida, importe de una de las letras que traía contra un comerciante de Gibraltar.

—¿Conque corta, eh?—

—Parece que sobre unos veinte mil reales.

—De manera que tocaremos solamente á cincuenta duros por barba?

—Por ahí, por ahí.

—Vaya un lance! para eso mejor sería que no repar- tiese ni un maravedí.

—Anda! que lo seguro es lo comido!

.....

Separado á una distancia corta, estaba Larrendu,

quien al dar á su vecino Guillermo Teto una palmada en el hombro, exclamó.

—¡*Tonnerre de Dieu!* que ya me encuentro cansado de esta vida!

—¿Por qué?

—Porque ha tiempo siento un peso que me oprime el corazon, y que ya ha llegado á hacerse insoportable.

—¿Y á qué lo atribuyes?

—A que el hombre malo, tarde ó temprano reconoce sus errores, y tiene que arrepentirse de ellos.

—¿Y tú estás arrepentido?

—Tan lo estoy, que he resuelto marcharme á nuestro pais para acabar mis dias como buen cristiano. Quieres acompañarme?

—Casi, casi, me creo inclinado á ello.

—Mucho tarda en venir Soto;—decia José de los Santos á Antonio de Laida;—¿qué podrá haber motivado esta tardanza?

—No sé:—contestaba el vizcaino;—¿tú estás cierto que no se halla en la casa?

—Si estuviera aquí, hubiera entrado en esta habitacion, donde sabe que nos reunimos.

—Es cierto; mas, ¡qué diantre! no me da muy buena espina esa desconfianza, esa estraña reserva que ha comenzado á usar con nosotros, que siempre fuimos sus primeros y mas constantes amigos.

—¿Y sospechas?.....

—Sospecho si ese astuto gallego querrá ahora que no nos necesita, medirnos tambien con el mismo rasero que á los demás.

—Pesada seria la broma.

—Ah! pero en ese caso, echaria la cuenta sin la



MANUEL JOSÉ DE FREITAS.

húespeda: es decir, que iria por lana, y saldria seguramente trasquilado.

—¿Por qué no habrá concurrido Nicolás Fernandez?—preguntaba Freitas al Lobo cano, que estaba á su lado.

—¡Qué sé yo! Hace ya dos dias que no se le ve el pelo, y esto á la verdad, me llama la atencion.

—¿Dónde estará?

—¿Qué cuidado puede darte?—replicó el mallorquin encojiéndose de hombros;—Estará probablemente en el infierno, á dónde se habrá vuelto, por habersele concluido el permiso que le dieron para rodar algun tiempo por estos andurriales.

—Tambien falta tu medio paisano el mahonés.

—¿Manuel Cruillá? otro que tal baila! apuesto á que se ha ido con el anterior.

Enterados ya de los asuntos sobre que versaban estos ó parecidos diálogos, pasemos á la habitacion inmediata conocida por el número 11, y cuya puerta aun permanecia cerrada.

Una mesa y dos sillas ocupaban el centro de la sala. En estas, sentados el uno enfrente del otro, se hallaban dos hombres departiendo tambien en voz muy baja: el uno con la cabeza erguida, demostrando en su semblante animacion y confianza: el otro con la vista inclinada al suelo, en señal muy marcada de desfallecimiento y compuncion.

—¿Pero es posible,—decia el primero,—que permanezcas sordo á mis ruegos, de una manera tan tenaz?

—¡Qué quieres!—repuso el segundo moviendo lenta-

mente la cabeza, y sin levantar los ojos;—He resuelto quedarme, y me quedo.

—¿Y cómo puedes creer, amigo mio, que yo marche tranquilo y contento, dejando aquí á la única persona que amo en el mundo?

—Esa persona queda tranquila y contenta: si la amas, tú tambien debes estarlo.

—Imposible: nos separaremos, y quizás para siempre. Yo no puedo permanecer ni un dia mas entre nuestros esigentes compañeros, sin esponerme. Por otra parte, no sé que voz secreta me dice que nos hemos hecho sospechosos para con las autoridades; y mi corazon pocas veces se ha engañado.

—Nada tendria de extraño.—dijo Barbazan, pues no era otro, con la mayor calma y sangre fria.

—Es preciso partir.

—Si.

—Y tú me acompañarás.

—No.

—¡Vive Dios, que es ceguedad!—esclamó Benito Soto, haciendo un brusco movimiento con ambas manos.

—Ya te lo he dicho: deseo pasar en el retiro el resto de mi vida, y purgar los crímenes que he cometido, con la mas austera penitencia: quiero entrar en el convento de Capuchinos.

—Desdichado! ¿y si antes os descubren y la justicia se apodera de vosotros?

—A todo me resigno: la sociedad quedaria vengada, y esto solo cambiaria el género de espacion.

—Infeliz! tu cabeza se halla enferma.

—No lo creas!—replicó Barbazan, alzando la vista con vivacidad, y mirando fijamente, á su amigo;—mi cabeza está muy sana: ¡ojalá estuviese así la tuya!

—¿Quieres catequizarme?

—Mi vida diera por arrancarte la venda que aun te oculta la luz de la verdad.

—No lo dudo; pero en esto no veo mas que un pequeño inconveniente.

—¿Cuál es?

—Que por mucho que esa luz me iluminara, no conseguirias que yo me dejase aborrecer, así, con esa resignacion.

—Tal vez!... mas no... no... tú no puedes aun mirar la vida por el prisma que yo la veo... Si; debes marcharte.

—Sin tí?

—Sin mí!

—Oh! cómo te complaces en atormentarme!

—No te desesperes, amigo mio, porque no me comprendes: parte solo.

—Pues bien!—esclamó Benito Soto, levantándose de improviso;—ya que tu resolucion es invariable, acepta una parte de mi fortuna.

El español sacó del bolsillo una mugrienta cartera, de la cual estrajo dos letras por valor de veinte mil duros, que entregó al francés.

—Nada quiero;—dijo este, haciendo con la mano un movimiento de desvío.—Reparte esa suma entre nuestros antiguos compañeros: ¡pobrecillos! ¿qué será de ellos si los dejas abandonados en la miseria en que se encuentran?

—No lo merecen;—replicó Soto, con entereza;—todos son tan insolentes como ambiciosos. La fortuna que poseo, no la he de partir sino contigo.

—Renuncio á mi parte.

—Renuncias á tu parte? ¿con que no te basta el marti-

rio que causaste ya á mi corazon, si no me haces gustar por completo la hez del sufrimiento?

Victor Barbazan, despues de reflexionar un instante, estrechó una mano á su amigo, y como inspirado por una idea, exclamó.

—Tranquilízate: acepto la mitad de esa suma: con ella tengo bastante para cubrir holgadamente mis necesidades.

Y sin dar lugar á réplica, tomó de sobre la mesa una de las letras que guardó en el interior de su faja.

Mientras Barbazan se ocupaba en esta operacion, se comenzó á notar en la habitacion inmediata cierto movimiento, acompañado de un murmullo sordo, que no era posible pasase desapercibido para los dos piratas.

Como únicamente los separaba un débil tabique, Benito Soto se acercó, y puso el oido atento; mas no bien lo hubo efectuado, cuando cambiando súbitamente de color, llegó de un salto á donde estaba Victor, y asiéndole con fuerza por un brazo, le dijo.

—Huyamos! Están ahí á prendernos!

—Por dónde?—preguntó Barbazan sorprendido.

—Por esta ventana, que dá á una azotea de la casa inmediata.

—Pues huye.

—¿Y tú?

—Yo me quedo.

—Desgraciado!

—Adios!!—exclamó Barbazan, estrechando á su amigo contra su corazon,

—Él te favorezca!—dijo Soto, haciendo lo propio.

El primero cayó desplomado sobre su silla: el segundo desapareció de un salto por la ventana.

Dos minutos despues, la puerta se abrió, dando paso

á la justicia que se apoderó de Barbazan, coma ya lo habia hecho con todos sus compañeros.

El patio y las inmediaciones de la posada estaban vigilados por una numerosa fuerza, y un gentío inmenso contemplaba desde la calle el desenlace de aquella extraña pesquisa, que veian comenzada á representarse con tan imponente aparato militar.

Esta misma atencion que tan tenazmente estaba por todos fijada en el teatro del suceso, fué causa de que pasase por completo desapercibido un hombre, que envuelto en un ancho leviton salió de una casa inmediata, y confundiéndose entre la multitud casi á la carrera, atravesó la plaza, llegó al muelle, y se embarcó en un bote.

Al corto rato, Benito Soto se encontraba á bordo de un buque inglés, que en aquel instante iba á dar la vela con destino á Gibraltar.

Insensato! No comprendia que la justicia de Dios alcanza á todas partes.





CAPÍTULO XVII.

VOZ DEL PUEBLO, VOZ DEL CIELO.

A los cuatro dias de ocurrido el deliberado naufragio del DEFENSOR DE PEDRO en la playa de Santa María, la voz pública comenzó á marcar á sus tripulantes como gente sospechosa.

Este sordo rumor, cuyo origen no seria fácil averiguar, llegó á oidos de las primeras autoridades, las cuales dispusieron que inmediatamente actuara en formacion de causa, el Tribunal de guerra y estrangeria, perteneciente al Gobierno de la plaza.

Este Tribunal, compuesto de personas dignas y entendidas, dió principio sin pérdida de momento á sus

actuaciones; y convencido de la culpabilidad de los acusados por la opinion pública, á causa de sospechas adquiridas en la contradiccion de los declarantes, se halló bien pronto en el camino de la verdad, y decretó el arresto de los criminales.

Con un celo y diligencia superior á todo encomio, tuvieron efecto los primeros procedimientos, y bien pronto se esclarecieron los hechos, notándose la falta de cuatro de los principales cómplices en aquella célebre causa. Estos eran Benito Soto gefe, y los piratas Manuel Crullá, Nicolás Fernandez, y Nuño Pereira. Respecto al primero habia fundamento para creer se hubiera trasladado á Gibraltar, y en su consecuencia se mandaron las oportunas requisitorias á las autoridades inglesas. El segundo, ignorándose absolutamente su paradero, no pudo ser habido, apesar de las eficaces gestiones que para lograrlo se pusieron en juego. Y en cuanto á los últimos, reclamados á la Coruña, fueron reducidos á prision, y remitidos á Cádiz con las debidas precauciones.

El piloto Manuel Antonio Rodriguez, oculto desde el dia de su desaparicion en una de las cantinas del muelle, se presentó voluntariamente á declarar, cuando tuvo noticia de lo ocurrido, no tan solo por no aparecer sospechoso, sino por la seguridad en que se creia de salir bien librado en sus declaraciones.

Deducidas de estas las primeras pruebas, en especialidad las que hacian relacion con el saqueo de la fragata inglesa *Morning-Star*, se hizo comparecer á sus tripulantes y pasajeros que se hallaban en Lóndres, con el objeto de carearlos con los acusados. (*)

(*) Asi se efectuó, y en uno de estos careos, ocurrió un inciden-

Formuladas las acusaciones, oídos los descargos, y admitidas las defensas, el Tribunal, adhiriéndose al dictámen del ministerio fiscal, pronunció los siguientes fallos que iremos estractando, por el orden que guardan en la conclusion de la causa.

Benito Soto, convicto, mediante las averiguaciones legales que fueron practicadas, y por el unánime testimonio de todos los tripulantes del DEFENSOR DE PEDRO, de sus odiosos delitos: resultando haber sido principal cabeza en la rebelion y alzamiento del bergantin, con efusion de sangre; gefe de piratas; asesino alevoso muchas veces, como autor y cooperador; ordenador de los robos é incendios que se practicaron en los buques saqueados, violando para ello el derecho de gentes, olvidando todo sentimiento de humanidad, arrojándose sin freno y como bestia feroz á tales actos de barbarie; comprendiéndole por tanto las penas señaladas por la Ley 18, tít.º 14, partida 7.ª, y las Leyes 2.ª, tít.º 21, y 9, tít. 15, ambas del Libro 12, de la Novísima Recopilacion; y por lo tocante al delito de sedicion y alzamiento, el Art.º 18, tít.º 4.º, Tratado 5.º, de las Reales ordenanzas de la Armada, cuyo tenor y espíritu le convenia,

te digno de ser mencionado, como prueba de la serenidad que en medio de su desgracia, no abandonaba ni por un solo instante el carácter feroz de los piratas.

El cocinero italiano de la *Morning-Star*, atestiguaba conocer á Nicolás Fernandez, aseverando su declaracion por la ocurrencia que tuvo lugar á bordo de dicho buque, euando aquel quiso dispararle una pistola por haber encontrado en su vaso un pedazo de vidrio. El pirata permaneció callado durante el tiempo que el cocinero estuvo hablando: y al concluir de contar el suceso con todos sus portomenores, se llevó con furia la mano derecha á la boca, dándose en ella un fuerte mordisco, hasta hacer brotar la sangre, exclamando.

—*Home morto non fala.*

En vista de tan incomprensible rasgo de ferocidad, el presidente le amonestò indignado; mas el gallego, sin inmutarse, replicó que trataba de vengar en su mano la generosidad de no haberle dado muerte, en cuyo caso no se hubiera presentado á declarar de tal manera contra él.

fué sentenciado, tan luego como fuese habido, ya por efecto de las reclamaciones hechas al Gobierno de S. M. B., ó de algun otro modo, si los tribunales ingleses lo declarasen indemne por falta de comprobantes para la conviccion de sus delitos é identidad de la persona, á ser arrastrado, ahorcado y descuartizado, y su cabeza colocada en un parage visible á orillas del mar, para público y general escarmiento.

José de los Santos, á quien resultaron probados sus principales delitos, y en su consecuencia incurso en las penas señaladas en los mismos artículos de las Leyes y Reales ordenanzas, que el anterior, fué condenado á la pena de horca, siendo despues descuartizado, y su cabeza puesta igualmente en un parage público y elevado á orillas del mar, para provechosa leccion de cuantos intentaran seguir su criminal egemplo.

Nicolás Fernandez, confirmada hasta un grado excesivo la identidad de su persona, y evacuados los competentes careos, resultó plenamente convicto, por el concurso de los testigos, y las pruebas legales contra él acumuladas; y por tanto debia ser tambien ahorcado y descuartizado, fijándose su cabeza en un público parage á vista del mar, en señal y memoria de un ejemplar castigo.

Antonio de Laida, conocido por el vizcaino, resultando suficientemente convicto de la veracidad de sus cargos, mediante los careos y reconvencciones de los testigos con los cuales fuera confrontado, y comprendiéndole por ello las penas impuestas en las Leyes y Reales ordenanzas ya citadas, fué condenado á la de horca, y su cabeza cortada y puesta en un lugar visible á orillas del mar, para hacer memorable y provechoso este acto de justicia.

Victor Saint-Cir de Barbazan, convicto y confeso de los delitos de sublevacion á mano armada contra sus legítimos gefes, y piratería, por los cuales le comprenden las penas espresadas, fué sentenciado, con arreglo á lo que dichas Leyes previenen, á ser ahorcado, y su cabeza puesta en una alta percha á orillas del mar.

Guillermo Teto, confeso igualmente de los principales hechos que se le imputaron, aunque discordante solo en algunas circunstancias que no variaban su esencia, por lo cual, aparecia convencido con los testimonios y comprobantes que ecsije la ley para la perfecta justificacion de aquellos; y considerándolo incurso en las mismas penas, si bien con circunstancias menos agravantes, le fué sentenciada simplemente la pena de horca, en espiacion de sus delitos.

Federico Larrendu, convicto y confeso en grado suficiente, se hallaba en igual caso que el anterior, y como él debia ser ahorcado en satisfaccion de sus crímenes.

Nuño Pereira, apesar de aparecer hasta cierto punto disidente, como lo probaba su fuga del bergantin en el puerto de la Coruña; sin embargo, hallándose convicto del delito de sublevacion con mano armada á bordo del DEFENSOR DE PEDRO, apropiándose con sus compañeros este buque, para dedicarse al execrable ejercicio de la piratería; y alcanzándole por ello las penas ya citadas, fué sentenciado á la de horca, en justo desagravio de sus crímenes.

Francisco Gouvin, convicto, y probado que fué una de las cabezas de sedicion cuando se alzaron con el bergantin en la costa de Mina, tambien debia corresponderle, y se le dictó, sentencia de ser ahorcado.

Pedro Antonio de Ulaoza, despues de ampliadas las diligencias por inconfesion y oscuridad en las pruebas,

resultó finalmente convicto de sus cargos, y como tal sentenciado á sufrir igual suerte que sus anteriores compañeros.

Domingo Herraéz, por otro nombre Cayetano Freire, apareciendo convicto y confeso de haber asistido á la mayor parte de los abordages y saqueos, dando muerte alevosa por su mano á una inocente criatura en el de la fragata *Morning-Star*, y á varios marineros americanos en la barca *Topacio*, sin que pudieran valerle las excusas que alegaba de obediencia y temor, fué condenado á horca en castigo de sus maldades.

Por último, Joaquin Francisco Muro, convicto de la acusacion contra él formulada por robos y asesinatos, hechos que le hacian incurrir en el caso que previenen los títulos de que se ha hecho mérito, fué sentenciado á igual pena, en satisfaccion de sus delitos.

El piloto Manuel Antonio Rodriguez, apareciendo que despues de haber sido forzado por los piratas á prestar su ministerio, sufriendo ultrages y violencias con laudable resignacion, concluyó por adherirse á sus intentos, seducido por el aliciente del interés; y por tanto, considerándolo convicto del delito de aucsiliador de aquellos, para la introduccion fraudulenta en la Coruña de los efectos robados, aunque despues tratara de atenuar su culpa con una delacion; teniendo por otra parte en cuenta acciones que acreditaban su simulacion, inconsecuencia, y esperanzas de participar del fruto de tantas perversidades, olvidando los rectos principios que antes rigieran su conducta; atendiendo á lo que espresa la ley de las partidas citadas que habla de los robadores de mar, y á lo prevenido en los juzgados militares sobre aquellos que los aucsilien, (Tomo 3.º, art.º 523, hasta el 530), conciliando su espíritu con las circunstancias

particulares del acusado, y la equitativa proporcion en que está basada la recta administracion de justicia, fué condenado á la pena extraordinaria de diez años de presidio, en el llamado de las Cuatro Torres.

Respecto al resto de los piratas entre los que se contaban Manuel José de Freitas, José Antonio de Silva, Noël Goudron, Francisco Vivien, conocido por el Perroquet, José Martin, Cayetano Sanchez, y el mallorquin, quedaron sentenciados á sufrir la condena de mas ó menos años de presidio, segun los atenuantes que concurrieron á librarlos de la imposicion de la última pena; pero debiendo presenciár todos ellos en un lugar apropiado, las ejecuciones de sus menos afortunados compañeros.

Finalmente, Manuel Crullá, por apodo el mabonés, fué sentenciado á muerte en rebeldia: y el negrito Joaquin Palabra, á cuyas sencillas y verídicas declaraciones se debió en gran parte el esclarecimiento de los hechos mas notables, fué entregado al Cónsul de Portugal para que lo remitiese á Rio Janeiro, volviendo por este medio al poder de su primitivo dueño.

Estas fueron las sentencias que en una de las causas mas horrorosamente célebres en los fastos judiciales, fueron dictadas por el Tribunal de guerra y estrangería de la plaza de Cádiz.

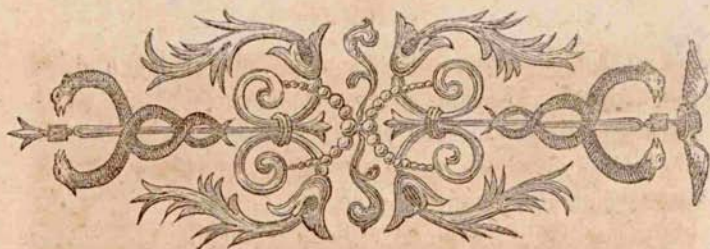
Notificadas que fueron á los reos, produjo en ellos diversas y estrañas sensaciones pero que sin embargo,; estaban en armonía con el carácter de cada cual. Santos, Fernandez, y Laida, las escucharon pintándose en sus fisonomías una marcada espresion de ferocidad. Barbazan, Teto, y Larrendu, con notable resignacion reflejada en sereno é impasible rostro. Los demás acusados, la mayor parte portugueses, oyeron su sentencia

de muerte con notable desfallecimiento, echando algunos gemidos y exclamaciones, principalmente Nuño Pereira, el cual no cesaba de lamentarse de la adversidad de su suerte.

Llenada esta triste y dolorosa formalidad, se designaron los días, y se tomaron las medidas necesarias para llevar á cabo las ejecuciones.

Aquí acaba la obra humana, y comienza la divina.





CAPÍTULO XVIII.

ODIA EL DELITO.

Eran las nueve de la mañana del día 13 de Enero de 1830.

Una imperceptible brisa glacial del N. O. hacia rodar con lentitud por la bóveda del firmamento espesas nubes de un color de ceniza, que envolvían la ciudad de Cádiz en una media tinta oscura. La mar, cuyas aguas verdosas ondulaban pesadamente, semejando los rizos de un inmenso lago de aceite, empujaba contra la muralla que se extiende por la parte del S. olas enanas, que apenas dejaban percibir un sordo é imponente bramido.

El fatídico silencio de la naturaleza, la quietud de los elementos, estaban en perfecta armonía con la pavorosa calma que reinaba en la ciudad. Y sin embargo, sus calles se veían llenas de gentes de todas edades, sexos y condiciones, que marchaban con la cabeza inclinada hácia el suelo, el paso rápido, y la mirada doliente, en dirección á la Puerta de Tierra.

De vez en cuando dejábase oír en medio del religioso estupor de la multitud, el agudo sonido de una campanilla, y luego una voz plañidera que decía con lúgubre acento.

—Para hacer bien por las almas de los pobres que van á ajusticiar!

Entónces la muchedumbre hacia un imperceptible movimiento de espanto; se detenía un breve instante; exhalaba un suspiro, y luego continuaba su marcha sin proferir una sola palabra.

Hubiérase dicho al ver tan tétrica procesion, que todos los habitantes de Cádiz huían de sus casas contaminadas con la peste, ó próximas á ser tragadas por el mar, si todos los balcones no se vieran coronados de gente, y si en el campo llamado de Capuchinos, y muy principalmente en la estension de terreno que media desde la cárcel hasta las casas del barrio de Santa Maria, no se observaran numerosos y apiñados grupos de pueblo, los cuales permanecían tranquilos y á la espectacion de algun grave acontecimiento, dirijiendo inquietas miradas sobre las puertas del asilo del crimen, que continuaban cerradas, y custodiadas por piquetes de caballería, infantería, y artillería de marina.

Detrás de aquellas ferradas puertas, cuya sombría perspectiva helaba la sangre en las venas de cuantos espectadores las contemplaban silenciosos, vamos á tras-

ladar á nuestros lectores, para hacerles asistir á la penúltima escena del drama que compusiera la borrascosa vida de un hombre, á quien la fatalidad marcó al nacer con el sello del infortunio.

.

En un reducido calabozo iluminado por un ténue rayo de luz, que penetraba al través de los hierros de una pequeña ventana abierta á pocas pulgadas de su techo, y por la rojiza y amortiguada claridad que despedían dos velas de cera puestas al lado de un crucifijo, mirábase á un anciano religioso, y á un jóven que vestía el traje de marinero.

Los ojos del sacerdote brotaban lágrimas que corrian hilo á hilo por sus pálidas mejillas: su cuerpo desfallecido, habia necesidad del apoyo que le prestaba el jóven, sobre cuya espalda tenia puesta una mano, para mantenerse con firmeza en el banco que le servia de asiento.

El marinero se habia arrodillado á sus pies, y dirijia por intervalos su mirada, ora al cielo, que contemplaba en éxtasis religioso, ora al rostro del anciano confesor, examinándole con una espresion de dulce calma, y tierna solicitud.

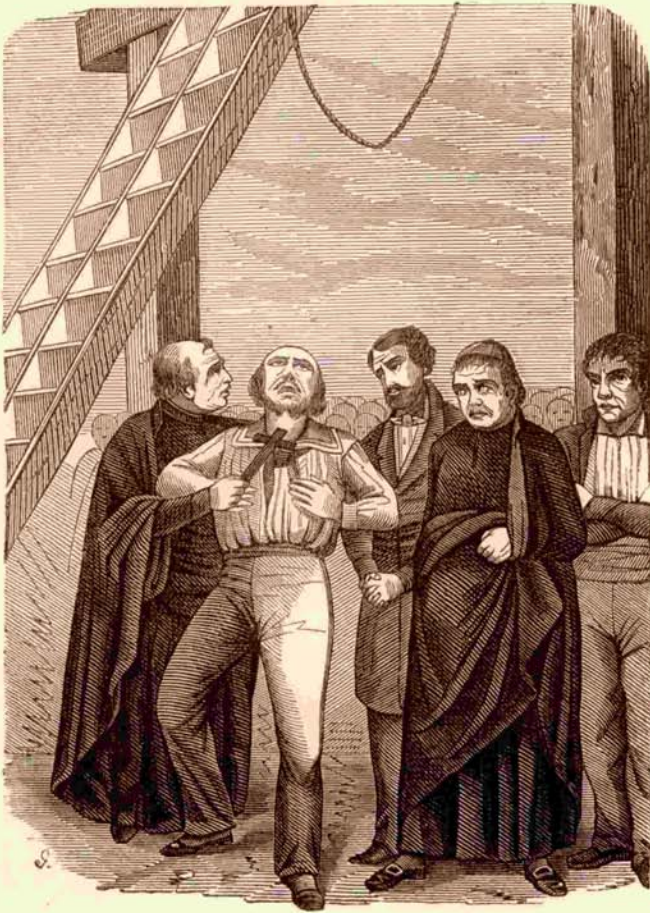
Cualquiera que los viese en aquella situacion, hubie-
ra creido seguramente que el sacerdote era el reo, y
el reo el sacerdote.

—Padre,—esclamaba con acento tranquilo, pero vi-
brando, al partir de lo mas hondo de su pecho;—no
me compadezcáis en esta vida: compadecedme en la otra.

—¿En la otra?

—Sí: porque si soy muy feliz al abandonar este
suelo de miserias, tiemblo al salvar las puertas de la
eternidad.

—La misericordia de Dios es inmensa.



Observaron todos con sorpresa que llevándose ambas manos al pecho, como intentando hacer un supremo esfuerzo, comenzó a cantar.

—Oh! si: muy grande es la misericordia de Dios; mas temo no haber sufrido y llorado bastante mis crímenes para merecer su perdon.... Oigo allá en el cielo la voz de dos ángeles que le ruegan por mi continuamente; pero tambien escucho los gemidos de mis víctimas que piden justicia contra su verdugo, y tal vez sus gritos lastimeros, ahoguen la plegaria de mis intercesores.

—Hijo;—replicó el sacerdote estrechándole contra su pecho;—tus víctimas, al morir, dejaron en la tierra, con el cuerpo, las pasiones y debilidades que manchan la existencia; y sus almas volaron puras al seno de Dios, donde solo se escuchan acentos de piedad.... ¡Jesucristo, al espirar, pidió perdon para los que le crucificaban!

—¡Teneis razon!—esclamó el penitente, enjugándose el llanto que brotaba de sus ojos.

—Valor, hijo mio, valor!—continuó aquel varon justo, —Un minuto de verdadera y ferviente contricion, purga una vida entera de crímenes!... Una lágrima de sentido arrepentimiento, borra las huellas de sangre que puedan manchar la blanca túnica bajo cuyos pliegues se oculta el alma de la criatura!... Aquel que murió en la cruz, todo lo sufrió por nuestros pecados; duro peso que tomó sobre sus hombros, para que el Eterno nos perdonase, si su infinita misericordia necesitara de tan cruento sacrificio, para perdonar las debilidades de sus criaturas.

—Habladme siempre asi, padre! Decidme que el Supremo Hacedor no ha marcado mi frente con el sello de los réprobos.... que mi arrepentimiento y mi suplicio no serán perdidos.... y que podré mirar sin sonrojarme la faz de ese Dios de bondad, á cuya vista solo podrán callar mis remordimientos.

—Si, hijo mio; esperanza! esperanza en la otra vida!

—Decís bien, padre; porque en esta....

—Ah!—esclamó el sacerdote estremeciéndose;—¿recuerdas el cadalso, y el oprobio que vá á manchar tu nombre? ¡Infeliz!

—No, padre; no es el cadalso: es mi conciencia la que me hace avergonzarme.... Oh! ¡quién pudiera subir á él inocente!... ¡cómo lo bendeciría mi corazón con mayor fé que ahora lo bendigo!

—Hijo: tu razón se estravía.

—No, padre, no. Siempre que mi muerte no fuera el último crimen, yo estrecharía la mano que me la dá con justicia.... Debo, necesito morir, para cumplir la recta ley de una expiación terrible, y para poner término de una vez á los dolores que destrozan mi existencia.... Si ella se prolongase algunos años mas, creería que el cielo no se apiadaba de mí, ni estaba satisfecho de mi contrición.... Con la muerte, veo que está llena la medida de mis iniquidades... Dios no quiere que yo sufra mas en esta vida; pero ¿querrá que se continúen mis tormentos en la otra?

—No desmayes, hijo mio. El te perdona como yo te perdono; como te perdonaron los desgraciados que tu mano sepultó en la tumba.

—Así debe ser, porque siento mi pecho abrirse á la esperanza!... Distingo perfectamente dos voces que me llaman... Veo entre un coro de ángeles á mi madre y á Amelia que sonríen con inefable ternura, y me tienden sus blancas manos para subir hasta las gradas del trono del Altísimo.

—Hijo,—repuso el sacerdote con acento de dulce reconvención;—piensa solo en Dios, y dá al olvido esas ideas que intentan todavía ligarte con la tierra!

—¿Qué decís, padre? ¿qué lazo puede sugetarme aquí, cuando todas mis esperanzas están cifradas en el cielo?...

¿Ignorais que si en mi ánimo hubiera tenido cabida el temor, que si la vida me pudiera aun ofrecer el menor atractivo, me habria sido fácil arrebatár mi cabeza de las manos del verdugo, huyendo con nuestro gefe, cuando nos prendieron?... Pero ¡cómo habia de procurar mi salvacion, si esta debiera ser mi verdadero suplicio, mientras que la muerte me entreabrirá las puertas de una nueva vida!... No, padre, no: ningun lazo me une á este suelo; y si por mi imaginacion cruza el recuerdo de aquellos dos seres á quienes tanto amé, es porque ambos están en la gloria, y son ángeles que gozan de la bienaventuranza.

Los dos interlocutores guardaron silencio. El sacerdote lloraba estrechando contra su pecho aquella jóven y hermosa cabeza, que dentro de breves instantes habia de verse horriblemente desfigurada por el espantoso suplicio que la estaba destinado. El jóven no derramaba una sola lágrima; antes bien sonreía con una espresion de inefable béatitud, cual si empezara á disfrutar, desde el oscuro calabozo donde se miraba encerrado, la felicidad eterna que gozan en el cielo los elegidos de Dios. Su alma, purificada por la oracion y la penitencia, sentia desatarse lentamente las ligaduras que le sujetaban á su cuerpo; y creyéndose ya reconciliada con su Creador, llena de fé y esperanza en las promesas del apóstol que le acompañaba en su última hora de agonía, daba al olvido su pasado, y solo se fijaba en el presente, porque se consideraba próxima á subir al Empireo.

Espantosa era en verdad la puerta por donde debia penetrar en el asilo celestial de la paz y del descanso; mas ¿qué le podia importar el oprobio del patíbulo, y el dolor de su suplicio, si uno y otro eran el pacto de su alianza con el Señor? ¿qué, la horrible muerte, en

lo mas florido de su juventud? ¿qué, el porvenir de ventura que pudierá prometerse todavia en el mundo, ante la perspectiva de una nueva, eterna, y bienaventurada existencia, donde no le esperaban ni lágrimas ni dolores, y donde creia con ardiente fé, encontrar á las prendas mas caras de su corazon?

Dichosa conformidad, dulce consuelo que se nutre en manantial de inagotable amor, mas puro que las aguas de cristalina fuente. ¿De dónde nace? ¿dónde está su origen? Examinémosle.

¡Santa y divina religion cristiana! ¿Quién sino tú, puede infundir en las entrañas del hombre, ese aliento, ese valor, no resigado, sino entusiasta, al abandonar la vida, cuando el infeliz mortal cree que con este inmenso sacrificio borra sus culpas, sirve de saludable ejemplo á sus hermanos, y sube immaculado, con la absolucion del sacerdote, hasta sentarse á la diestra mano del Omnipotente?

El hombre mas impío y desalmado; el asesino manchado de sangre, cuando llega á tornarse en reo contrito, y próximo ya al cadalso afrentoso, saborea el balsamo consolador de la fé y de la esperanza; y no cuenta con terror los minutos que le restan de vida, sino los instantes que tardará en gozar de la presencia de Dios.

Pero estas reflexiones han distraido por un momento nuestra atencion de la causa que las motivara. Tornemos á fijarla en ella.

El confesor acababa de absolver á su penitente, cuando este, despues de un corto intervalo de recogimiento, reanudó el hilo de la interrumpida conversacion, diciendo.

—Padre; un favor tengo que pedir, y espero me lo concedais, porque será el último.

—Habla, hijo mio.—contestó el sacerdote visiblemente conmovido.

—Tengo una letra endosada á mi orden contra un comerciante de Gibraltar, por valor de diez mil duros, y he dispuesto de esta suma. ¿Quereis ser mi albacea testamentario?

—Con mucho gusto; pero ¿esa cantidad te pertenece legalmente, ó corresponde á lo que has adquirido....

—Si señor:—replicó el reo adivinando los escrúpulos del director espiritual;—esa suma es robada.

—En ese caso, ¿cómo quieres disponer de ella?

—Puedo hacerlo, porque no es en favor de ningun particular: la cedo á los establecimientos de beneficencia, puesto que ellos únicamente pudieran disfrutar de este don, ignorándose, ó siendo por lo menos muy difícil de averiguar quienes sean sus verdaderos dueños.

—Dices bien: en conciencia es la única aplicacion que pueda dársele.

—Mas al hacer esta cesion, deseo reservarme una quinta parte para un especial legado. ¿Puedo hacerlo?

—Segun lo que sea.

—Es para una obra de caridad.

—No veo en ello inconveniente; ¿y cuál es?

—Que se entreguen esos dos mil duros á los dos jóvenes que se amen con mas ternura, si se viesen imposibilitados de unirse ante el altar, por falta de recursos pecuniarios. Esa suma los puede hacer felices: ¿no es verdad?

—Ciertamente; mas veo un misterio....

—Ese misterio encierra una historia escrita con sangre: esa historia, padre, es la mia.

—No la quiero saber... y te compadezco.

—¿Estais dispuesto á cumplir mi última voluntad?

—Si.

—Pues tomad: aquí teneis la letra con mi firma en blanco: á ella acompañan estas dos cartas que acreditan el donativo.

Y el reo sacó de su pecho unos papeles cuidadosamente doblados, que entregó al sacerdote. Este los pasó por la vista y leyó lo siguiente.

«Señor D. Anselmo Yegros.

«Muy señor mio, y de mi mayor veneracion: en la
«imposibilidad de restituir á sus legítimos poseedores el
«importe de la adjunta letra sobre Gibraltar, valor de
«diez mil pesos fuertes, es mi única y postrera voluntad,
«adjudique V. las cuatro quintas partes de ella, á los
«establecimientos de beneficencia que existen en esta ciu-
«dad de Cádiz, con encargo de que rueguen á Dios por
«el alma de vuestro

«Saint-Cir Barbazan Lafont.»

La otra carta estaba concebida en estos lacónicos, aunque significativos términos.

«Segun sea el destino de la criatura, así el amor
«puede conducirla á una vida de placer, ó á una muerte
«de ignominia: á mí me hizo desgraciado: que á otros
«haga felices.

«Sírvasse V. entregar dos mil pesos fuertes en clase
«de donativo, á los dos jóvenes que deseando unir en
«tierno lazo sus amantes corazones, no pudiesen labrar
«su dicha por falta de medios para efectuarlo.»

No bien el sacerdote hubo terminado su lectura con los ojos bañados en lágrimas, cuando el ruido que produjo un manojo de llaves, y un cerrojo que se des-

corria rechinando entre sus argollas, le hizo levantar la vista.

Abrióse la puerta, y penetraron en el calabozo dos hermanos de la caridad, el verdugo, y su ayudante.

Al ver la siniestra faz del ejecutor de la justicia humana, el religioso se puso en pié, presa de un estremecimiento convulsivo.

El reo se incorporó tambien; mas en vez de temblar, dibujóse en su hermosa fisonomía una placentera sonrisa; alzó las manos cruzadas, y la vista al cielo, exclamando con el gozo y alegría propias de un mártir.

—Gracias, Dios mio!... ¡gracias!

Entretanto, el verdugo se habia adelantado, trayendo entre sus manos el gorro y la hopa: mas el sacerdote, al verlo llegar, exhaló un grito de espanto, y obedeciendo á un sentimiento natural de piedad y compasion, que le hizo olvidar por un instante el triste deber de su ministerio, se arrojó en brazos del reo á quien cubrió con su cuerpo, exclamando con angustiado acento.

—Hijo mio! ¡te van á matar! ¡ven; ocúltate en mi pecho!

—Padre!—replicó el reo, desprendiéndose con suavidad de los brazos del religioso;—me sobra valor! ¿es posible que os falte á vos? Ah! no intentéis retardar ni un minuto la hora de mi felicidad! Dejad que suba á ese cielo que me habeis pintado con colores tan brillantes!

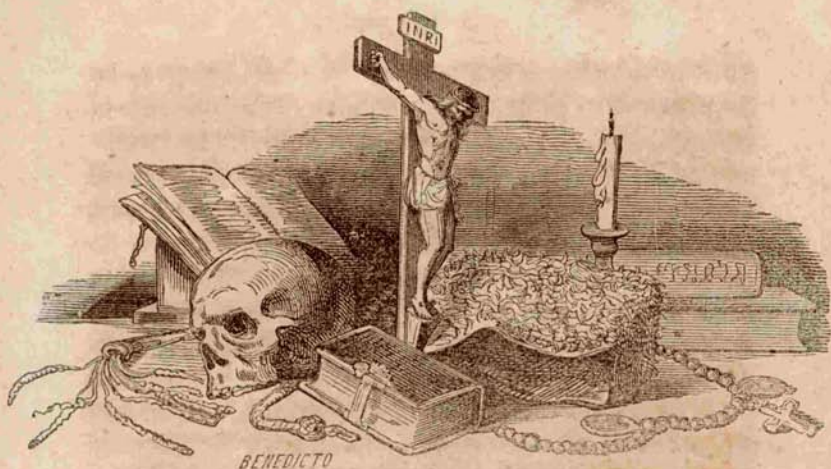
El sacerdote, visiblemente conmovido, volvió el rostro, y se retiró silencioso á un apartado rincon para ocultar su amargo llanto.

Los hermanos de la Caridad, afectados como no podia menos de suceder, á la vista de aquella tan tierna escena, se vieron sin embargo precisados á cumplir,

ahogando los sollozos que se escapaban de sus humanos corazones, la penosa y fraternal obligacion que les imponia el mas noble de los sacrificios. En su consecuencia, se pusieron al lado del reo, y ayudaron al verdugo á vestirle la hoga.

Poco tiempo despues, el calabozo quedó desierto.





CAPÍTULO XIX.

COMPADECE AL DELINCUENTE.

Un inmenso gentío acudía por todas las calles inmediatas á la gran plaza que da vista á las magníficas y bien construidas fortificaciones, las cuales sirven de formidable defensa á la ciudad de Cádiz por la parte de tierra.

De vez en cuando, y autes de llegar al primer puente levadizo, todos los que componían aquel humano cordon, cuidaban de volver la vista con ávida impaciencia hácia la derecha, como inquiriendo alguna novedad que se

hiciese ya de esperar al general deseo; pero sin duda la que buscaban no se ofrecía á los ojos de los miles de curiosos, porque bien pronto se les veía tornar á seguir su ya trazada ruta, apiñándose, moviéndose y ensanchándose luego en cortos intervalos, segun lo permitian los caminos, rampas, y puentes, que corren atravesando los anchos fosos de aquella triple coraza de granito, hasta llegar al glácis que da frente al paseo de San José. Allí se detenian un momento para tomar una estrecha cortadura que se inclina por la parte de la izquierda, casi paralela á las murallas, y al corto rato, salvada una pequeña prominencia del terreno, encontrábanse en el sitio que aun hoy es conocido por Punta de la Vaca.

¡Difícil de describir es en verdad el espectáculo que entónces se ofrecía á los ojos de la multitud!

En el centro de un gran cuadro formado por diversas tropas, se alzaban las repugnantes figuras de dos altas horcas, dominando el murallon que mira al mar, y desde el cual se divisa perfectamente toda la estension de la bahía desde la bateria de S. Felipe hasta el castillo de Puntales. Ocupando este espacio y sobre un mar tranquilo y sosegado, se hallaban diseminadas en forma de semicírculos, infinidad de lanchas, montadas por las tripulaciones de todos los buques mercantes y de guerra que se hallaban anclados no tan solo en el puerto, sino tambien en el fondeadero de la Carraca. Agréguese á esto, por último, la animacion que prestaba el numeroso pueblo que ocupara desde muy temprano todas las avenidas, y cuyas masas iban engrosándose progresivamente, y se tendrá una idea, aunque imperfecta, de la imponente perspectiva que se desarrollaba á la vista del curioso observador.

De pronto, un sordo murmullo que no tardó en con-

vertirse en clamor general, se alzó de todas partes en aquel vasto campo. Cuando la calma fué restableciéndose gradualmente, pasada la impresion que motivara un instintivo desahogo, se dejó oír con toda claridad el sordo y lúgubre son de una destemplada caja que iba acercándose poco á poco al lugar donde debieran tener efecto las ejecuciones.

Al poco tiempo las filas se abrieron, y penetraron en el cuadro los reos en número de seis, acompañados de sacerdotes y hermanos de la caridad, que debían prestarles hasta el último momento, los auxilios espirituales. Detrás de ellos venían otros siete, cargados de grillos; cerrando la marcha de esta fúnebre comitiva, un piquete respetable que la custodiaba.

Al encontrarse aquellos desgraciados frente á frente del instrumento que muy luego debía servirles de suplicio, y al recordar que allí habian dejado de ecsistir el día anterior los cinco que faltaban, se les vió perder algo de su pasmosa serenidad, obedeciendo sin duda á una secreta sensacion de terror; mas repuestos en breve, recobraron su perdida calma, y el valor volvió á mostrarse en todo su apogeo, para no abandonarlos sino con la vida.

En esta reaccion tuvo no pequeña parte Federico Larrendu, quien al ver desmayar el ánimo de sus compañeros, exclamó con voz clara y sonora en tono de agridulee reconvenccion.

—Qué es esto?... ¡temblais!... Ah! ¿no tuvisteis valor para llevar á cabo vuestros inicuos crímenes? ¡pues tened corazon para espíarlos! (*)

Al concluir de pronunciar aquellas frases que tan

(*) Histórico.

vigoroso efecto produjeron en el ánimo de las personas á quienes iban dirigidas, el momento fatal habia llegado. Era preciso comenzar por una víctima aquel terrible acto de espiacion, y Larrendu se ofreció gustoso el primero, sin duda para inspirar mayor fé y ardimiento á los que irremisiblemente debian subir tras él, las gradas del patíbulo.

Adelantóse, pues, no sin despedirse con la mayor afabilidad de sus compañeros y de cuantas personas le rodeaban, y se dirigió resuelto al pié de la escalera.

Llegado allí, y terminada su reconciliacion, observaron todos con sorpresa que llevándose ambas manos al pecho, como intentando hacer un supremo esfuerzo, comenzó á cantar una cancion francesa dirigida á las agonias de Jesucristo en la cruz, y cuya letra principia así.

«Oh, bon Jesu, font d' amour, source de charité.....

Un arranque de ardiente fé, ó un raptó de demencia ocasionada por la fiebre, inspiró sin duda á aquel desgraciado esta estraña manifestacion, que en momento tan solemne podia muy bien ser interpretada por la multitud de otra manera, como en efecto lo fué. (*)

Sin embargo, poco tiempo duró aquel incomprendible alarde de religiosidad ó de indiferencia. El reo, dócil á las exhortaciones del sacerdote que le auxiliaba, calló; subió sumiso, pero con paso firme los escalones; besó la mano del verdugo en el momento de sujetarle este el

(*) D. Anselmo Yegros, en una memoria escrita por él mismo, protesta de una manera solemne contra la falsa creencia que circuló entre la mayoría de los circunstantes, algunos de los cuales aseguraban haber oído en boca del pirata, las palabras de una cancion francesa modelo de cinismo, y que empieza así.

«A la fin, á la fin, tout est rien.



Cualquiera que los viese en aquella situación, hubiera creído seguramente que el sacerdote era el reo, y el reo el sacerdote.

dogal al cuello, y al corto rato su cuerpo descendia por los aires, mientras su alma volaba á la mansion celeste. (*)

Seguidamente, el ejecutor de las justicias, continuó ejerciendo su bárbaro y repugnante oficio, cortando los hilos de otras cuatro vidas, en intervalos iguales, que el pueblo cuidaba de marcar con gritos, en los cuales se mezclaban el horror y la compasion.

Una quedaba aun; pero una vida que apenas prestaba aliento al cuerpo de Victor Barbazan.

Empero no era falta de valor lo que se observaba en su afligido semblante. Era por una parte el gusano roedor de la vergüenza; por otra, el rubor del oprobio y la deshonra; por todo, la contricion mas sincera de sus crímenes.

Si alguna duda pudiera aun cabernos, bastaria á disiparla por completo un incidente que ocurrió en el instante de subir al patíbulo.

El verdugo, notando su aparente desfallecimiento, le ofreció una mano para que le sirviese de apoyo en su fatal ascenso; mas el reo, recobrando instantáneamente nuevas fuerzas, reusó aquella sarcástica atencion, diciendo.

—Gracias! estoy acostumbrado á subir las escalas de á bordo, que presentan mas dificultades que esta. (*)

Y volviéndose á cuantos se hallaban cerca de él, los abrazó á todos, encargándoles rogasen á Dios por su alma. Despues, subió con ánimo tranquilo y confiado, para dejar bien pronto de existir.

Terminadas las ejecuciones, se retiraron para cumplir

(*) Llegó á tal extremo el arrepentimiento y contricion de Larendu, que su confesor asegura *in verbo sacerdotis*, que se salvó de la muerte eterna.

(*) Histórico.

sus condenas, los piratas que por disposicion del Tribunal las presenciarian.


Acto continuo se abrió el cuadro, dando paso á las apiñadas masas, compuestas en su mayoria de gente de mar, que ansiaban contemplar de cerca el imponente castigo que se ofrecia á su vista.

La vindicta pública habia quedado satisfecha. Los delinquentes pagaron con las vidas sus feroces atentados.


¿Son dignos de compasion?... Ah! sí: compadezcámoslos, porque en ellos hubo verdadero arrepentimiento.

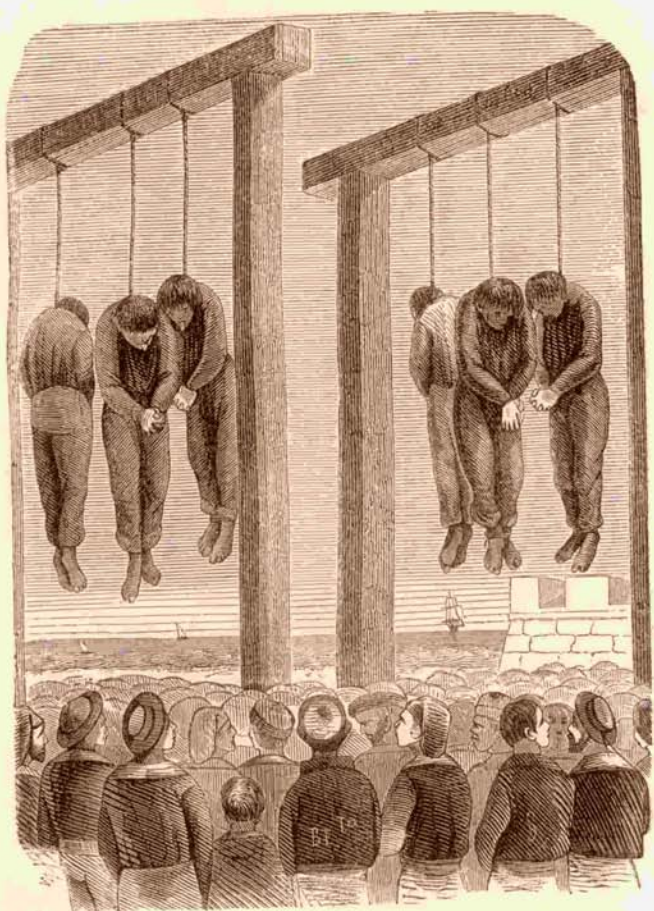
Y entonces, cuando el juicio del hombre, en uso de un sagrado derecho, castiga matando, el de Dios absuelve, abriendo las puertas á otra nueva vida.

Si la espiacion fué buena, ¡que Dios haya tenido piedad de sus almas!



Fin de la Novela.





Acto continuo se abrió el cuadro, dando paso á apiñadas masas, compuestas en su mayoría de gente de mar, que ansiaban contemplar de cerca el imponente castigo que se ofrecía á su vista.

EPÍLOGO. (*)

I.

Estamos en Gibraltar y á 20 de Enero; esto es, ocho dias despues de los terribles castigos que presenciara todo un pueblo en cabeza de once grandes criminales, para desagraviar como era justo, las leyes torpemente holladas, la sociedad vilmente escarnecida.

Son las once de la mañana, y un Jurado, compuesto del Ecmo. Sr. Jorge Don, Teniente Gobernador de la Plaza, del Baron Field, Juez de Côte, del Caballero Esteban Remnat Chapman, Secretario Civil, del Capitan del Puerto Mr. William Sweetland, y del oficial Sir Tho-

(*) Tomado en su mayor parte de la relacion histórica que aparece en unos apuntes publicados en Lóndres á 8 de Abril de 1830, los cuales siendo contemporáneos de estos sucesos, pueden reputarse por verídicos.

mas Fellows, ambos de la Marina Real, toman posesion de una de las salas de la casa de Córtes, con objeto de juzgar á un hombre, acusado de ofensas y faltas graves cometidas en alta mar.

Todo está dispuesto: los Jueces ocupan sus asientos respectivos, y entra el reo seguido de una fuerte escolta de soldados.

Aquel hombre nos es conocido: su espeso bigote, poblada barba, y largo cabello, desaparecieron con el estudiado objeto de alterar en lo posible los rasgos siempre característicos de su singular fisonomia. ¡Vano empeño! Aunque otra cosa no fuese, el arrugado entrecejo y altiva mirada que le era imposible modificar, nos hubiera hecho recordar al instante la siniestra figura de Benito Soto.

Benito Soto, pues, al presentarse á sus Jueces, tomó un aire de erguida indiferencia; se cruzó de brazos, y esperó altanero, á que le interrogasen, resuelto á negar.

Leida la acusacion, con todos los cargos, fué apoyada aquella, y estos esplanados, por el fiscal de la corona, Mr. Shea, quien se estendió en hacer una prolija relacion de todos los actos criminales, de los cuales habia sido origen ó partícipe, el gefe de los piratas.

En comprobacion de ellos fueron llamados los testigos, penetrando el primero en la sala, el mayordomo de la fragata inglesa *Morning-Star*, quien declaró bajo juramento, que el reo tenia todas las formas y apariencia personal del que mandaba el bergantin que cometiera aquel ultraje con su buque.

Seguidamente apareció el pilotin de dicha fragata llamado Andrés Beyerman, el cual manifestó, corroborando la anterior declaracion, que Benito Soto era el mismo que durante el saqueo habia estado á bordo del pirata

dando órdenes con una bocina, en calidad de gefe de aquellos bandidos; y aseguró tambien que una daga, y otros varios efectos que se encontraron en poder del acusado, eran todos pertenecientes á los pasajeros de la fragata; cuyas disposiciones fueron confrontadas y aseguradas por los testigos Rushby y Colding, contra maestre el primero, y sargento de cuartel, pasajero, el segundo, que hicieron comparecer al efecto.

Tambien entró por disposicion del Jurado, un tabernero establecido en el mismo Gibraltar, llamado Basso, el cual juró que el preso que allí se hallaba era la misma persona que en el mes de Mayo de 1829 se habia hospedado en su casa, diciéndose procedente de la plaza de Cádiz: que poco tiempo despues se marchó, ignorando cual fuese su destino; y que habiendo nuevamente regresado, volvió por segunda vez á ocupar el mismo alojamiento, dando á entender que durante su ausencia habia permanecido en Málaga.

En armonía con lo dicho por el tabernero, se presentó una criada á declarar que ella encontró la daga puesta allí de manifiesto, debajo de la almohada, en la propia cama de Benito Soto; reconociendo además, el baul y otras prendas que se le presentaron.

Apesar de que la causa reunía sobrados materiales y datos para comprobar la identidad de la persona, y venir en conocimiento de la certeza de los méritos que la hacian reo, las autoridades de Gibraltar, sin embargo, solicitaron y obtuvieron de las de Cádiz la concurrencia al acto del juicio, de un cabo de la matrícula de mar de dicha plaza, y de un comerciante de efectos navales de la misma, á fin de que declarasen lo que les constara, acerca de la permanencia del acusado en aquel punto.

Así se realizó, y ambos testigos, penetrando en la sala del Jurado, convinieron en que efectivamente el reo que tenían delante, era el mismo que habían visto y conocido en Cádiz, con quien dicho comerciante trató y concertó comprarle el buque náufrago, por la cantidad de mil pesos fuertes.

En tal estado, y estimándose ya suficientes las diligencias practicadas para el objeto de la convocacion del tribunal, se dispuso intimar al procesado, á que alegase cuantas razones creyera convenientes á su defensa, esponiendo los hechos de la manera que creyese mas propia, á desvirtuar los graves cargos que se le acababan de hacer por el fiscal de la corona.

Benito Soto, obtenida esta venia, y levantando su frente con la mayor frescura é impavidez, dió principio á una relacion en extremo incoherente, sin ofrecer las menores justificaciones ni citas con que dar algun viso de verdad, aunque débil, á su pretendida refutacion.

Toda su defensa se redujo á hacer creer que desde la Coruña á Cádiz habia venido en el bergantin nombrado DEFENSOR DE PEDRO, con la esperanza de ocupar la plaza de piloto en un buque que habia de comprar un amigo suyo, segun los ofrecimientos que este le hiciera; pero aun esto, sin dar otras pruebas que su simple relacion, y concretándose á negar con el mayor descaro todo aquello que por estar plenamente probado, no le era fácil desvirtuar.

Largo tiempo se llevó divagando insustancialmente en su tosco language, sin que pudiera formarse una cabal idea de lo que pretendia decir, comprendiéndose solamente su natural deseo de disculparse, y de protestar su inocencia, que fué el término de aquel desaliñado discurso.

Era tal la confusion y aturdimiento de que estaba poseido, ó mas bien el ningun vacio que le dejaba su inquieta conciencia, para ocupar el lugar de la reflexion, y poder presentar en su apoyo aquellos ardides que el pensamiento humano discurre en semejantes casos, para atenuar, cuando menos, una reconocida criminalidad, que el Tribunal, viendo que nada nuevo, ni nada que mereciese tomarse en consideracion, resultaba de cuanto pretendia esponer, cansado, sin duda alguna, de escuchar aquel sin número de sandeces, dió por terminada la defensa, previniendo al reo concluyese su perorata.

Persuadido, pues, el Jurado, de que se habian puesto en juego cuantos medios aconseja la justicia y la razon, y ecsigen las leyes para cerciorarse de la inocencia ó culpabilidad que pueda haber á cualquier desgraciado que gima bajo el peso de una acusacion, y convencido de que todas las circunstancias del proceso hacian creer esto último, despues de recopiladas todas las declaraciones, se retiró á otra sala para acordar el pronunciamiento definitivo de su fallo.

Apenas habrian transcurrido diez minutos, cuando volvió á presentarse calificando á Benito Soto con el veredicto de culpable.

En medio del profundo silencio y estremada ansiedad, propios de un acto tan solemne é imponente, que reinaba en el salon, el Ecmo. Sr. Gobernador general Sir Jorge Don, atendiendo á la calificacion del Jurado, y en uso de las facultades de que estaba revestido, condenó al reo á la pena de muerte.

Una pausa fúnebre se siguió á tan terrible sentencia, que el reo escuchara con la misma firmeza que habia caracterizado su conducta durante la vista de la causa.

Pasada la primera impresion de aquel fatal anuncio, Benito Soto, recuperando su ánimo, si alguna vez hubiera podido menoscabarse, levantó nuevamente su voz, prorrumpiendo en sarcásticos comentarios, acerca de la totalidad del proceso, discurriendo sin concierto con palabras descompuestas que á nada conducian, ni menos podian variar la suerte que tenia ya decretada.

Terminado que fué este desahogo, natural en su brusco y altivo carácter, el reo fué conducido nuevamente á su prision, en la misma forma y con las mismas seguridades que habia venido.

El Tribunal se retiró, despues de diez horas y media que empleó en resolver tan grave asunto.

III.

Sentado en un taburete, los codos apoyados en ambas rodillas, y el rostro oculto entre las manos, mirábase en el rincon de un oscuro encierro, la figura de un hombre nervudo y corpulento.

Distraido en hondas meditaciones, parecia privado de accion, hasta que el ruido que produjera la puerta al abrirse, le obligó á levantar la cabeza.

El que acababa de entrar, era el oficial de la guardia Mr. Oxbery.

Al verlo, hizo el preso un movimiento, sonando sus pesados grillos, y exclamó con acento amistoso.

—Hola! ¿sois vos capitán?

—Yo soy.—respondió con gravedad el oficial, en español inteligible.

—Y qué venis á hacer por aquí?

—Vengo á hacerte presente que las horas vuelan: que desde ayer debes estar dispuesto á morir; y que no parece bien te halles solo, sin un sacerdote que te confiese y consuele en tu triste situacion.

—Es verdad; pero aun me quedan cuatro dias, y sobra tiempo para pensar en esas cosas.

—Desgraciado! ¡miras con esa indiferencia el bálsamo que ha de curar las heridas del alma, cuando debiera ser grande tu remordimiento! ¿por ventura, no temes el eterno castigo á tus infinitos crímenes?

—Crímenes?—repitió Benito Soto, con notoria calma; —No sé qué crímenes haya yo cometido.

—Te obstinas en negar?—dijo el oficial, cruzándose de brazos, y haciendo una ligera inclinacion de cabeza; —Peor para ti; mas nada puede aprovecharte esa tenacidad.

—No señor: ya nada niego, porque comprendo que esto seria inútil.

—En ese caso, ¿por qué te llamas inocente de los delitos que tienes hartos probados.

—No me llamo inocente de esos delitos: lo que digo, y os repetiré cien veces, es que no soy criminal. ¿Habéis entendido?

—Difícil es entenderte.—contestó el oficial, encogiéndose de hombros y permaneciendo un rato pensativo.

El reo volvió á ocupar su primitiva posicion.

Pasado un corto rato de silencio Mr. Oxbery, aguijoneado por la curiosidad, puesto que ansiaba darse cuenta de aquella estraña contradiccion, interpeló de nuevo á su prisionero, diciéndole.

—¿Tú confiesas que has robado y asesinado en alta mar á las tripulaciones de los buques que su mala estrella les hizo caer en tus manos?

—Lo confieso.

—Sin que te hubieran movido á compasion las súplicas y lágrimas de las pobres víctimas?

—Justamente.

—Y acaso, ¿no son estos feroces atentados de aquellos que hacen cien veces criminal al que los comete?

—No señor.

—¡Qué cinismo!—esclamó el capitan, cubriéndose el rostro con las dos manos.

—¿Os asombráis?—preguntó Soto tranquilamente;—Teneis razon: he dicho, no señor; y he debido decir, distingo.

—¿Cómo?—replicó Mr. Oxbery, deseando contemplar hasta donde llegaba la audacia del pirata.

—¿Quereis que os lo explique?

—Si.

—Pues oid la esplicacion, y por Dios que no quisiera incomodaros.

—Habla.

—Digo que esos delitos de que se me ha acusado y que vos mismo me echais en cara en este momento, no me han hecho criminal, porque los he cometido únicamente en cabeza de los perros ingleses.

—Miserable!—esclamó el oficial poniendo mano á la espada, sin poder dominar su indignacion.

—Qué? ¿me vais á matar? es lo único bueno que pudiérais hacer.

Mr. Oxbery, calmado de su arretrato, y comprendiendo lo crítico de su posición para tomar venganza por sí propio de aquel ultraje, al paso que le interesaba descifrar el misterio de un ódio espresado con tanto desembozo, continuó.

—Puedes estar tranquilo; que no trato de hacerte ese favor.... Mas, dime: ¿qué daño te han podido hacer mis compatriotas para que así los aborrezcas?

—Mucho daño!!

—Y por grande que este fuese, ¿hay razon para asesinar cobardemente y lo que es aun mas punible, gozarse en tamañas crueldades.

—¿Y ellos no se gozan en el esterminio de los infelices que sirven, sin mas interés que el premio del trabajo, á un comercio admitido por la necesidad y hasta sancionado por la sabia ley de la naturaleza?

—¿De qué comercio hablas?

—Del comercio de negros.

—Hombre infame! ¿cómo tienes valor de censurar uno de los actos mas nobles y generosos que han enaltecido y enaltecerán siempre el carácter inglés? Ah! Perseguiamos ese tráfico, porque es inhumano; porque es ilícito; porque es contrario á la dignidad del hombre. Hecha esta solemne declaracion, al que lo ejercita, se le castiga.

—Sí; pero castigais matando....

—Cuando se halla resistencia, no hay otro medio.

—Matando, con la misma sangre fria que yo hice pasar á cuchillo á cuantos pude coger á sotavento.

—Calla!

—Y no contentos con tales hazañas, se apoderan

del buque, y lo venden: recógen aquel cargamento que antes era inhumano contrabando, y á título de protección, tambien lo esclavizan.

—Estás equivocado: los declaran libres; y si hacen buena presa del buque que los lleva, es únicamente como estímulo á la persecucion, y para cubrir los inmensos gastos que á la Inglaterra ocasiona el establecimiento de sus numerosos cruceros.

—Bien se conoce que sois inglés! mas vuestros pobres argumentos no bastarán á convencerme. Sé la distancia que media entre el dicho y el hecho; y me consta cuanto hay de positivo en lo que os acabo de asegurar.

—No estoy en el caso de sostener contigo una disertacion sobre esta materia, y por lo tanto ni quiero ni debo replicarte; pero si deseo averiguar qué tiene ella que ver, con el ódio que parece profesas á los ingleses.

—Qué tiene que ver?—repitió Soto, poniéndose de pié no sin dificultad, y abriendo desmesuradamente los ojos;—Yo tenia un hermano á quien adoraba con delirio, porque él era todo para mí en el mundo: valiente, como él solo: honrado, como ninguno. Pues bien, á este hermano, porque servia con fidelidad al dueño del buque que mandaba, me lo asesinaron villanamente vuestros compatriotas. ¿Y sabeis por qué? por despecho de ver frustrada su infèrnal codicia: porque llevaba á bordo ciento noventa negros, y antes que entregarlos candidamente en sus manos, los mandó arrojar al agua.

—Qué horror!

—¿Y no os horroriza el suplicio de mi pobre hermano? Oh! no teneis corazon, y por consiguiente no podeis comprender con qué delicia no hundiria yo mi puñal en el pecho de un inglés, murmurando dulcemente

el nombre de aquel á cuyo recuerdo los inmolaba.

Mr. Oxbery contemplaba atónito aquel semblante de hiena que tenia sus ojos tenazmente enclavados en su rostro, pareciendo, en la feroz expresion que los animaba, que iban de un momento á otro á saltar de la órbita que los contenian.

Ni una sola palabra osó proferir que pudiese ecsaltar mas la bilis del infeliz encarcelado; y solo obedeciendo á la idea que en aquel momento cruzara por su imaginacion, exclamó á media voz.

—Desgraciado! está loco!

Tras una breve pausa, durante la cual Benito Soto pudo recobrar su perdida calma, el oficial comprendió que únicamente le servirian de alivio en aquella situacion desesperada, los santos y consoladores auxilios espirituales. En su consecuencia, volviendo de nuevo al objeto que motivara su entrada en el calabozo, dijo al reo.

—Te hacen mucha falta los consuelos de la religion, y estás perdiendo un tiempo precioso.

—Ya os dije que aun me restan cuatro dias.—replicó el pirata con aire altanero; mas cayendo de pronto en un estado de abatimiento, continuó;—Sin embargo, quiero confesarme: haced que venga un sacerdote.

—Bien; así me gusta. Yo cuidaré que al instante venga uno que es católico, y habla correctamente el español.

—Pero es inglés?—preguntó con vivacidad el reo.

—Si.

—Pues entonces no le quiero: moriria condenado.

Esta exclamacion, natural en el carácter de Soto, mas bien que á ira, movió á lástima al capitan. Así fué que sin dar muestras de inmutarse, se dirigió á la puerta, diciendo al marchar.

—Tranquilízate: haré traer á uno de los religiosos españoles que casualmente se hallan dentro de la plaza, y él te auxiliará.

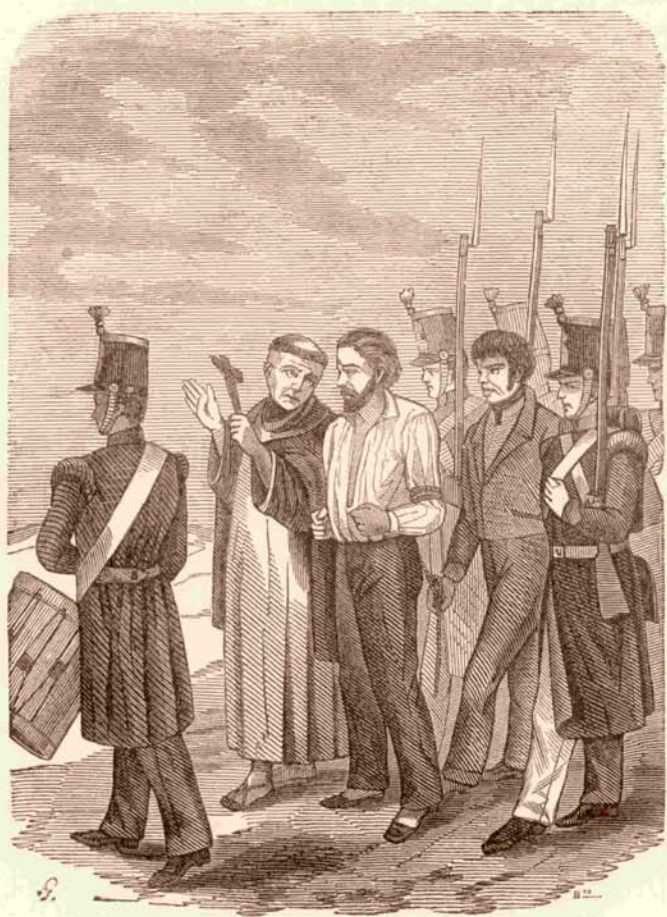
Mr. Oxbery salió y el preso quedó solo, tornando á tomar la misma posición en que lo sorprendimos al entrar en su reducido encierro.

Media hora habria trascurrido, cuando la puerta volvió á abrirse dando paso á un fraile del orden de benedictinos, el cual se acercó al reo, para comenzar á ejercer con él su noble y sagrado ministerio.



Los fuertes y continuados aguaceros que desde bien temprano comenzaron á despedir las nubes en la mañana del 25 de Enero, no eran bastante á despejar los grandes grupos de gente que rondaban por las inmediaciones del Castillo Morisco, esperando de un momento á otro ver salir de sus temidas puertas, las humanas formas de un reo que por mucho tiempo fuera el asunto de todas las conversaciones, á causa de los horrendos crímenes que se le imputaban.

A las nueve, un clamor general anunció que era llegado el fatal momento; y con efecto, al poco tiempo las puertas se abrieron, y apareció en sus umbrales la



Marchaba el reo con seguro paso entre un piquete de fuerza armada, y á su lado el fraile misionero que lo auxilio.

ansiada comitiva que debía ponerse en marcha con direccion al terreno situado frente al campo neutral, y al márgen de la bahía, sitio donde se habia determinado tuviera lugar la ejecucion.

Al presentarse Benito Soto en campo raso, cundió el desórden y la confusion por todas partes: aquí corrían, allí se empujaban, con el solo objeto de contemplar lo más cerca posible al hombre que creyeron ver agoviado y confundido por el enorme peso de sus crueldades, y que se les ofrecia á su vista con altiva y feroz mirada, como si no tuviera en el trascurso de una vida ya prócsima á terminar, culpa alguna de que arrepentirse.

Sin embargo no era así: el antiguo gefe de piratas iba contrito; pero su carácter duro, unido á cierta idea buena y noble que le inspiraba el orgullo nacional, dieron á su rostro un baño de insolente altanería impropia de la triste suerte que le esperaba, al llegar al término de su camino, hácia el cual marchaba con seguro paso entre un piquete de fuerza armada, y á su lado el fraile misionero que lo auxilió.

Detras, y conforme á los usos del pais, aparecia una carreta, y sobre ella el atahud que debiera contener sus restos. Esta circunstancia llamó la atencion de Benito Soto hasta el punto de hacerle volver con frecuencia la cabeza; mas seguidamente tornaba á separar la vista de ella, porque en honor de la verdad debemos decir que la presencia de aquellos atributos de muerte le hacian daño.

De esta manera continuó su marcha, hasta que llegaron al lugar donde se alzaba el patíbulo. Allí, despues de reconciliarse se postró en oracion por espacio de un cuarto de hora.

Entregado ya, digámoslo así, á la clemencia de su Criador, subió sereno á la carreta, en donde con voz clara arengó en español al pueblo que le rodeaba, confesando lo justa y meritoria de la sentencia, y ecshortando á que sirviése su muerte de escarmiento y horror á los delitos.

Terminada su arenga, presentó el cuerpo al verdugo, quien ya por torpeza, ó por hallarse el cordel algo mas alto de lo que era regular, Benito Soto, sin mas indicacion, y á fin de suplir este defecto, trepó impávido sobre su mismo atahud, para ayudar á colocarse mas fácilmente su mortifero dogal: entonces, separada violentamente la carreta, á la par que inclinándose el reo, secundando así el objeto del movimiento, su cuerpo quedó colgado.... y su alma voló á la eternidad.



CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

		PÁGINAS.
I.	EL CATEQUISTA Y EL CATECÚMENO....	3
II.	LOS PÁJAROS EN LA JAULA.....	12
III.	LA ESPERIENCIA DE UN GAVIERO.....	16
IV.	EL MILANO DE LOS MARES.....	25
V.	ESTUDIOS FISIOLÓGICOS.....	43
VI.	FINIS CORONAT OPUS.....	49
VII.	TIO Y SOBRINO.....	54
VIII.	LA CRUZ NEGRA, Y LA CRUZ ROJA....	67
IX.	EL LOBO CON PIEL DE OVEJA.....	78
X.	AUDACES FORTUNA JUVAT.....	90
XI.	DOS APARTES DE GRAN PRECIO.....	99
XII.	DE SCYLA Á CARIBDIS.....	106
XIII.	EL DIABLO PREDICADOR.....	112
XIV.	EL HOMBRE PROPONE, Y DIOS DISPONE.	120
XV.	TODAVIA!	127
XVI.	PARED POR MEDIO.....	134
XVII.	VOZ DEL PUEBLO VOZ DEL CIELO.....	142
XVIII.	ODIA EL DELITO.....	150
XIX.	COMPADECE AL DELINCUENTE.....	161
	EPÍLOGO.....	167

— — — — —

NOTA. Encargamos á nuestros suscritores suspendan la encuadernacion del último tomo, hasta tanto que reciban los juicios críticos que así en la parte literaria como en la histórica de la novela, hemos merecido á las distinguidas plumas de Fernan Caballero y del brigadier Sr. Lasso de la Vega, los cuales, impresos en la forma conveniente, pensamos repartirles gratis con la brevedad posible.

ERRATAS DE IMPORTANCIA.

Al copiar de la conclusion fiscal de la causa la nota que aparece en la página 432, se han cometido las siguientes erratas, que por ser todas ellas de interés, se hace necesario rectificarlas.

Donde dice:

comision de autoridad línea 6.º
capítulo 6.º id. 46
de costas; id. 24
indagaciones declaratorias id 27
cómico id. 29

Léase:

comision ó autoridad
título 6.º
de cartas;
declaraciones indagatorias
lacónico

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	PÁGINAS.
—Mira, Larendu, rézale muchas salves á Nuestra Señora del Cármen, que ella es madre de los pecadores, é intercederá por nosotros.	40
El superior andar del buque á la vista, salvó la distancia que le separaba de la fragata, desde cuya cubierta pudieron ver distintamente el aspecto del barco, su clase y aparejo.	28
El DEFENSOR DE PEDRO corriendo un tiempo sobre las costas de Portugal á la altura de la ria de Viana.	53
—Atencion, noble auditorio!—esclamó el poeta cuando hubo terminado de escribir el último renglon.	85
A tan brusca amenaza, Benito Soto, en armonia con su carácter altanero, solo contestó volviendo la espalda, y dirigiendo al que osaba hacérsela una mirada que tenia tanto de compasion como de desprecio.	97
El piloto Manuel Antonio Rodriguez.	104
Federico Larrendu.	116
Los gritos y exclamaciones subieron de todo punto, cuando vieron al buque inclinado sobre el costado de babor, inmediatos á una playa arenosa, y en situacion de ellos ignorada.	125
Manuel José de Freitas.	137
Cualquiera que los viese en aquella situacion, hubiera creido seguramente que el sacerdote era el reo, y el reo el sacerdote.	152
Observaron todos con sorpresa que llevándose ambas manos al pecho, como intentando hacer un supremo esfuerzo, comenzó á cantar.	164
Acto continuo se abrió el cuadro, dando paso á apiñadas masas, compuestas en su mayoria de gente de mar, que ansiaban contemplar de cerca el imponente castigo que se ofrecia á su vista.	166
Marchaba el reo con seguro paso entre un piquete de fuerza armada, y á su lado el fraile misionero que lo auxilió.	179

CATALOGO DE LAS LEYES

172. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

173. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

174. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

175. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

176. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

177. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

178. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

179. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

180. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

181. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

182. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

183. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

184. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

185. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

186. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

187. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

188. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

189. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.

190. Ley de 10 de Mayo de 1808, sobre el modo de elegir a los diputados de las Cortes.